

LESLIE CHARTERIS

el SANTO

en
el último
héroe



se



Lectulandia

Cuando el Santo y Patricia Holm dan por casualidad con unas pruebas del gobierno de un arma de destrucción masiva, se dan cuenta de que han visto algo que no debe caer en las manos equivocadas. Pero la némesis del Santo, Rayt Marius, no anda lejos.

Solo hay una manera de impedir que Marius utilice el arma para empezar una guerra: secuestrar al científico que la construyó.

La historia alcanza su clímax en las orillas del río Támesis, y no todo el mundo sobrevivirá.

Lectulandia

Leslie Charteris

El Santo en el último héroe

El Santo - 3

ePub r1.0

Titivillus 16.05.2019

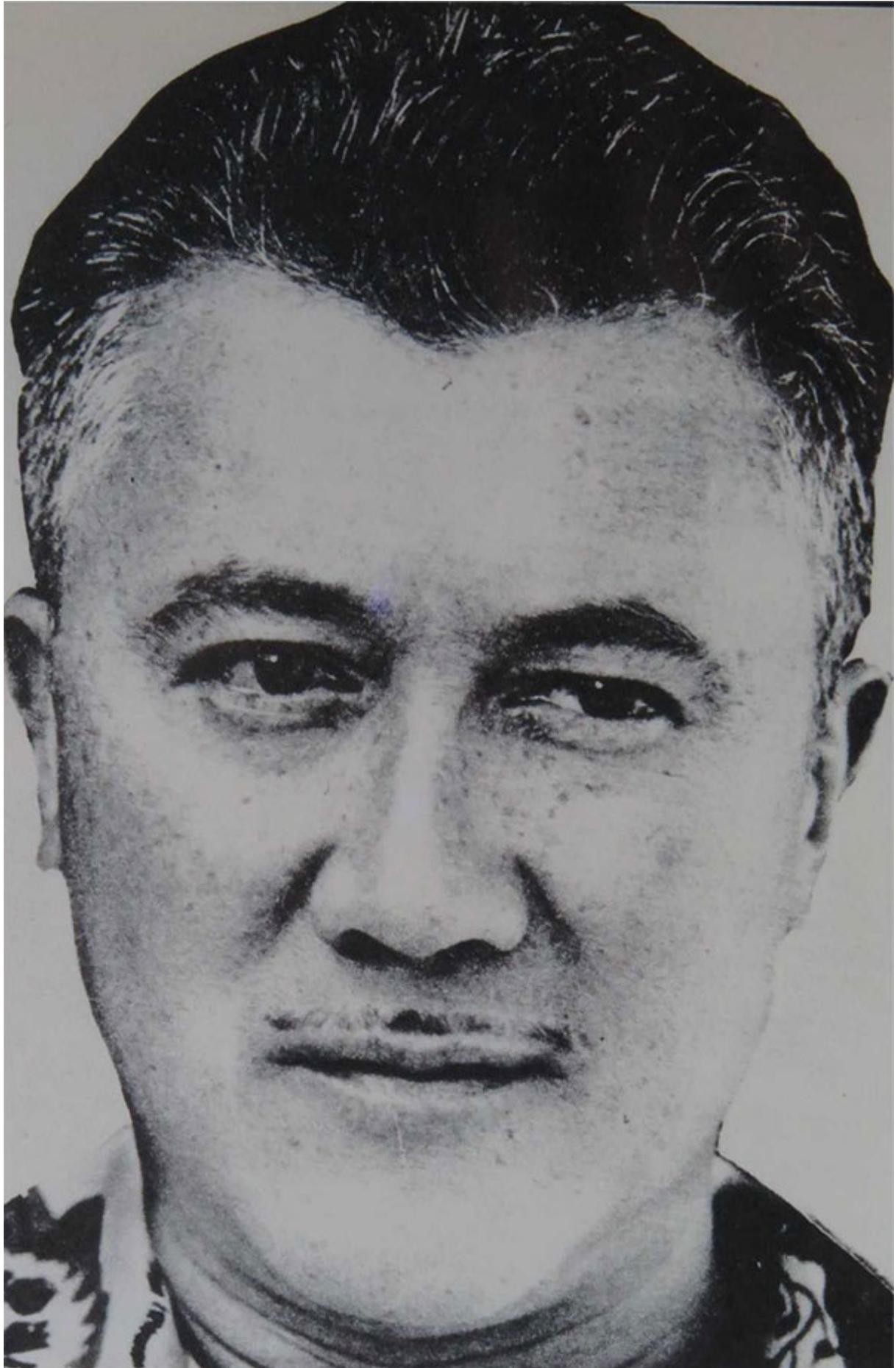
Título original: *The Last Hero*
Leslie Charteris, 1965
Traducción: T. Scheppelmann
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com



Nota del editor digital

El Santo en el último héroe, [The Last Hero (1930)] y El Santo decide el caso [The Saint Closes the Case (1930)] son el mismo libro que se publicó con dos nombres distintos. Los traductores también son diferentes.

PRELUDIO

Se dice que en nuestros días de intenso vivir ninguna noticia logra mantener el interés del público más allá de una semana, causa de que los reporteros y directores de periódicos envejecan tan pronto y se queden prematuramente calvos, sin que ni el *Kruschen* ni el *Tatcho* les sirva de nada. Es preciso crear cada día una nueva sensación y cada sensación ha de eclipsar a la anterior, hasta que se hayan terminado todos los superlativos del diccionario y la imaginación palidezca ante la tarea de encontrar o inventar para el día siguiente un hecho bastante grande y fantástico que sea digno sucesor de la obra maestra del día precedente.

El hecho de que el aventurero notorio conocido por el Santo hubiese logrado mantener despierta la atención del público desde la fecha de su aparición, rompiendo así todos los records, fue debido única y exclusivamente a su propia iniciativa y energía. Los acosados sensacionalistas del periodismo de Londres recibieronle con los brazos abiertos. Durante algún tiempo la febril caza de noticias quedó olvidada. El Santo hizo en ese sentido más de lo que el director más exigente podía pedir, excepto, desde luego, que no quiso al final obsequiarles con la sensación culminante de su propio arresto y condena. Pero cada una de sus aventuras superaba en audacia a la anterior: El Santo nunca permitía que el interés que despertara alguna aventura suya se perdiese antes de sorprender al ya muy sorprendido público con otro golpe más audaz todavía.

Y este estado de cosas y la actualización al margen de la ley, continuó durante más de tres meses, en cuyo curso el Santo llevó triunfalmente a cabo unos veinte golpes contra la persona y la propiedad de malhechores.

Así sucedió que, durante aquellos tres meses, el nombre del Santo se vio rodeado de fama casi sobrenatural de terror y de admiración, tanto que hombres que durante muchos años se habían vanagloriado de que la Ley no podía hacerles nada, empezaban a cobrar miedo, y la advertencia del Santo, dibujo casi ridículo de un hombrecillo hecho con cuatro trazos y un halo absurdo, que las víctimas solían recibir en un sobre sencillo, resultaba tan

fatal, como cualquier sentencia grave firmada por un juez del Tribunal Supremo. Que era precisamente lo que el Santo deseaba que sucediese, porque le divertía mucho.

La mayor parte de las veces trabajaba en secreto y sin ser visto, y sus víctimas no podían dar a la policía señal alguna por la que éstas hubiese podido encontrarle. Sin embargo, alguna vez era inevitable que se diese a conocer a la persona cuya caída preparaba y, cuando así sucedía, el silencio absoluto de la víctima aumentaba el profundo misterio de la personalidad del Santo. El comisario superior, Claudio Eustacio Teal, tras numerosos intentos infructuosos, abandonó la tarea de obligar a sus víctimas a testificar contra el Santo.

—Para el caso, lo mismo es tratar de arrancar un grito a una ostra sorda y muda, sometida a un baño de cloroformo —dijo a su jefe—. O el Santo nunca da un golpe sin tener en reserva otro con que amedrentar a las víctimas o, de lo contrario, ha descubierto el secreto de amenazar a un hombre de tal forma que éste recuerda la amenaza aún al día siguiente y por mucho tiempo después.

Su hipótesis era bastante buena, pero mejor hubiese sido que el señor Teal fuera hombre más imaginativo, ya que era el caso que Teal tenía poca confianza en las cosas que no veía y palpaba y, además, nunca había tenido la oportunidad de observar al Santo en plena acción.

Sin embargo, había ocasiones en que el Santo no tenía necesidad de valerse del chantaje o de la amenaza para imponer silencio a las personas cuyas actividades impedía.

Ahí estaba, por ejemplo, el caso de un hombre llamado Golter, anarquista y agente provocador incorregible que se ufanaba de conocer todas las cárceles de Europa. No pertenecía a ningún partido político y, al parecer, no tenía ideal alguno que difundir, excepto su propia manía de destrucción; era, no obstante, todo menos un lunático inofensivo.

Era el cabecilla de una sociedad llamada «Lobos Negros», de la cual casi todos los miembros habían sufrido fuertes condenas por algún crimen político, casi siempre intentos de asesinatos por medio de bombas.

La razón de tales sociedades y la mentalidad de sus adherentes será siempre campo interesante de especulación para el siquiatra, pero algún día llegará el momento en que el interés en aquéllas cesará de ser diversión abstracta del hombre científico y se convertirá en problema de aquéllos cuyo deber es mantener la paz y velar por el cumplimiento de la Ley.

En nuestro caso, la Ley se dio cuenta del hecho y, simultáneamente y con gran alarma, de la existencia de los «Lobos Negros», cuando, en el curso de una semana, dos grandes fábricas del norte de Inglaterra fueron escenario de sendos atentados de bombas con pérdida de bastantes vidas, y un tirador misterioso hirió ligeramente al ministro de Estado cuando éste subió al coche oficial, frente al Parlamento.

Los representantes de la Ley descubrieron la pista de Golter, pero el hombre destacado para seguirle y dar cuenta de sus movimientos, tuvo la mala suerte de perderle de vista la tarde en que el príncipe heredero de un trono importante de Europa recorría las calles de Londres en magnífico coche de lujo, camino de un banquete que daba en su honor el alcalde.

El desfile había de pasar por el Strand y la Fleet Street a la *City*. Desde una oficina pequeña, alquilada a propósito en la calle de Southampton Row, y de la que la policía nada sabía, Golter pudo llegar fácilmente a los tejados de las casas del lado norte de la Fleet Street. Allí se sentó en posición más o menos cómoda, entre las chimeneas, desde donde podía contemplar la calle abajo, mientras un ejército de hombres armados le buscaban en todas partes de Londres, y el jefe de policía, muy preocupado, mandó aumentar el número de agentes secretos para cubrir la carrera.

Era Golter un hombre cuidadoso y previsor y tenía, además, buenos conocimientos de los principios dinámicos. Sabía con exactitud a qué altura se hallaba y había calculado con precisión cuántos segundos tardaría en caer una bomba desde aquel tejado hasta la calle. Las espoletas de las bombas «Mills» que llevaba en el bolsillo estaban ajustadas de acuerdo con aquel recorrido. También había medido la distancia entre dos faroles de la Fleet Street, un poco más abajo del sitio donde se hallaba, y con la ayuda de un cronómetro podía averiguar exactamente en qué tiempo recorrería el primer coche aquella distancia. Luego, consultando un mapa preparado con sumo cuidado, sabría en seguida, sin necesidad de nuevos cálculos, en qué preciso momento tenía que lanzar las bombas para que cayesen en la parte posterior del coche del príncipe heredero al pasar por aquella calle. Golter estaba orgulloso de la precisión matemática con que había cuidado todos los detalles del atentado.

Mientras esperaba, fumaba un cigarrillo, taconeando al mismo tiempo contra los canalones del tejado. Faltaban quince minutos para que el desfile llegase a aquel punto, de acuerdo con el cálculo oficial, y la calle abajo ya estaba llena de una enorme muchedumbre. Golter la comparó con un

hormiguero. Eran insectos burgueses y se figuraba la confusión que sobrevendría entre aquella masa tras el estallido de las tres bombas...

—En efecto, sería un espectáculo interesante...

Golter volvió la cabeza como tocado por un resorte.

No había oído nada de la llegada del hombre que ahora se alzaba junto a él y cuya suave voz había interrumpido sus meditaciones con efecto más destructor que la explosión de una bomba. Golter vio a un hombre alto y esbelto, que vestía traje gris con increíble perfección, tocado de sombrero flexible gris, cuya ancha ala sombreaba unos simpáticos ojos azules. Aquel hombre hubiera podido posar como ilustración de suma elegancia en indumentaria masculina..., si no hubiese sido por la pistola automática que llevaba en la mano y que no se podía considerar como aditamento indispensable en la página «Lo que el hombre elegante llevará esta temporada».

—Extraordinariamente interesante —repitió el desconocido, mirando con sus ojos azules de modo soñoliento al hormiguero callejero a sus pies—. Desde el punto de vista puramente artístico, es lástima que no podamos contemplarlo.

La mano derecha de Golter bajaba lentamente al bolsillo abultado. El desconocido, apuntándole con la pistola, continuó en tono suave:

—Eso es, hermoso, pero deje las agujas puestas y entrégueme las bombas de una en una... Así me gusta. Buen chico.

Cogió con la mano izquierda las bombas que Golter iba entregándole y las entregó a su vez a otra persona, a la que Golter no podía ver, porque estaba oculta detrás de la chimenea.

Pasó un minuto durante el cual Golter se quedó con las manos colgando inertes, esperando el momento oportuno para arrancarle al desconocido el arma que éste sostenía con tan aparente descuido. Pero la oportunidad no se le brindó.

En cambio, surgió una mano desde la chimenea..., una mano que sostenía una bomba, que el desconocido recogió y volvió a entregar a Golter.

—Póngasela en el bolsillo —ordenó al mismo tiempo.

La segunda y tercera bomba siguieron el mismo camino y Golter, con el bolsillo nuevamente abultado, se quedó mirando al desconocido, quien para él debió de ser agente secreto y, sin embargo, se portaba de aquel extraño modo.

—¿Por qué ha hecho usted eso? —preguntó Golter, receloso.

—Tengo mis razones —repuso el otro con calma—. Ahora le dejo. ¿Le importa?

Recelo, temor, perplejidad se dibujaron en el rostro sin afeitar de Golter. De pronto, una inspiración le iluminó el rostro.

—Entonces..., ¿usted no es policía!

El desconocido sonrió.

—Desgraciadamente para usted, no. Acaso haya oído hablar de mí. Me llaman el Santo.

Con rápido movimiento metió la mano en el bolsillo izquierdo, sacó un trozo de greda y Golter, paralizado de terror, vio cómo el Santo pintó su grotesca marca sobre la chimenea.

Luego el Santo volvió a hablar.

—Usted no es un ser humano. Es usted un destructor..., un asesino loco sin justificación en sus crímenes. Sólo le impulsa la sed de sangre. Si sus acciones se basaran en algún ideal, tal vez le hubiera entregado a la policía, que en este momento le está buscando locamente. No estoy aquí para juzgar las creencias de nadie, pero para usted no puede haber perdón...

El Santo desapareció en aquel momento como había venido, sin que Golter se diera cuenta y sin que pudiese descubrirlo. El tejado estaba desierto. El Santo tenía habilidad para desaparecer de aquel modo.

El desfile se acercaba. Golter percibía cada vez más fuerte los vivos de la gente, semejante al estruendo del agua cuando de pronto se abren las puertas de una esclusa. Se asomó; a cien metros de distancia veía el primer coche oficial, abriéndose paso a través del hormiguero humano.

Aún se hallaba bajo la impresión de la inopinada presencia del hombre llamado el Santo. Había estado allí acusándole y, tras devolverle las bombas, se había marchado. Golter se hubiese creído víctima de una alucinación, a no ser por el dibujo fantástico sobre la chimenea que le advertía claramente que no había soñado.

De nuevo miró abajo. Sacó del bolsillo el reloj y el plano. El primer coche acababa de llegar al primero de los dos faroles sobre cuya distancia había basado sus cálculos. Medio aturdido, contó el tiempo.

El príncipe heredero iba en el tercer coche. Golter le reconoció por el uniforme. El príncipe iba saludando al pueblo.

Golter temblaba cuando tomó la primera bomba del bolsillo y sacó la aguja, pero, a pesar de su nerviosismo, lanzó la bomba en el instante justo indicado por sus cálculos.

“ «Los verdaderos detalles del caso —escribió después el *Daily Record*— seguirán seguramente siendo un eterno misterio, a no ser que el Santo, algún día,

tuviera el capricho de mostrarse públicamente para explicarlos. Hasta entonces, la curiosidad del público tiene que contentarse con lo que Scotland Yard ha podido averiguar, es decir, que de algún modo el Santo debió de arreglar las espoletas de las bombas “Mills” con que Golter intentó asesinar al príncipe heredero, para que hiciesen explosión en el momento de soltar la aguja, estallándole por lo tanto en la mano y destrozándole por completo.

»Sea cual fuese la opinión que se tenga acerca de la arrogancia de ese caballero, que tiene el atrevimiento de tomar la Ley en sus propias manos criminales, no se puede negar que en este caso su oportuna intervención salvó la vida de nuestro huésped real, y pocos negarán que se hizo justicia..., aunque fue injusticia de carácter demasiado poético para que todo el mundo la acepte como precedente».

Con culminación tan sensacional y que puso el nombre del Santo en boca de todo el mundo, se cerró un capítulo muy definitivo de su historia.

La sensación se apagó, como suele acontecer con las sensaciones más asombrosas, por falta de estimulación. En carta abierta, publicada en todos los periódicos de Europa, el príncipe heredero dio las gracias a su desconocido salvador y le prometió que no olvidaría la deuda, por si en alguna ocasión el Santo necesitaba ayuda en círculos influyentes. El Gobierno británico ofreció inmediatamente después amplio perdón al Santo por todas sus pasadas fechorías, a condición de que revelase su personalidad y jurase dedicar sus energías e inteligencia en lo futuro a causas más legales. La contestación del Santo fue una carta muy cortés en que rechazaba el ofrecimiento. Envío copias de la misma a los principales diarios.

“ «Desgraciadamente —escribió el Santo—, estoy convencido, y conmigo mis amigos, de que sería por mi parte un acto de imperdonable cobardía descubrir mi identidad en el mismo momento en que nuestra campaña empieza a justificarse en las estadísticas criminales de Londres y, lo que es más importante aún, en aquellas ofensas más sutiles contra la moralidad, sobre las que no pueden llevarse estadísticas. La mera

promesa de seguridad para nosotros no puede tentarnos para revelar el motivo que nos unió. En esta ocasión, el juego vale más que los jugadores... Además, yo personalmente encontraría aburrido de modo intolerable el tener que llevar una vida respetuosa con la Ley. No es fácil estos días salir de la rutina del cada día: Es preciso convertirse en rebelde y es más probable que se termine mal. Pero creo, como no he creído nunca nada antes, que voy por buen camino. Las cosas que tienen realmente valor son las corrientes, las primitivas. La justicia es buena, si no se hace por fanatismo. La lucha es buena, si la cosa por la que se lucha es sencilla y sana y nos gusta. Y el peligro es bueno también, porque nos despierta y nos hace vivir con mayor intensidad. Y el quijotismo vulgar es tal vez lo mejor de todo, porque representa una magnífica creencia en todas esas cosas, una fe soberbia en el esplendor caballeresco que la civilización está tratando con desdén como cosas engañosas... Mientras las ridículas leyes de este país me nieguen estas cosas, continuaré retando a las leyes. El placer de aplicar mi propio tratamiento a las llagas humanas cuya persistente molestia me ofende, es algo que no quiero que se me niegue...».

Sin embargo, aunque parezca extraño, el público, expectante y ansioso, esperó en vano que el Santo cumpliera tan asombroso manifiesto. Transcurrieron los días, sin que se supiese de él, tanto que aquéllos que andaban con cuidado, temiendo que la sobrenatural omnipresencia del desconocido los descubriese, empezaban a levantar cabeza, ufanándose con creciente seguridad de que el Santo tenía miedo.

Al cabo de un mes, el nombre del Santo empezaba ya a relegarse al pasado, como cosa de leyenda.

Y de pronto, una tarde del mes de junio, los vendedores de una edición especial del *Evening Record* se quedaron roncando voceando la nueva hazaña del Santo y la gente se quedó, impaciente y agitada, en la calle, leyendo allí mismo la más asombrosa historia que acerca del Santo había salido en la Prensa.

Es la misma historia que se relatará en este libro, como ya ha sido contada centenares de veces, pero esta vez se hará desde un punto de vista distinto y

más íntimo, con algunos detalles que hasta ahora no se han hecho públicos.

Es la historia de cómo Simón Templar, conocido por muchos con el apodo del Santo (tal vez por sus iniciales, pero probablemente por su modo santesco de hacer las cosas menos santescas posibles), descubrió por casualidad la pista que le llevó a la aventura más asombrosa de su vida. Y también es la historia de Norman Kent, amigo del Santo, y de cómo en un momento determinado de la aventura fue árbitro de la suerte de dos naciones, si no de todas las de Europa, de cómo decidió aquel arbitraje y cómo en un quieto y hermoso atardecer de verano, en una casa a orillas del Támesis, sin melodrama ni histrionismo alguno luchó y murió por un ideal.

1

SIMÓN TEMPLAR SE PASEA EN COCHE Y OBSERVA UNA COSA EXTRAÑA

Simón Templar no leía sino raras veces los periódicos y, cuando lo hacía, pasaba las páginas con la mayor rapidez posible para fijarse sólo en lo más interesante. La mayor parte de lectura que le podía ofrecer un diario por el penique que pagaba por él, le tenía sin cuidado. No tenía el menor interés en la política; el anuncio de que la mujer de un impresor de Walthamstow, pongamos por caso, hubiese dado a luz cuatro chicos, no le emocionaba; los artículos como el de «El sitio del hombre es el hogar» (por Anastasia Gowk, la brillante autora de «Pasiones en Pimlico»), no le daban ni frío ni calor. Pero una breve noticia encabezada por una fotografía en un periódico que comprara para enterarse de las noticias de carreras de caballos, logró detener su atención y despertó en él una vaga curiosidad.

Desde aquella breve reseña, leída por encima, le llevaron dos coincidencias a una pista que le fascinó como pocas veces le había ocurrido.

La primera coincidencia sobrevino al día siguiente cuando, caminando cerca de la una por Ludgate Circus, se le ocurrió entrar en el Club de la Prensa en espera de encontrar a algún conocido. Halló a Barney Malone, del *Clarion*, quien le invitó en seguida a almorzar, que era precisamente lo que Simón Templar se proponía. El Santo tenía prejuicio inveterado contra el almorzar solo.

Durante la colación, la conversación giró sobre temas generales, excepto un momento en que se habló de cosas interesantes.

—Supongo que no se sabe nada nuevo acerca del Santo —preguntó Templar con gran candidez, y Barney Malone movió la cabeza.

—Parece que ha dejado el negocio.

—Sólo me estoy tomando un descanso —le aseguró Simón—. Tras la calma, viene la tempestad. Espere mi próximo golpe.

Simón Templar insistía siempre en hablar del Santo como si él fuese tan famoso criminal. Barney Malone, muy familiar con las excentricidades de su amigo Templar, consideraba aquella manía como una broma inocente.

Media hora más tarde, tomando el café, el Santo recordó aquel breve artículo que atrajera su atención y se aventuró a hacer una pregunta casual.

—Puede usted ser franco con su tío Simón —dijo—. Conozco todos los trucos del oficio y no me causará ninguna decepción, si me revela que el subdirector inventó esa noticia en el último momento para llenar un hueco.

Malone sonrió.

—Es curioso, pero se equivoca usted. Esos descubrimientos científicos que se hallan en cualquier sitio de los periódicos, suelen ser generalmente inventados, pero en este caso es distinto y, si no careciese usted de instrucción, habría oído hablar de K. B. Vargan. Es un hombre chiflado, pero como científico, hay pocos como él.

—Entonces..., puede que haya algo de verdad en la noticia, ¿no? —sugirió el Santo.

—Puede que sí y puede que no. Esos inventos suelen tener fallos tan pronto se lleven del campo de los experimentos de laboratorio a la realidad práctica. Por ejemplo, hace años se inventó el rayo de la muerte que podía matar a veinte metros a un ratón, pero la cosa quedó ahí. Nunca se ha logrado que pudiera matar a un buey a quinientos metros.

Barney Malone pudo darle a Templar algunas detalles suplementarios acerca del invento de Vargan, que el lápiz rojo del subdirector había borrado por considerarlo poco inteligente para el público en general. También lo eran para Simón Templar, cuyos conocimientos científicos eran escasos, pero de todos modos escuchó con gran atención.

—Es curioso que usted hablase de este asunto —dijo Malone un poco más tarde—, porque esta mañana tuve una entrevista con el hombre. Entró a las once en la redacción hecho una furia, porque no habíamos hablado de él en la primera página.

Tras esta introducción, dio una descripción gráfica de la entrevista.

—Pero..., ¿para qué sirve? —preguntó Simón—. No habrá otra guerra hasta dentro de cien años.

—¿Usted cree?

—Así me lo han asegurado.

Malone arqueó las cejas con el gesto de tolerante superioridad con que los periodistas saben tan bien arquearlas cuando un extraño se permite opinar acerca de asuntos mundiales.

—Si sigue usted viviendo seis meses más, Templar, creo que vestirá uniforme. ¿O es que se emboscaría usted?

Simón sacudió lentamente un pitillo sobre la uña del pulgar.

—¿Habla en serio?

—Absolutamente. Estamos más cerca de esas cosas que el público en general y las vemos venir antes. Dentro de pocos meses, el resto de Inglaterra lo verá venir también. Han sucedido muchas cosas raras últimamente.

Simón esperó a que continuara; de pronto sintió gran interés por lo que decía su amigo. Barney Malone dio unas chupadas a la pipa y continuó:

—Durante el mes pasado fueron arrestados tres extranjeros y condenados por espionaje. En la misma época, cuatro ingleses han merecido la misma suerte en distintas partes de Europa. Los gobiernos interesados han negado en el acto toda relación con los condenados, pero puesto que el Gobierno lo hace siempre con sus espías cuando éstos fracasan, naturalmente nadie cree en esas manifestaciones gubernamentales. Por lo mismo, nuestro Gobierno ha negado también toda relación con los cuatro Ingleses, y claro está, nadie nos cree tampoco. Sin embargo, sé que esta vez nuestro Gobierno ha dicho la verdad. Si le gustan las bromas finas, puede ponerse a pensar en ésta y echarse a reír la próxima vez que nos veamos.

El Santo se fue muy pensativo a su casa.

Tenía un genio muy peculiar, un genio imaginativo que sabía relacionar entre sí varios hechos comunes, que al parecer no podían tener conexión alguna, y ninguno de los cuales, aisladamente considerado, tenían nada de notable, excepto para él, porque sabía convertirlos, uniéndolos, en poste indicador hacia el misterio. No le sucedían las aventuras sólo porque las buscaba, sino porque las esperaba. Creía que la vida estaba llena de aventuras y de acuerdo con esta creencia vivía siempre. Se ha dicho de un hombre muy semejante a Simón Templar que «nació con el son de trompetas en los oídos»; lo mismo hubiera podido decirse del Santo, porque él, al igual que Miguel Paladín, había oído el ruido de las trompetas y había vivido desde entonces, percibiendo aún el eco de ellas, con tal clamor de romanticismo, que uno de sus amigos se vio en el caso de llamarle «el último héroe», una broma que encerraba una gran verdad.

—«De luchas, asesinatos y muertes repentinas, nos libre Dios» —citó una vez, añadiendo—: ¿Cómo se puede pedir eso? Si son precisamente la sal de la vida, que hacen que ésta valga la pena de ser vivida. Yo pido todo lo contrario. «Luchas, asesinatos y muertes repentinas, méteme en ellas hasta el cuello, oh, Dios». Eso es lo que yo pido...

Así hablaba el Santo, ese hombre de suprema temeridad, extraño heroísmo e imposibles ideales, y al mismo tiempo demostraba, como pocos de su edad, que un hombre inspirado puede fanfarronear lo mismo con americana y bastón, que cualquier caballero de época con casaca y espada, que puede haber tanta caballerosidad en los lances modernos como en los del medievo, que la aventura y el valor verdadero hallen el camino del cumplimiento, no por el medio en que nazcan, sino por el corazón en que viven.

Sin embargo, ni él mismo hubiese podido imaginar en qué extraña historia iban a envolverle su genio y su fe.

Sobre lo que por casualidad leyera y lo que Barney Malone le había dicho, el Santo construyó una torre de posibilidades, cuya magnitud le asustó incluso a él.

Y luego, teniendo el inapreciable don de tomar los productos de su viva imaginación por lo que realmente valían en la práctica, relegó la fantasía al olvido, como interesante curiosidad, y no pensó más en ella.

Demasiada cordura es a veces peligrosa.

Simón Templar estaba consciente de su imaginación, pero hacía un gran secreto de esta autoconciencia, de tal modo, que nadie la hubiese sospechado en él. Los que le conocían, decían que era atrevido hasta el punto de rayar su atrevimiento en mera bravuconería, pero en esto sufrían profundo error. Si Simón Templar hubiese querido discutir el punto, hubiera dicho que sus métodos adolecían del defecto de exceso de caución.

Sin embargo, en este caso la caución quedó descartada y la imaginación salió triunfante, debido a la segunda coincidencia.

Esto sucedió tres días más tarde, cuando el Santo se despertó una buena mañana y descubrió que el tiempo lluvioso que ya duraba una semana había desaparecido, que el cielo estaba despejado y que lucía un hermoso sol. Se asomó a la ventana y husmeó receloso, pero no había vestigio de lluvia. Tras tan agradable descubrimiento decidió que el negocio de molestar a los criminales podía descuidarse muy bien mientras sacaba el coche y se tomaba un día de asueto en el campo.

—Querida Pat —dijo—, sería un crimen malgastar un día como el de hoy.

—Querido Simón —suplicó Patricia Holm—, bien sabes que hemos prometido comer con los Hannassay.

—Pero, Pat, ¿no es verdad que van a sufrir una decepción cuando se enteren de que los dos nos hemos puesto enfermos a causa de la salida de anoche?

Así, pues, fueron al campo y el Santo disfrutó aquel día de asueto con la confortable convicción de haberlo merecido.

Comieron por fin en Cobham y luego se quedaron largo rato de sobremesa, fumando y tomando café y hablando de cosas íntimas que no tienen lugar aquí. Acaban de dar las once de la noche, cuando el Santo tomó el volante de su Furillac para regresar.

Patricia estaba agradablemente cansada, pero el Santo conducía muy bien con una mano.

A cosa de una milla de Esher fue cuando el Santo vio la luz y detuvo el coche muy pensativo.

Simón Templar sufría o gozaba, según se quiere tomar, de insaciable curiosidad. Cuando veía una cosa que sobresalía, aunque sólo fuese media pulgada, los límites de lo normal y corriente, inmediatamente sentía indomable deseo de averiguar la razón de admitir que aquella luz no era una luz corriente.

La mayoría de los hombres seguramente hubieran continuado el viaje, un poco extrañado por aquella luz, hubiese sentido durante algunos días vaga e irritante perplejidad y, al fin, habría olvidado el asunto por completo. Simón Templar, bastante tiempo después, consideró en un momento de grave reflexión, cuál habría sido la consecuencia de ser él en aquel momento uno más de la mayoría, y se quedó aterrado ante la visión de los horrores que conjuraba aquel pensamiento.

Pero Simón Templar no era uno más de la mayoría, y el don de no meterse donde no le llamaban, no lo había encontrado en su cuna.

Rápidamente dio marcha atrás y retrocedió cosa de treinta metros, hacia el comienzo de un camino que daba sobre la carretera.

A poca distancia en aquel camino, entre los árboles, se silueta una casa de campo sobre el fondo oscuro del firmamento. En la ventana superior de aquella casa había visto el Santo al pasar la luz. Encendiendo hábilmente el cigarrillo con una mano, miró atento hacia la casa. La luz seguía allí y el Santo la contempló en silencio, inmóvil como piel roja en acecho, hasta que su compañera alzó soñolienta la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Patricia.

—Eso es lo que quisiera saber —respondió Templar, señalando con la mano hacia la casa.

Las cortinas estaban echadas en aquella ventana, pero la luz se veía perfectamente tras ellas, porque era una luz de asombrosa brillantez, una luz

blanca que se encendía y se apagaba con intervalos breves, rápidos, pero regulares.

La noche era quieta y silenciosa como un sueño y en aquel momento no pasaba tráfico alguno por la carretera. El Santo alargó la mano y paró el motor del «Furillac». Luego escuchó... El Santo tenía oídos de anormal sensibilidad, y el silencio era tan grande, que percibía hasta el leve ruido de la manga de Patricia al mover ésta un poco el brazo.

Pero el silencio no era la quietud absoluta, sino sólo la ausencia de cualquier ruido aislado. Había otro ruido, tan débil y suave, que sólo formaba el fondo neutral del silencio. Podría tal vez ser un suave susurro...

—Una dínamo —observó el Santo y al mismo tiempo abrió la portezuela y se apeó.

Patricia le asió de la mano.

—¿Dónde vas, Santo?

La dentadura del Santo lució su impecable blancura al sonreír santescamente.

—Voy a investigar. Cualquier ciudadano puede emplear una dínamo para fabricarse la luz eléctrica que necesita en su casa... Contra esto no hay nada que decir, pero esa dínamo se me antoja de mayor potencia de la que se suele emplear en una instalación casera. Además, estoy seguro de que un ciudadano cualquiera no utiliza su dínamo para producir chispas eléctricas para divertir a su prole. La vida ha sido bastante tranquila últimamente y no se sabe nunca.

—Iré contigo...

El Santo hizo un gesto.

Desde que trabara amistad con Patricia Holm, solía decir, le salían dos pelos blancos por día. Desde una fecha memorable en Devonshire, cuando la encontró por primera vez, y los agitados días que siguieron a aquel encuentro al unirse ella a la caza de un hombre llamado el Tigre, el Santo se había convencido de que, tratar de alejar a la muchacha de los peligros, era tarea sin esperanza de éxito. Ya se había resignado ante lo imposible. Ella era una cosa aparte; era de un temple tan distinto del de cualquier mujer, un temple tan fino y tan duro, que si ella no hubiese sido tan paradójicamente femenina, el Santo hubiese jurado que le correspondía ser hombre. Era... bueno, era Patricia Holm y esto era todo...

—Bien, muchacha —repuso el Santo, resignado.

Aunque ella, no había esperado respuesta alguna, porque ya se hallaba a su lado. Alzando los hombros, el Santo volvió a subir al coche y lo hizo

retroceder doce metros más para que no se viesen los faros desde la casa. Luego se reunió con Patricia y los dos echaron a andar por el camino.

La casa se hallaba en un jardín cercado, lleno de árboles. Templar, tras breve búsqueda dio con los alambres del timbre de alarma de la puerta y desconectó los hilos con manos hábiles antes de abrir la puerta y entrar con Patricia. Desde la entrada aún veían la extraña luz tras las cortinas de la ventana.

La parte delantera de la casa estaba completamente oscura; las ventanas de la planta baja estaban cerradas y, al parecer, inasequibles desde fuera. El Santo no perdió tiempo en aquella parte, porque no tenía herramientas para forzar las ventanas y sabía que la puerta de entrada era también demasiado sólida para intentar abrirla a la fuerza. Por otra parte, sabía que las puertas posteriores de las casas de campo solían ser vulnerables, porque la previsión del honrado propietario no tenía casi nunca en cuenta, que los ladrones pueden entrar también por la puerta de servicio. Por lo tanto, se dirigió con Patricia a aquella parte de la casa.

Avanzaron pisando césped, aún húmedo y esponjoso de las lluvias que durante seis días habían caído en todo el país. En aquella parte se percibía de modo muy claro el ruido de la dínamo, como también el del motor que lo impulsaba. En cierto punto, el ruido parecía venir desde abajo.

Luego dieron la vuelta a la segunda esquina y el Santo se detuvo tan inopinadamente que Patricia se encontró dos pasos delante de él.

—Eso sí que es divertido —murmuró el Santo.

Y sin embargo, a la luz del día, la cosa hubiera sido perfectamente corriente. Muchas casas de campo tenían invernaderos y también era concebible que un aficionado entusiasta a la jardinería hubiese mandado construir junto a la casa un invernadero de veinticinco metros de largo y suficientemente alto para que el techo estuviese a cuatro pies sobre la cabeza de un hombre alto.

Pero que, además, tal invernadero estuviese brillantemente iluminado a las once y media de la noche, no era espectáculo tan corriente. El fenómeno era aún mucho más extraño para una mente tan curiosa como la del Santo. Y más cuando el interior de un invernadero, así iluminado a aquella hora intempestiva, quedaba completamente invisible a causa de pesadas cortinas que impedían que se pudiese mirar por los cristales.

Simón Templar no necesitó más para insistir en averiguar el porqué de tanto misterio y Patricia estaba a su lado cuando se acercó sigilosamente a un sitio donde una estrecha abertura en las cortinas dejaba ver el interior.

Un momento más tarde el Santo sintió la presión de la mano de Patricia ligeramente temblorosa sobre el brazo.

El interior del invernadero estaba desprovisto en absoluto de plantas; en la mayor parte no había nada en absoluto. El suelo era de hormigón y las paredes también hasta la altura de un metro, formando el conjunto una especie de balsa. Y en un extremo de tan extraña balsa había una cabra atada a la pared.

En el otro extremo del edificio, sobre una especie de plataforma, puesta sobre pilares bajos, había cuatro hombres.

El Santo apreció el grupo con rápida mirada. Tres de ellos se habían apartado un poco: un hombre bajo, gordo, calvo, con gafas de concha; otro hombre alto, delgado de unos cuarenta y cinco años, con ancha frente y pelo gris, y un joven con lentes y una libreta en la mano. El cuarto, alejado de los otros, frente a un cuadro complicado de conmutadores, en el que ardían aquí y allá pequeñas lámparas como válvulas de radio, era de estatura mediana y debía de frisar en los sesenta años. Tenía el cabello completamente blanco y vestía traje sucio y manchado.

Tras la primera y rápida ojeada, el Santo no se fijó ni en los cuatro hombres ni en la cabra, sino en algo que entre ambos había en el suelo. Era una cosa que estaba moviéndose sin levantarse del suelo, rizado y torciéndose y aunque desde fuera parecía una cosa inanimada, semejaba que en su interior palpitaba el forcejeo de una fuerza enorme. Aquella cosa parecía una nube, pero no podía compararse con nube alguna que cruzara el cielo. Era una nube como no se había visto en cielo alguno, una nube de tono violeta pálido, una nube salida del infierno. Y aquí y allá en la casa violeta parecía como si surgiesen pequeñas chispas y rayas de fuego, apareciendo y desapareciendo como cometas diminutas, que daba a la nube aspecto de fosforescencia interior.

Cuando el Santo lo vio, la nube estaba casi quieta, pero luego comenzó a moverse. No se deslizaba por el suelo sin meta alguna, al azar, sino avanzaba decididamente, como si tuviese vida. El Santo la describió después diciendo que parecía un gusano gigantesco y luminoso que avanzaba de lado. Alargado en una línea que iba de una parte a otra del invernadero, se deslizaba como en pequeñas ráfagas y la cosa viva que llevaba en sí parecía arder cada vez con más fuerza, hasta que la nube quedó envuelta en un débil halo a causa de la veloz rotación de la llama violeta y cegadora del centro.

Al principio parecía que avanzaba lentamente, pero el Santo se dio pronto cuenta de que la velocidad que llevaba era la que alcanza un hombre

corriendo, y se veía claro que sólo podía tener una meta: la cabra que, en el otro extremo del invernadero se acurrucaba contra la pared, llena de terror, mirando aterrada a la nube que se le aproximaba.

El Santo miró rápidamente hacia la plataforma y adivinó, sin comprender, por qué avanzaba la nube tan decididamente. El hombre del pelo blanco tenía en la mano un objeto de metal brillante, como un pequeño radiador eléctrico, que proyectaba sobre la nube, moviéndolo de un lado a otro. De esa especie de radiador parecía salir la fuerza propulsora que empujaba la nube, como hubiera podido hacerlo el viento que se dejara manejar.

En seguida volvió a mirar a la nube y en aquel instante el borde de ella tocó la aterrada cabra.

Hubo un sonido que el Santo percibió afuera, pero al mismo tiempo la fuerza aprisionada dentro de la nube parecía surgir con terrible efervescencia, como enorme y potente llama, y, donde un segundo antes estaba la cabra, sólo se veía la silueta de ella alineada en temblorosa llama anaranjada. Un instante, una fracción de segundo duró aquella brillante visión, y luego, como si la fuerza que la produjera se hubiese agotado, la silueta se tornó negra, quedó rígida un momento y se derrumbó sobre el suelo. En el aire quedó una especie de polvo negro, y una voluta pequeña de humo azulado se elevó hacia el techo. La nube violeta se desenvolvió perezosamente sobre el suelo, extendiéndose en una mancha nebulosa cada vez más tenue.

Pero la fuerza en ella aún no estaba gastada, porque la fosforescencia aún perduraba; sólo los rayos que la dirigían habían sido apartados de ella. Volviéndose de nuevo, el Santo vio que el hombre de pelo blanco había dejado el objeto brillante con que condujera la nube, y empezaba a hablar con los otros tres que asistieron al experimento.

El Santo se quedó como si soñara.

Luego apartó a Patricia de allí, riendo suave y casi frenéticamente.

—Vámonos de aquí —dijo—. Ya hemos visto bastante por hoy.

Sin embargo, se equivocaba, porque aún faltaba algo más a aquella aventura, y ese algo más sobrevino con asombrosa rapidez.

Al volverse, el Santo casi tropezó con el gigantón que se hallaba plantado allí, sin apartarse. En aquellas circunstancias el Santo no se sintió inclinado a discutir. Obró al instante, cosa que el gigantón no esperaba. Cuando un hombre apunta a otro con un revólver, suele haber siempre cierta discusión acerca de la situación, antes de que se mueva ninguno de los dos, pero el Santo despreciaba las costumbres corrientes. Prefería hacer lo inesperado.

Además, al verse frente a un hombre armado tan enorme, el Santo comprendió que muy bien podía emplear cualquier golpe bajo en aquel juego o hasta algún golpe especial de su propia invención. Con la mano izquierda apartó el brazo armado con fuerza irresistible y al mismo tiempo aplicó la punta de su bien charolada bota con precisión y decidida voluntad.

Un segundo más tarde avanzaba, saltando, cogiendo a Patricia de la mano.

En la parte delantera de la casa había un automóvil. Templar no se había dado cuenta de él antes a causa de las sombras de los árboles, pero en aquel momento lo vio, porque esperaba verlo, lo mismo que al fornido chofer que salió de la sombra y trató de impedirle el paso.

—Lo siento, hijo —exclamó el Santo con sinceridad y le asestó uno de sus terribles puñetazos que lo derrabó en tierra.

Luego corrió velozmente por el camino hacia la carretera, con Patricia a su lado. Las exclamaciones del chofer sonaban demasiado lejos para ser alarmantes.

El Santo subió rápidamente al «Furillac», dejándose caer en el asiento con un pie sobre el arranque automático y el otro sobre el pedal. Cuando Patricia se sentó a su lado, Simón dio suelta a los noventa y ocho caballos del motor y no levantó el pie del acelerador hasta entrar en Putney, cuando estaba seguro de haber burlado cualquier intento de persecución. Pero aún durante la reducida marcha a través de Londres, seguía extrañamente taciturno; Patricia le conocía demasiado bien para obligarle a hablar mientras estaba de aquel humor. Pero le estudiaba el perfil, como no lo había hecho nunca antes, mientras él conducía el coche en rápido avanzar por la noche, y se dio cuenta de que jamás le había visto tan reservado y, al mismo tiempo, animado con tanta energía y decisión. Pero ni ella, que le conocía mejor que nadie, hubiera podido explicar qué era lo que en realidad percibía en aquellos momentos en él. Había visto más de una vez los saltos geniales de su imaginación, pero no podía saber que aquella vez la imaginación del Santo había desbordado todos los límites. Y por eso ella calló también.

Sólo cuando entraron en la calle de Brook, fue cuando ella expresó, por fin, el pensamiento que había estado obsesionándola durante más de una hora.

—No puedo remediarlo, pero tengo la impresión de que he visto antes a uno de aquellos hombres... tal vez en un retrato...

—¿A quién te refieres? —preguntó el Santo con cierta firmeza—. ¿Al joven que sin duda es secretario, o al profesor K. B. Vargan, o a sir Roland Hale o a Lester Hume Smith, ministro de Guerra de Su Majestad?

Al volverse hacia ella, advirtió su confusión. Patricia era encantadora, el Santo la amaba y en aquel momento, por algún motivo, le impresionó fuertemente la hermosura de la joven.

La rodeó con un brazo y la atrajo a sí.

—Santo —dijo Patricia—, tú te estás buscando nuevos quebraderos de cabeza. Conozco los síntomas.

—Es mucho más que eso, querida —repuso el Santo suavemente—. Esta noche he tenido una visión. Y si la visión es exacta, significa que voy a luchar contra una cosa más horrenda que ninguna, contra las que he luchado, y el nombre de esa cosa bien podría ser el del mismísimo diablo.

SIMÓN TEMPLAR LEE PERIÓDICOS Y COMPRENDE LO QUE HAY ENTRE LINEAS

Aquí puede ser conveniente citar una noticia aparecida en la Prensa de la mañana siguiente:

“ «Informan oficialmente al *Clarion* que anoche, a última hora, el Ministro de la Guerra, señor Lester Hume Smith, y sir Roland Hale, director del Departamento de investigaciones químicas del Ministerio de la Guerra, asistieron a una prueba de la “nube electrónica”, del profesor K. B. Vargan. Las pruebas se efectuaron en secreto y no se publicarán detalles. La información oficial añade que esta mañana el Gobierno celebrará Consejo especial para escuchar el informe del ministro de la Guerra y para determinar la actitud del Gobierno respecto del invento del señor Vargan».

Simón leyó la noticia rápidamente; sólo era confirmación de lo que ya sabía.

Las diez de la mañana era una hora intempestiva para el Santo, a la que nunca estaba levantado y vestido, pero en aquella ocasión había roto con una costumbre inveterada de toda la vida, para leer todos los periódicos que su criado le pudo comprar.

De pronto había cobrado gran interés en la política; ahora le fascinaba la noticia de que un turista inglés procedente de Manchester, que se ufanaba de llevar el nombre de Pinheedle, había sido arrestado por dar un puñetazo a un policía de Wiesbaden; sólo aquellos artículos como «Por qué las abuelas se

alejan del hogar» (por Ethelred Spaling, la brillante autora de «Amantes en Leeds»), continuaban dejándole completamente frío.

Tuvo que leer bastantes periódicos hasta tropezar en la primera edición del *Evening Record* con un relato de su propia hazaña.

“ «... Por las huellas encontradas esta mañana en el suelo blando, parece que se trata de tres personas, una de ellas, una mujer. Uno de los hombres, al parecer de elevada estatura, debió de caerse durante la huida, para luego escabullirse en dirección opuesta a sus compañeros, los que huyeron en automóvil.

»El chofer del Ministro de la Guerra, que trató de arrestar a estos dos, recibió tal puñetazo que dio con el cuerpo en el suelo y, cuando pudo levantarse, ya era tarde para tomar el número del coche. Por el ruido del tubo de escape parece tratarse de un coche de gran potencia, acaso un automóvil deportivo. No se había dado cuenta de la llegada del coche, ni de la entrada de los tres intrusos. Admite que, cuando vio al hombre y a la mujer, acababa de despertarse de un ligero sueño.

»... El otro, cuyas huellas se siguieron campo traviesa desde la parte posterior de la casa del profesor Vargan, debió de ser recogido por sus cómplices en otro lugar de la carretera. No se descubrió su presencia en el jardín más que por las huellas que dejó cuando llegaron los detectives de Londres.

»El comisario superior, señor Teal, encargado del caso, dijo a un representante de nuestro periódico que la policía aún no tiene formada hipótesis alguna acerca del motivo de alarma que hizo huir a los tres espías. Se cree, sin embargo, que tuvieron oportunidad de observar el final del experimento...».

Había muchos más detalles en las diversas columnas de la primera página, pero en aquel momento entró Rogelio Conway, amigo muy querido del Santo, al que éste había llamado muy temprano a conferencia. Conway señaló en seguida las noticias de la Prensa a Simón Templar.

—¿Andabas suelto anoche por Inglaterra? —preguntó con voz acusadora.

—Hay rumores en ese sentido... —murmuró el Santo.

Rogelio Conway se sentó en la silla acostumbrada y sacó cigarrillos y fósforos.

—¿Quién fue tu compañero, el corredor de *cross country*? —preguntó con calma.

El Santo miraba por la ventana.

—No le conozco. Se unió a nosotros porque quiso. Espérate un momento y oirás toda la historia. He telefoneado a Norman también; acabo de verle en la calle. Ahora subirá.

La llamada del timbre que sonó poco después les avisó la llegada de Norman Kent. El Santo salió a abrirle. El señor Kent llevaba un número del *Evening Record*, y sus primeras palabras demostraban que conocía las excentricidades del Santo.

—Si es verdad que tú has estado cerca de Esher anoche...

—Te he mandado a buscar para que escuches un discurso sobre el asunto —le interrumpió Templar.

Señaló una silla a su amigo y se sentó él mismo sobre el borde de una mesa desordenada, que Patricia Holm estaba tratando de poner en orden. Se aproximó al Santo y éste la abrazó por la cintura.

—Fue así...

Se metió de lleno en el relato sin preámbulo alguno, porque había pasado ya el tiempo de los preámbulos para aquellos cuatro. Tampoco tenía que explicar los motivos de ninguna de sus acciones. Con palabras breves, tersas, sentencias vivas, contó lo que había visto en el invernadero de la casa cerca de Esher y los dos hombres escucharon sin interrumpirle.

Al terminar el relato, se calló y sobrevino un corto silencio.

—Pues es un invento maravilloso —dijo Rogelio Conway al fin, pasándose la mano por el cabello—. Pero..., ¿qué es?

—El mismísimo demonio.

Conway pestañeó.

—Explícate.

—Hay que contentarse con lo que dice el *Clarion*. No hay palabras para describirlo. El hombre de ciencia dirá que lo entiende, pero dudo que sea verdad, porque para mí sólo lo entiende su autor. El hombre de ciencia acaso lo único que podrá decirnos, es que se trata de un sistema para modificar la estructura de un gas para que pueda llevar una carga tremenda de electricidad, como una nube de tempestad... sólo que no se parece en nada a una nube así. También tiene algo que ver con el rayo, sólo que tampoco lo es. Si queréis, es algo enteramente imposible, sólo que existe. Y el caso es que ese gas es una

especie de esponja muy tenue en la atmósfera y Vargan sabe cómo saturarla con millones de voltios y amperios de rayos comprimidos.

—Y cuando la nube llegó a la cabra...

—Fue como si ésta se hubiese metido en una densa red de alambres incandescentes. Por una fracción de segundo el animal ardió como una brizna de carbón en un horno. Luego quedó convertido en ceniza. Bonita escena, ¿no?

Norman Kent, el hombre sombrío y taciturno, dejó de mirar al techo. Era hombre que sonreía pocas veces y, al hablar, siempre iba al grano.

—Lester Hume Smith vio el experimento y también sir Roland Hale. ¿Quién más?

—Rostro Angelical —contestó el Santo—. El hombre del que nuestro amigo Teal presume forma parte de nosotros, porque no le vio cuando me apuntaba con el revólver. Un encanto, ese hombre; algo así como un gorila, pero poco ágil con el gatillo, porque de otro modo no estaría yo aquí. Aún se ha de ver para qué país trabaja.

Rogelio frunció el ceño.

—¿Tú piensas?...

—Con frecuencia —le interrumpió el Santo—. Pero para pensar eso, no necesité una toalla húmeda en la cabeza... Vargan podrá creer que le hicieron una mala jugada al no poner su nombre en la primera página del *Clarion*, pero obtuvo de todos modos bastante publicidad para que algún espabilado agente extranjero sintiera curiosidad.

Sacudió un cigarrillo suavemente sobre la uña del pulgar y lo encendió con exagerada lentitud. En aquellos silencios significativos esperaba siempre que germinase espontáneamente la semilla que sembrara en la mente de su auditorio.

Fue Conway el que habló primero.

—Si estallase otra guerra...

—¿Quién está esperando la ocasión de declarar la guerra? —preguntó Norman Kent.

El Santo recogió una selección de periódicos que había estado leyendo antes de llegar sus amigos y se la entregó. Había señalado muchos pasajes con lápiz azul, pasajes que al parecer no tenían relación alguna entre sí... el discurso del delegado francés ante la Sociedad de Naciones, el relato de una divergencia en el seno del *Trust* petrolero que obligaba a un nuevo ajuste de capital de doscientos millones de libras esterlinas, el anuncio de una colosal fusión en la industria química, el movimiento reciente de buques de guerra, el

relato de un motín revolucionario en la India, el del ataque de los alcistas en el mercado de hierros y muchas otras cosas que le habían parecido de asombrosa significación, incluso el arresto del turista inglés de Manchester por haber dado un puñetazo a un policía de Wiesbaden. Rogelio Conway y Norman Kent leyeron y se mostraron incrédulos.

—La gente no toleraría otra guerra tan pronto —observó Conway—. Todos los países van al desarme...

—Sí, engañándose mutuamente y confiando en que los demás no se den cuenta —le interrumpió el Santo—. Y todas las naciones se tienen miedo y están prontos a volverse a armar en un momento dado. Los pueblos nunca hacen la guerra, porque no la quieren. Los que la hacen son los políticos, impulsados por los intereses financieros que hay detrás de ellos, y así millones de pobres diablos van a la guerra y mueren sin saber de qué se trata. Ha sucedido antes, ¿por qué no había de pasar de nuevo?

—Puede que los pueblos hayan aprendido por fin la lección —observó Norman Kent.

Simón hizo un ademán de impaciencia.

—¿Es que tú crees que aprenden tan fácilmente? Los hombres que podrían recordar la lección son los de la generación anterior. ¿Cuántos quedan que sean bastante jóvenes para convencer a nuestra generación? Y aunque nos hallamos en el apogeo de la literatura sobre los horrores de la guerra, ¿creéis que tiene alguna influencia? Os digo que he escuchado hasta cansarme a los de nuestra edad hablando de esos libros y escritos y sé positivamente que no tienen ninguna influencia en absoluto. Además, sería un milagro. Los jóvenes sanos de hoy, de siempre, son demasiado optimistas. A la mayor indicación de posibles glorias, se entusiasman y olvidan fácilmente el horror de que se les ha hablado. Os diré más...

Y les contó lo que había oído a Barney Malone.

—Os he dado los hechos. Ahora supongamos que veáis a un hombre corriendo por la calle, el rostro contorsionado, gritando, con espuma en la boca y blandiendo un gran cuchillo lleno de sangre. Si os gusta hacer el tonto, podéis pensar que tiene el rostro contorsionado porque está tratando de tragarse un huevo, que grita porque le han pisado el callo favorito, que echa espuma por la boca porque poco antes comió una pastilla de jabón y, en cuanto al cuchillo, que acaba de matar una gallina para la comida y que corre para decírselo a su tía. Pero es más sencillo y más seguro pensar que se trata tan sólo de un loco homicida. Del mismo modo que si os gusta hacer el tonto y os negáis a comprender una cosa cuando está clara, os podéis marchar.

Rogelio Conway echó la pierna sobre el brazo del sillón y se rascó la cabeza.

—Supongo —dijo a poco— que nuestra misión es encontrar al «enano» y cuidarnos de que no robe el invento mientras el Gobierno decide lo qué hacer.

Simón Templar miró a sus dos amigos.

Durante un momento tuvo la desagradable sensación de que aquella entrevista se parecía a la primera, cuando los tres aún no se conocían. Patricia Holm estaba mirando por la ventana, contemplando el cielo azul encima de los techos de la calle de Brook. ¡Quién sabe la visión que viera allí! Rogelio, el alegre y enérgico Rogelio, esperaba callado, el cigarrillo humeante en la mano. Norman Kent esperaba también, grave, absorto.

El Santo volvió los ojos hacia el cuadro sobre el revellín y no lo vio.

—Si no hacemos nada más que eso —dijo—, Inglaterra poseerá un arma de guerra inconmensurablemente más poderosa que todas las naciones. Si robásemos el arma, podríais opinar que más tarde o más temprano otra nación descubrirá probablemente algún arma tan mortífera y entonces Inglaterra estaría en desventaja.

Vaciló un poco y continuó con la misma voz calmosa:

—Pero hay centenares de «enanos» y no los podemos suprimir a todos. Un secreto como el de ese invento no se mantiene nunca por mucho tiempo y, si llegase la guerra, muy bien podría suceder que el enemigo esté preparado a utilizar nuestra arma contra nosotros.

De nuevo calló un instante.

—Estoy pensando en todos los hombres que lucharán en la próxima guerra y en las mujeres que los aman. Si veis a un hombre ahogándose, ¿os negaríais a salvarlo, sólo porque cabe la posibilidad de que años más tarde podría sufrir muerte más horrible aún?

Hubo otro silencio, durante el cual el Santo parecía erguirse y crecer imperceptiblemente, pero de modo tremendo, como si en torno suyo se desarrollase algo que, al fin, semejaba llenar toda la habitación, dándole el aspecto de gigante de proporciones absurdamente normales. Y cuando tornó a hablar, su voz seguía quieta y suave como siempre, pero llevaba en sí el son de trompetas.

—Hay aquí reunidos tres mosqueteros un poco absurdos y... un ángel bendito. Excepto el ángel, nosotros, en el curso de nuestras vidas, hemos infringido la mitad de los Mandamientos y la mayoría de las leyes de varios países. Y, sin embargo, hemos logrado mantener intactos ciertos ideales ridículos que en nuestras mentes pervertidas significan la justificación de

nuestros pecados. Y luchar es uno de nuestros ideales. ¡Luchas y muertes repentinas! Es más, deberíamos ser los últimos hombres del ancho mundo para impedir una guerra perfectamente buena. Personalmente, creo que deberíamos alegrarnos de que sobrevenga... para nuestra diversión particular. Pero no hay muchos como nosotros. Hay demasiados que son totalmente indiferentes; hombres y jóvenes que no quieren la guerra, que no quieren vivir por el ideal de «luchas, asesinatos y muertes repentinas», que no serían guerreros felices que entrasen cantando y gritando en la batalla, que irían a la guerra como rebaño de ovejas, que entrarían en la carnicería llenos de miserable e inútil heroísmo, para luchar ciegamente durante algunos días de escuálida agonía y morir en el fango. Hombres y jóvenes que no tienen nada que ver con nuestro bárbaro dios de las batallas... Nosotros hemos tropezado con los proyectos para el próximo sacrificio, en parte, debido a la suerte, y en parte, por nuestra propia inteligencia. Y aquí estamos. No nos importan un bledo todas las leyes ni todas las dificultades. ¿Me vais a creer completamente loco si os dijese que tres miserables fuera de la ley podrían, por la gracia de Dios...?

Dejó sin terminar la frase, y durante algunos segundos nadie habló.

Luego Rogelio Conway se movió intranquilo.

—¿Qué dices? —preguntó.

El Santo le miró.

—Digo que ese asunto nos incumbe a nosotros. Siempre hemos sabido, ¿verdad?, aunque de modo vago, que algún día vendría para nosotros la gran ocasión. Creo que la hora ha sonado. Podría haber venido de cualquier otro modo, pero ha sido así. Resumiré...

Encendióse otro cigarrillo y se acomodó mejor sobre la mesa, apoyándose con los codos sobre las rodillas, su hermoso rostro de luchador, que todos conocían y amaban, iluminado con tan sobrenatural belleza y decisión como nunca habían visto sus amigos.

—Habéis oído la historia. Estoy conforme en que parece folletinesca, pero sea como sea hay que mirar las cosas de frente, cara a cara. A un mismo tiempo, tanto en Inglaterra como en América, suceden cosas raras en las industrias del petróleo, del hierro y de productos químicos. La cantidad de dinero invertida en esas tres industrias debe de ser más importante que todos los capitales juntos de cualquier otra. No sabemos exactamente lo que sucede, pero sabemos que los grandes hombres, los mongoles secretos de Wall Street y de la Bolsa de Londres, esos tipos con gruesos cigarros y nombres que terminan en *heim* y *stein*, que manejan las finanzas de este mundo, están

obrando de acuerdo con un plan determinado. Fijaos ahora en las industrias que manejan en este momento: hierro, petróleo y productos químicos. Si conocéis intereses mayores que puedan obtener beneficios más grandes en una buena guerra, me gustaría saberlo... Añadid a eso lo que Barney Malone dice de los espías. ¿No os habéis dado cuenta de lo quisquillosas que son las naciones ahora y lo fácil que sería despertar recelos? Y los recelos internacionales, más tarde o más temprano significan la guerra. La nación más pacífica, si encuentra continuamente que los espías de otra están haciendo de las suyas, llega a tomar sus medidas. Hasta ahora nadie ha pensado en sembrar la semilla de la discordia entre dos potencias europeas promoviendo incidentes en gran escala y cuidadosamente combinados, pero sin embargo la idea es muy sencilla. Ahora está sucediendo y detrás de todo ello se halla el único hombre del mundo con cerebro suficiente para concebir esa intriga y capacidad e influencia para llevar a cabo. Sabéis a quién me refiero. Le llaman el millonario misterioso. Es el hombre del que suponen que ha hecho media docena de guerras, en menor escala, en interés de la alta banca. Habéis visto su nombre en letras mayúsculas en la Prensa cada vez que sobrevino una guerra. Su nombre se aviene muy bien con la nueva intriga, demasiado bien para que descartemos la posibilidad de que sea él el inductor. El doctor Rayt Marius...

Norman Kent tiró de pronto el cigarrillo al hogar.

Entonces lo de Golter acaso también...

Conway le interrumpió:

—Pero aquel príncipe heredero es precisamente gran amigo de Marius.

—¿Crees tú que eso importa algo a un hombre como Marius? —preguntó el Santo, en voz suave—. ¿No facilitaría sus planes? Supongamos...

El Santo se interrumpió, para continuar en seguida con voz extrañamente suave y soñadora:

—Supongamos que Marius tentase la vanidad del príncipe heredero. El rey es viejo y ya hubo rumores de que una nación joven necesita un conductor joven. El príncipe es, además, ambicioso. Supongamos que Marius pudiese decirle: «Puedo darte un arma con que conquistarás el mundo. No impongo más que una condición: que la utilices de veras...».

Los dos amigos le escuchaban ahora fascinados y confundidos. Querían reírse de la visión, aniquilarla, pulverizarla con el martillo gigantesco de la natural incredulidad, pero no encontraban palabras.

El tiempo iba pasando lentamente. De pronto exclamó Patricia, casi sin aliento:

—Pero él no podría...

—¡Sí que podría!

Simón Templar se había puesto de pie de un salto, haciendo un amplio ademán con el brazo derecho.

—¡Es la clave! —gritó—. Es la solución del enigma. No podrá ser difícil crear poco a poco el recelo internacional por medios artificiales, pero una tensión así no puede llegar tan lejos como el verdadero odio internacional. Para eso era preciso una chispa mucho más fuerte. El príncipe heredero y sus ambiciones y la invención de Vargan... sí que podrían lograr aquel resultado. Son los triunfos de Marius. Si no lograrse éxito en esas dos cosas, toda la intriga se caería al suelo. *¡Sé que es así!*

—El hombre del jardín murmuró Patricia. —Si fuese uno de los hombres de Marius...

—*¡Fue el mismo Marius!*

El Santo se precipitó sobre la mesa y sacó un periódico, lo abrió rápidamente y contempló una fotografía.

Aunque la luz había sido muy deficiente cuando se encontró frente a frente con el original de aquella fotografía, aquel rostro era inconfundible... era el rostro horrible, de rasgos duros, inexpresivos de un ídolo pagano tallado en piedra.

—*¡Fue el mismo Marius!*

Roger Conway se levantó también.

—Si es así, Santo, creeré que no soñaste anoche...

—Te digo que es así.

—Y si no sufrimos de pronto de reblandecimiento cerebral, después de escuchar las fantásticas deducciones tuyas...

—Dios sabe que jamás he estado tan cierto de una cosa.

—Entonces...

El Santo asintió con un movimiento de cabeza.

—Hemos perseguido siempre el ideal de hacer justicia —dijo—. ¿Qué es lo justo en este caso?

Conway no contestó y el Santo se volvió hacia Norman Kent, que le miraba con mirada pensativa; entonces se dio cuenta de que los dos aguardaban que él interpretase como siempre sus pensamientos.

Nunca habían visto al Santo tan grave y austero.

—El invento tiene que desaparecer —dijo—. Y el cerebro que lo concibió, que podría volver a concebirlo, también tiene que desaparecer. Es necesario que muera un hombre en lugar de millones...

3

SIMÓN TEMPLAR VUELVE A ESHER Y DECIDE VOLVER A IR ALLÍ DE NUEVO

Esto sucedió el 24 de junio, unas tres semanas después de la respuesta del Santo al ofrecimiento del Gobierno de perdonarle todas sus fechorías.

El 25, ningún periódico de la mañana dio más que una breve noticia acerca del asunto que había llenado tantas páginas de las ediciones de la noche anterior; después, la Prensa se calló por completo acerca de los que habían asistido al experimento de Vargan sin ser invitados. Y acerca de la reunión del Gobierno sobre el mismo asunto sólo daban una noticia breve.

El Santo, que de día y de noche sólo tenía un pensamiento, vio en aquella inesperada reticencia la mano de algo muy parecido a la censura, y Barney Malone, a quien se dirigió en demanda de información, se mostró tan poco comunicativo, que el Santo vio en su actitud la confirmación de sus sospechas.

Le pareció como si una extraña tensión se hubiese deslizado en la atmósfera de Londres. Sabía muy bien que aquella sensación era puramente subjetiva, pero no podía apartarla. Un día se había paseado por las calles de Londres gozando sin inquietud alguna el aire tibio, prometedor de un buen verano, entre gente feliz y alegre, y el día siguiente, el cielo azul se le antojó lleno de presagios, de negros nubarrones y tempestades, y la gente, como miedosa y triste del destino que se cernía sobre la ciudad.

—Debías ir a Esher —dijo a Rogelio Conway—. Un día lejos de tu bar favorito te hará bien.

Los dos tomaron un coche de alquiler y se fueron a Esher, donde el Santo descubrió nuevos presagios.

Almorzaron en la fonda «El Oso» y luego se pasearon por la carretera de Portsmouth. Allí donde comenzaba el camino vecinal de la casa del profesor Vargan, había dos hombres, y los dos se callaron de pronto, cuando Conway y

Templar dejaron la carretera para tomar aquel camino. Más abajo, en la puerta del jardín, había un hombre fumando en pipa.

Simón Templar siguió el camino y pasó por la quinta sin mirarla siquiera, hablando al mismo tiempo de modo natural de las posibilidades de las carreras de caballos del día siguiente, domingo. Pero un sexto sentido le dijo que la mirada de aquel hombre de la puerta le seguía, lo mismo que las de los dos hombres apostados junto a la carretera.

—Fíjate, Rogelio —dijo cuando estuvieron más alejados—, cómo procuran aparentar naturalidad. No quieren llamar la atención. La orden es guardar la casa con la menor ostentación posible, pero si hiciésemos algo que podría ser sospechoso, nos encontraríamos, de pronto y muy calladamente, camino del cuartelillo más próximo. Eso es lo que yo llamo eficiencia.

A doscientos metros, después de doblar una esquina, el Santo se detuvo.

—Continúa caminando mientras compones un verso apto para la especie de salón en la que nunca te admitirán a ti —ordenó—. Luego vuélvete. Yo estaré aquí.

Conway obedeció; al continuar avanzando, aún vio por el rabillo del ojo que su amigo se metió por una abertura en el seto vivo hacia los campos de la derecha. Conway no era poeta, pero aceptó la sugestión del Santo y jugó vagamente en las líricas posibilidades de una joven dama de Tiba que silbaba doquier que iba. Tras forcejear unos minutos con el problema de llevar esta obra maestra a feliz término, lo dejó estar y se volvió. En aquel preciso instante surgió también el Santo del seto, extrañamente atildado y pulcro, a pesar de la prueba, y con una puntualidad que indicaba claramente que sabía los puntos que calzaba el señor Conway en cuanto a poesía.

—Durante los primeros cinco agujeros no coloqué una sola vez la pelota —dijo el Santo con voz triste, continuando después la descripción de un partido de golf completamente imaginario, hasta que se hallaban de nuevo en la carretera, lejos ya de los dos policías.

Entonces volvió sobre el asunto que les había llevado allí.

—Quería investigar el terreno de la parte posterior de la casa para ver qué defensas hay allí. He visto a un serafín gigantón en mangas de camisa, fingiendo dedicarse a jardinería, y a otro agente de menor cuantía, sentado en una gandula. El amigo Teal seguramente está en el cuarto de baño convenientemente disfrazado. Se ve que no piensa correr más riesgos.

—Lo cual significa que habremos de ser muy astutos..., o muy violentos.

—Sí, algo por el estilo.

El Santo estaba preocupado y silencioso durante el resto del regreso a «El Oso», pensando seriamente en el problema que quería resolver.

Tenía motivos para estar preocupado y, sin embargo, resolver problemas difíciles no era cosa nueva para él. El hecho de que entre él y el objeto de sus pesares hubiese un cordón de policías, no le inquietaba.

Conocía la fuerza de sus puños. Si hubiese querido, fácilmente habría llegado a ser campeón de boxeo de medio peso. Además, tenía idea muy pobre de la velocidad y ciencia luchadora de los policías. De todos modos, por lo que concernía a aquellos obstáculos, el Santo tenía plena confianza en su habilidad para salir airoso de la lucha. Tampoco le detenía el pensamiento de que estaba metiéndose con el destino de algunas naciones: Una vez en sus quijotescas aventuras había llevado a cabo, por sí solo, una revolución en América del Sur y, si hubiese querido, a aquellas horas sería personaje acreditado y vestiría uniforme. Pero aquel problema, sus proporciones inmensas, las fuerzas colosales que se hallaban envueltas en él, las tragedias a millones que un descuido podría determinar..., sólo el pensarlo le dio escalofríos y le obligó a apretar los dientes.

El Destino se ocupaba demasiado de él en aquellos días.

Entraban en Kingston con la marcha modesta que un coche de alquiler permite, cuando de pronto un sedán amarillo pasó raudo y sin esfuerzo alguno. Antes de pasar, a Conway se le quedó indeleblemente grabado en la memoria el rostro bestial, simiesco que les miraba desde aquel coche con la fijeza de un rostro pétreo.

—¿Verdad que es simpático? —murmuró el Santo.

—Sí, un verdadero Rodolfo Valentino —convino su amigo.

Simón Templar sonrió, diciendo:

—Conocido por nosotros bajo el nombre de Rostro Angelical o el Enano..., a elección del orador. En el mundo se le conoce con el nombre de Rayt Marius. Me ha reconocido y ha visto el número de nuestro coche. Nos descubrirá por medio del garaje donde lo alquilamos y, en menos de veinticuatro horas, conocerá nuestros nombres, domicilios, etcétera. No puedo menos que pensar que la vida va a ser muy animada de ahora en adelante.

Al día siguiente el Santo regresaba a medianoche en compañía de Rogelio Conway a su casa de la calle de Brook, cuando de pronto se detuvo y miró al cielo con aire pensativo, como si se le hubiese ocurrido algo que quería recordar hace tiempo.

—Discute conmigo, Rogelio —suplicó—. Discute violentamente y mueve mucho las manos; pon la cara más feroz que esas facciones angelicales tuyas

te permitan Pero no levantes la voz.

Recorrieron los pocos metros que faltaban hasta la puerta de la casa, discutiendo, al parecer, muy enojados. El señor Conway, hablando en voz baja, hizo resaltar los fracasos del automóvil «Ford» con gran elocuencia. El Santo contestó, muy bajo, pero gesticulando agresivamente:

—Un pobre diablo me ha estado siguiendo casi todo el día. Ahora está a diez metros de nosotros. Quiero cogerlo, pero si le damos caza, se nos escapará. Seguramente tratará de acercarse ahora para saber de qué discutimos. Si empezáramos a pegarnos acaso se pondría al alcance de nuestras manos. Entonces tú lo agarras, mientras yo abro la puerta.

—Entendido —exclamó Conway moviéndose furioso.

Habían llegado ya frente a la casa del Santo. Este se paró, se volvió de pronto y con un movimiento rápido hizo retroceder a su amigo.

Conway recobró en seguida el equilibrio y dio, al parecer, un violento puñetazo al Santo, quien lo recibió en el hombro e hizo como si se tambaleara hacia atrás. Luego volvió, echándose sobre Conway y le hirió suavemente en la mandíbula. Conway devolvió el golpe, colocando el puño en furiosa arremetida a dos dedos de la nariz del Santo.

A la luz incierta de los faroles parecía que reñían de verdad y con gran furor. El Santo vio con satisfacción que su sombra se había, acercado y que, a pocos pasos de distancia, contemplaba la lucha con interés.

—Detrás de ti —dijo el Santo en voz baja—. Tambaléate ahora cuatro pasos atrás al próximo golpe.

Aplicó el puño, al parecer, furiosamente, pero en realidad sin llegar, al estómago de Conway y se escapó sin esperar el resultado, pues sabía que su lugarteniente estaba bien entrenado. Simón tuvo sólo tiempo de buscar la llave y abrir la puerta. Un segundo más tarde volvió a cerrarla tras Conway y el hombre que llevaba a cuestas.

—¡Buen trabajo! —observó el Santo con aprobación.

—¡Arriba con la presa, Rogelio!

Cuando entraron en el salón, Conway dejó al hombre en el suelo y le quitó la mano de la boca.

—¡Calla! —exclamó como asustado y se cubrió los oídos.

El Santo estaba mirando por entre las cortinas de la ventana a la calle.

—No creo que nos haya visto nadie —dijo—. Hemos tenido suerte. Si hubiésemos buscado la ocasión, habríamos tardado años en encontrar la calle tan desierta.

Se apartó de la ventana y contempló al prisionero, que aún seguía amenazando y blasfemando.

—¡Basta, amiguito! —exclamó el Santo glacialmente.

—Regístrale los bolsillos, Rogelio.

—Cuando encuentre a un policía... —empezó el hombre temblando.

—O cuando el policía encuentre lo que de ti quede —murmuró el Santo—. ¿Sí? ¿Qué es?

Pero Rogelio no encontró en los bolsillos otra cosa que tres billetes nuevos de cinco libras cada uno, una verdadera fortuna que nadie hubiese sospechado en aquel hombrecillo de mísero aspecto.

—Tendremos que recurrir a la fuerza —dijo el Santo alegremente y cerró con gran cuidado las dos ventanas.

Volvió con las manos en los bolsillos y mirada muy santésca en los ojos.

—¿Vas a hablar, pequeño?

—¿Qué quiere decir? Son ustedes unos matones...

—Pregunto si vas a hablar —repitió el Santo con paciencia—. Abrir la boca, emitir sonidos que tú confundes con el idioma inglés. Tú me has estado siguiendo todo el día y eso me disgusta.

—¿Qué quiere decir, que le he seguido? —preguntó el hombrecillo de nuevo, con gran indignación.

El Santo suspiró, agarró al prisionero por las solapas y lo zarandó durante un minuto como un perro puede zarandear una rata.

—¡Habla! —dijo el Santo con monotonía.

El pobre hombre abrió la boca para pronunciar un grito o una blasfemia y al Santo le molestaban ambas cosas. Le dio un buen golpe en el estómago y se quedó sin saber cuál había sido la intención del pobre diablo, porque se le ahogó la voz. Luego el Santo volvió a cogerle por las solapas.

Era un poco abusar de sus fuerzas, pero Simón Templar no estaba para escenas sentimentales. Era preciso hacer lo que hacía y lo hizo con pasmosa calma y gran precisión. El zarandeo duró cinco minutos.

—¡Habla! —repitió después y el hombre se declaró por fin dispuesto a hablar.

Simón lo cogió por el cogote y lo dejó caer en un sillón como un saco de patatas.

Sin embargo, lo que contó el hombre no sirvió de gran cosa.

—No sé cómo se llama. Me lo encontré hace seis meses en la calle de Oxford y me dio un encargo. Desde entonces trabajo de vez en cuando para

él, sigo a las personas que me indica y averiguo lo que puedo acerca de ellas. Siempre me ha pagado bien y nunca ha habido mucho riesgo...

—Hasta que te has encontrado conmigo. ¿Cómo haces para comunicar con él si no sabes su nombre?

—Cuando me necesita, me escribe y me encuentro con él en algún sitio público, donde me indica lo que tengo que hacer. Después le comunico el resultado por teléfono. Tengo su número.

—¿Cuál es?

—Westminster, noventa y nueve, noventa y nueve.

—Gracias. Es un hombre simpático, ¿verdad?

—¡Qué dice! A veces, al verlo tiemblo. La primera vez que el vi...

El Santo se apartó de la pared y alcanzó la caja de cigarrillos.

—¡Vete ya, pequeño, antes que cambie de parecer! —dijo—. Ya no me interesas. La puerta, Rogelio.

—Oiga usted —gimoteó el hombrecillo—, tengo mujer y cuatro hijos...

—Muy mala suerte tienen los pobres. Recuerdos a la familia.

—Me han asaltado ustedes..., puedo denunciarlos a la policía...

El Santo le clavó la fría mirada de sus ojos azules.

—Puedes bajar las escaleras por tus pies —observó fríamente—, o el caballero que te subió a cuestras, puede hacértelas bajar de un soberbio puntapié. A tu elección. Pero si quieres alguna recompensa por lo que ha pasado aquí, pídesela a tu hermoso amigo. Dile que te torturamos con hierros candentes y que no hemos podido arrancarte una palabra. Acaso te crea, aunque no lo juraría. Y si quieres denunciarnos a la policía, encontrarás un agente en esta misma calle. Le conozco muy bien y estoy seguro de que le va a interesar mucho lo que tengas que decirle. Buenas noches.

—Y se llaman ustedes caballeros...

—¡Fuera! —ordenó el Santo.

Estaba encendiendo un cigarrillo y no alzó la vista, pero a poco oyó la puerta al cerrarse.

Desde la ventana vio al hombre subir calle arriba. Cuando Conway volvió a entrar en la habitación, Simón Templar estaba telefoneando, sonriendo maliciosamente a su amigo.

—Sí, voy a enviar nuestro afecto al Enano... ¡Halo! ¿Westminster, noventa y nueve, noventa y nueve?... ¡Espléndido! ¿Cómo va la vida, Rostro Angelical?

—¿Quién habla? —preguntaron desde el otro extremo del teléfono.

—Simón Templar..., puede que haya oído hablar de mí. Creo que nos..., encontramos hace poco. —El Santo sonrió al percibir la exclamación ahogada.

—Sí, me supongo que será una sorpresa muy agradable para usted. Sí, sí, encantado... El caso es que acabo de dar un mal cuarto de hora a uno de sus detectives aficionados. Ahora va camino de su casa. El próximo amigo suyo que encuentre siguiéndome, irá en camilla. No lo olvide... ¡Agradables sueños, viejecito!

Colgó el auricular sin esperar respuesta.

Luego llamó a Informaciones.

—¿Puede darme nombre y dirección del abonado Westminster, noventa y nueve, noventa y nueve?... ¿Qué? ¿No hay modo de averiguarlo?... Sí, ya lo sé, pero tengo mis motivos para no llamar al mismo abonado y preguntárselo. El caso es que mi mujer se fugó ayer con un fontanero, dejándome una nota que si quería que volviese, que llamase a ese número, pero el grifo del baño está goteando... ¡Oh! ¡Muy bien! ¡Gracias! ¡Recuerdos a la inspectora!

Dejó el aparato y se volvió hacia Conway.

—Lo siento mucho..., pero no podemos dar nombre y dirección de nuestros abonados —dijo imitando la voz de la telefonista. Después—: Sabía que no me lo darían, pero valía la pena llamar. De todos modos, poco importa.

—Podrías haber mirado el listín.

—¡Naturalmente!... Sabiendo que Marius no vive en Inglaterra y que por lo tanto el teléfono no estará a su nombre..., sí, naturalmente.

Conway hizo un gesto.

—Tienes razón. Pues nos toca ahora pensar qué es lo que hará el Enano.

—No —le contradijo el Santo, alegremente—, porque eso ya lo sabemos. Empleará el ácido prúsico en la leche mañana por la mañana o un tiro al pasar, la próxima vez que salga por la puerta. De eso podemos estar seguros, si es que esperamos a mañana. Pero supongamos que nos da la gana esperar...

La enfática energía de sus primeras palabras había cambiado poco a poco en la suave entonación soñadora que Conway conocía. Era señal de que el pensamiento del Santo se había anticipado velozmente a la palabra y que sólo decía mecánicamente lo que ya no tenía importancia.

Luego permaneció silencioso durante un rato, con el cigarrillo en la boca y cierta inmovilidad en el cuerpo, mientras sus ojos azules brillaban. Así se quedó algunos momentos como pantera a punto de saltar. Luego se irguió

sonriendo y con el brazo derecho hizo uno de aquellos magníficos ademanes románticos que sólo él sabía hacer sin afectación alguna.

—Sí, ¿por qué esperar? —preguntó.

—Es verdad, ¿por qué? —repitió Conway de modo vago—. Pero...

El Santo ya no le escuchaba; se había dirigido de nuevo al teléfono y llamó a Norman Kent.

—Saca tu coche, llena el depósito de combustible y ven aquí. Llévate un revólver. La noche va a ser movida.

Pocos momentos más tarde comunicaba con su hotelito en Maidenhead, a donde había enviado, por la gracia de los dioses que inspiraban al Santo, a su criado para que arreglase la casa para el veraneo, que no se realizaría como Templar lo había proyectado.

—¿Eres tú, Horacio?... Muy bien. Te telefono para decirte que el señor Kent irá allí durante la madrugada con una visita. Quiero que prepares el sótano para la visita. ¿Comprendido?

—Sí, señor —respondió Horacio impasible y el Santo colgó el auricular.

Sólo había en el mundo un Horacio, ex sargento de infantería marina y criado muy leal de Simón Templar. Si éste hubiera dicho que la visita era el presidente de los Estados Unidos, acabado de raptar, Horacio habría contestado: «Sí, señor»; ejecutando después las órdenes recibidas.

Rogelio Conway se levantó y apagó el cigarrillo en el cenicero, diciendo:

—¿Qué vamos a hacer?

—Si esperamos más tiempo, pueden suceder dos cosas: o Vargan venderá su invento al Gobierno, revelando el secreto de los técnicos, o Marius robará el invento, raptando tal vez a Vargan. Y entonces ya no tenemos nada que hacer. Nuestra única esperanza es obrar mientras Vargan sea el único poseedor de aquel invento del demonio. Cada hora que dejamos pasar inactiva, es una ventaja que damos a Marius.

Conway contempló la fotografía de Patricia Holm sobre el revellín.

—¿Dónde está ella?

—Pasando unos días en Devonshire con los Mannering. La cosa está clara. Me alegro de que no esté aquí. Volverá mañana por la noche, muy oportunamente. Esta noche llevamos a Vargan a Maidenhead, allí descansaremos de nuestras fatigas y mañana volvemos a tiempo para recibirla. Luego volvemos todos a Maidenhead. ¿Qué te parece?

Conway asintió lentamente, pero seguía frunciendo el ceño como si algo le preocupara.

De pronto habló.

—Nunca he presumido de inteligente, pero me gustan las cosas claras. Estamos convencidos de que Marius, a causa de ciertos intereses financieros, piensa promover una guerra. Si se sale con la suya, nos hallaremos envueltos en ella más que otra nación alguna. Siempre nos sucede lo mismo. El pobre pueblo inglés siempre tiene que pagar las discordias de otros... Naturalmente no queremos que el invento de Vargan sea utilizado contra nosotros, pero..., ¿no nos ahorraríamos muchos disgustos si nuestro Gobierno pudiese utilizarlo?

El Santo movió la cabeza.

—Si Marius no logra raptar a Vargan, no creo que la guerra estalle. Cuando menos, por el momento. Y antes de que se las ingenie para buscar otra ocasión favorable, pueden pasar muchas cosas. En cuanto a usar nosotros el invento... No, Rogelio, no lo creo conveniente. Ya lo hemos discutido. No podríamos mantenerlo secreto. Pero aunque así fuese, ¿no cree que el mundo estaría mejor sin ese invento endemoniado? Ya hay bastantes armas feas sin él. Y he dicho que no lo quiero...

Conway le miró fijamente durante unos segundos. Luego:

—De modo que Vargan irá esta noche a Maidenhead. ¿No vas a matarlo esta misma noche?

—Si no me obligan, no —repuso el Santo con calma—. He reflexionado. No sé hasta dónde podemos confiar en apelar a sus sentimientos humanitarios, pero mientras exista esa esperanza, tiene derecho a vivir. Hemos de ver si quiere escucharnos..., porque en caso contrario...

—Evidentemente.

Simón Templar dio la misma explicación al tercer mosquetero, Norman Kent, cuando éste llegó diez minutos más tarde. Su respuesta sólo fue un poco menos enérgica.

—Sí, acaso tengamos que hacerlo.

Su rostro oscuro tenía expresión más grave que de costumbre y hablaba con gran calma, porque, aunque Norman Kent había enviado una vez a un hombre a la muerte, era el único de los tres que nunca había visto morir a nadie.

SIMÓN TEMPLAR PIERDE UN AUTOMÓVIL Y GANA UN ARGUMENTO

—**E**l antiguo arte de la estrategia —observó el Santo— estriba en colocarse uno en el sitio del enemigo. Vamos a ver, entonces, cómo guardaríamos a Vargan si estuviésemos en lugar del señor Teal.

Hallábanse los tres formando grupo en la carretera de Portsmouth, a cosa de una milla de Esher, donde detuvieron los dos automóviles en que habían venido desde Londres. Habían estado separados durante el viaje, porque el Santo insistió en llevarse su propio «Furillac», lo mismo que el «Hirondel» de Norman Kent, en caso de cualquier accidente. Y se había negado a admitir que hubiese tiempo de hacer planes antes de empezar el viaje. Eso, había dicho, podía hacerse durante el camino y así se ahorran media hora.

—Ayer había allí cinco hombres —observó Conway.

—Si Teal no pone más durante la noche, creo que podemos despacharlos en los mismos sitios donde los vimos, primero los dos apostados en el camino, después los del jardín y del huerto, seguramente alguien en el mismo invernadero y en la casa. Número incierto, pero seguramente habrá parejas en cada puesto.

El inevitable cigarrillo del Santo brilló en la oscuridad como una estrella fugaz.

—Eso mismo he pensado yo. He hecho un plan de ataque a base de eso.

Lo explicó sucintamente. No era difícil, porque en realidad no era un verdadero plan de ataque, era tan sólo una idea para una acción rápida a la desesperada, fiando mucho en la sorpresa. El Santo tenía costumbre de acometer muchos asuntos de la misma forma y salirse con la suya. Sin embargo, en aquella ocasión hasta aquel vago plan había de resultar innecesario.

Pocos minutos después, hallábanse de nuevo en camino.

El Santo, con Conway al lado, llevaba el «Furillac». El «Hirondel», con Norman Kent, le seguía a unos cincuenta metros. Norman, con gran disgusto suyo, no había de tomar parte activa en el comienzo del ataque. Había de detener su coche a poca distancia del camino vecinal, dar la vuelta y esperar en aquel sitio, con el motor en marcha hasta que Conway o el Santo viniesen con Vargan. El éxito del arreglo estribaba en su sencillez, pero Kent no se quedó convencido, y sus amigos lo achacaron a su desconfianza y falta de inteligencia.

No obstante, sin esa reducción de la parte móvil de las fuerzas, de acuerdo con el vago plan del Santo, el resultado de la aventura acaso hubiese sido muy distinto.

Cuando Templar detuvo el «Furillac» en la entrada misma del camino vecinal, miró un momento atrás y vio que el «Hirondel» ya estaba dando la vuelta para colocarse en la posición ordenada y poder emprender el regreso sin pérdida de tiempo.

En aquel instante oyó un tiro.

El Santo soltó un terno y se apeó rápidamente del coche, muy alerta y dispuesto a todo. Conway estaba a su lado, dispuesto también a toda eventualidad.

—¿Has oído?

Conway no salió de su asombro.

—¿Pero cómo...?

—El Enano...

—¡El mismo!

Simón Templar se había quedado rígido como una piedra y así permaneció una eternidad, según se le antojaba al impaciente Conway, como si de pronto el Santo se hubiese petrificado. Y, no obstante, la rigidez sólo duró segundos, durante los cuales los pensamientos de Templar giraban vertiginosamente para ajustar sus acciones a la situación totalmente cambiada.

Rostro Angelical se les había anticipado, aunque sólo en poquísimo. Y puesto que ellos habían buscado la aventura, ahora se hallaban bien metidos en ella. Habían llegado allí para luchar contra la ley, pero ahora tenían que habérselas, además de con sus representantes, con otros fuera de la ley, como ellos mismos, y todos empeñados en el mismo fin: Retener en su poder a K. B. Vargan. Puesto que aquellas dos bandas habían de luchar frente a frente...

—Aquí es donde ganamos nosotros —dijo el Santo, con voz muy suave—. Hemos tenido suerte.

—¿A eso llamas tú suerte?

—¡Ya lo creo! ¿Hubiéramos podido llegar con mayor oportunidad? Cuando las dos bandas estén agotadas, con algunas bajas, probablemente, y los amigos del Enano hayan hecho todo el trabajo, nosotros...

Le interrumpió otra detonación..., luego otra... después tres o cuatro seguidas.

—¡Ahora nosotros! —exclamó el Santo, y Rogelio estaba a su lado cuando aquel avanzaba velozmente por el camino.

No encontraron ningún policía apostado allí, pero percibieron los pesados pasos de un hombre que venía corriendo hacia ellos. El Santo apartó a Conway y dio un puntapié con gran oportunidad. Al caer el hombre de bruces, el Santo se inclinó y le sacudió la cabeza contra el suelo; luego lo levantó casi en vilo y lo miró de cerca.

—Si este pájaro no es policía, yo soy de la Patagonia —dijo—. Un leve error, Rogelio.

El policía contestó forcejeando furiosamente y el Santo, con gran sentimiento, le dio un directo sobre la mandíbula que lo dejó sin sentido en tierra.

—¿Y ahora qué? —preguntó Conway, y en seguida se oyó un vivo tiroteo.

—Allí están peleando de lo lindo —dijo en son de queja el Santo—. Vamos a tomar parte.

Sacó la pistola y disparó dos veces. La respuesta llegó antes de lo que esperara...; de la oscuridad salieron dos lenguas de fuego y dos balas pasaron silbando.

—Alguien nos aprecia mucho —observó Templar con calma—. Por aquí...

Echó a andar por el camino hacia la quinta.

De pronto de la oscuridad surgieron los rayos de potentes faros de un coche, como dos ojos monstruosos. Durante un segundo el Santo y Conway se quedaron rígidos, cegados por aquella luz inesperada. Tan grande fue la sorpresa, que perdieron unos momentos preciosos antes de advertir que los faros no estaban quietos, sino que avanzaban y que avanzando iban adquiriendo gran velocidad.

—¡Gloria! —exclamó el Santo, y su voz coincidió con el desagradable tableteo de otro revólver invisible.

En el mismo instante el Santo se volvió con velocidad de relámpago. Se inclinó y cogiendo a Conway por la cintura, lo lanzó literalmente sobre el seto

vivo junto al camino, con exactitud y precisión tan grande, que el mejor y más entrenado futbolista no hubiera podido hacerlo mejor.

Conway, aturdido, se puso temblando de pie, vio el Santo a su lado, y estuvo a tiempo para ver pasar raudo un coche cerrado, precedido por la cegadora luz de sus faros, tan cerca que sus alas y el pescante arrancaron parte del seto. Entonces comprendió que, sin la gran presencia de ánimo de su amigo Templar, lo habría pasado muy mal en aquel estrecho sendero, porque no hubiese habido salvación.

Conway habría podido decir algo acerca de ello. En circunstancias ordinarias, habría tenido que dar rendidas gracias en voz temblorosa a su salvador; los dos se habrían estrechado la mano, abrazándose además, pero Conway sabía que no había tiempo para ello. Además, el Santo había obrado casualmente y en aquel momento seguramente el incidente ya formaba parte del limbo de lejanos recuerdos y acaso le hubiese sorprendido que le hablasen de él. Tal vez más adelante, cuando, ya viejo, buscase la comodidad del sillón al lado del hogar, sería agradable el recuerdo... En aquel momento sólo le interesaba el porvenir inmediato.

Miraba hacia la casa. Aún había luz en algunas ventanas; el aspecto de la quinta medio iluminada era pacífico y tranquilizador, a no ser por los tiros que se percibían aún en diferentes partes del jardín. El Santo dirigía la mirada escrutadora sobre todo hacia la puerta del jardín, de cuyas sombras vio surgir a poco otra sombra de gran bulto...

¡Pam!

Una débil llama surgió de donde estaba aquella sombra y a poco se percibió el ruido de cristal que se rompe; pero ya el coche se hallaba a pocos metros de la carretera.

Conway sacudió a Templar, cogiéndole por los hombros.

—¡Que se escapan, Santo! ¡Que se escapan! ¿Por qué no tiras?

El Santo alzó mecánicamente el revólver, a pesar de que sabía muy bien que, con la falta de luz, era muy difícil acertar el tiro hasta para el mejor tirador, y él distaba mucho de serlo siquiera mediano.

Bajó el arma de nuevo, dando un grito; al mismo tiempo cogió a Conway con la mano izquierda.

—No podrán pasar —exclamó—. He dejado nuestro coche a la entrada del camino y no hay sitio para pasar.

Rogelio Conway, mirando fascinado, vio la elegante silueta del «Furillac» revelada a la potente luz de los faros del coche amarillo, y percibió, antes de

sobrevenir el choque, el chirrido de las ruedas a causa del frenazo y del patinazo.

Los faros se apagaron en el ruidoso choque; sobrevino la oscuridad y el silencio.

—Ya los tenemos —exclamó el Santo alegremente.

La sombra de la puerta del jardín venía corriendo hacia los dos. El Santo salvó la cerca de un salto, cayendo a dos pasos de Teal, quien le vio demasiado tarde.

—Lo siento —murmuró el Santo, y lo sintió de verdad, pero puso cada onza de sus ochenta kilos de peso dinámico en el golpe que dirigió al estómago de Teal.

Generalmente el Santo sentía gran respeto por la policía y muy particularmente por el inspector Teal, pero aquella noche no estaba para cortesías. Además, Teal llevaba pistola y en aquellas circunstancias seguramente hubiese disparado primero para hacer sus preguntas después. Por último, el Santo tenía sus propias ideas acerca de cómo convenía salvar a Vargan y éstas no incluían la cooperación ni la intervención de la policía. Estos tres argumentos los incluyó en aquel formidable golpe contra el plexo solar de Teal y éste se cayó con un suspiro de angustia.

Luego el Santo se volvió y se fue corriendo tras Conway, quien ya se había precipitado hacia el coche.

Templar oyó un grito a su espalda y luego otro tiro. Esta vez la bala le rozó la oreja. Había pues, cuando menos un policía superviviente del ataque de Marius Rayt, pero le pareció a Templar que, de momento, podía prescindir de más discusiones con los señores representantes de la Ley. Corrió en zigzag con toda la fuerza de sus piernas, sabiendo que había escasa probabilidad de que le alcanzase ningún tiro.

Seguramente el policía que había salido tras Teal, debió de pensar lo mismo, porque no volvió a disparar; pero cuando el Santo se detuvo junto al coche amarillo, enredado de modo inextricable con el «Furillac» hecho trizas, percibió el jadeo del policía que se acercaba corriendo.

Conway abrió una de las portezuelas y lo debió a un milagro que su carrera no se acabase allí mismo a causa del tiro que salió del interior. No se oyó detonación alguna, sólo el suave *plop* del silenciador, lo que hizo comprender al Santo que los tiros que habían oído fueron todos hechos por la policía. Los asaltantes no habían sido tan ruidosos como él supusiera.

Pero Templar abrió al instante la puerta opuesta del coche.

—¡Mala persona! —dijo en tono de reproche.

Pasó rápidamente el largo brazo sobre el hombro del individuo de la pistola y lo agarró por la muñeca, que retorció de tal modo que el segundo tiro salió por el techo del coche en vez de levantarle la tapa de los sesos a Conway.

Luego el Santo le obligó a doblar la mano de modo que el cañón de la pistola se apoyase sobre las mismas costillas del hombre.

—¡Ahora puedes disparar, hombre de Dios! —dijo el Santo animándole, pero el hombre permaneció quieto.

Se hallaba sentado en la parte posterior del coche, junto a Vargan. En el asiento del chófer no había nadie y la portezuela estaba abierta. Templar se preguntó quién podría haber sido el conductor del coche, dónde habría ido y si era posible que fuese el mismo Rostro Angelical. De todos modos, se apercibió en seguida contra cualquier peligro por parte del desaparecido conductor.

Conway sacó a Vargan por su lado del coche y el Santo, cogiendo al otro con la izquierda por el cuello, lo sacó por el suyo. Un rápido movimiento, y la mano soltó la pistola silenciosa. Entonces Templar le obligó a dar la vuelta, para encararse con él.

—¡A dormir, amigo! —le dijo, y le aplicó un directo a la mandíbula con supremo arte y fuerza bruta.

Al volverse, se vio frente a la boca del cañón de una pistola automática. El Santo alzó las manos rápidamente. Se había puesto la pistola en el bolsillo para poner fuera de combate al hombre del coche amarillo y sabía que sería peligroso tratar de sacarla en aquel momento.

—Estupendo tiempo, ¿verdad? Vamos a tener un buen verano —dijo en tono casual.

Aquel hombre, se dijo Templar, debió de ser el policía que disparó sobre él en el camino de la casa; aunque alto y corpulento, no se parecía al gigante Rostro Angelical. Además, de ser éste o uno de los suyos, ya hubiese apretado el gatillo hacía tiempo.

La pistola automática se apoyaba sobre el pecho del Santo y éste sintió que el policía le quitaba el arma del bolsillo, para suspirar en seguida muy aliviado.

—Bueno, cuando menos hemos atrapado a uno —observó satisfecho.

—Mucho gusto en conocerle —contestó el Santo.

Simón Templar hablaba con la misma tranquilidad como si hubiese llevado una conversación sin importancia en el club, en vez de hablar con las manos en el aire delante de un policía que le apuntaba con su automática

«Smith-Wesson». Se hallaba en peligro. Si las circunstancias hubiesen sido un poco distintas, tal vez habría dado cuenta del obstáculo de la misma forma en que trató a Marius en su primer encuentro. Marius en aquella ocasión dominaba la situación de la misma manera que en aquel momento el policía, pero cometió el error de juzgar mal a su adversario desconocido y fue lento en la acción, mientras que aquel policía estaba apercebido y preveía el ataque. Naturalmente, por lo que había visto y oído, hubiera sido tonto de no aprestarse a toda eventualidad. Algo le decía al Santo que aquel hombre no era tonto. Mantenía la puntería del revólver con demasiada firmeza...

De todos modos, era preciso vencer el obstáculo, fuese como fuese.

—¡Llévate a Vargan, Rogelio! —gritó el Santo, sin inmutarse por nada—. Ya nos veremos...

Se apartó dos pasos, pero manteniendo los brazos en alto.

—¡Alto! —exclamó el policía y el Santo se detuvo, pero ya se había colocado en posición para ver lo que pasaba.

Por la luz roja de la parte posterior del coche vio que el «Hirondel» marchaba hacia atrás; Norman Kent lo acercaba para ahorrar tiempo.

Conway se inclinó, recogió al profesor y se lo echó sobre los hombros como un saco de patatas; luego volvió la mirada a Templar, vacilando un poco.

—Vete con él ahora que puedes, ¡tonto! —ordenó el Santo, con impaciencia.

Aun entonces seguía creyendo que estaba destinado a sacrificarse para cubrir la huida. No iba a caer sin luchar, pero...

Vio que Conway echó a andar y respiró con gran alivio. De pronto comprendió que aún podría salvarse, si aprovechaba la ocasión, y se dispuso a actuar al primer descuido del policía. La oportunidad se presentó en seguida.

No fue culpa del policía. Este quiso hacer lo imposible. Vacilaba entre el deseo de asegurarse de su prisionero y de averiguar lo que iban a hacer con el hombre al que tenía obligación de aguardar. Si se lo iban a llevar como parecía, era obligación suya impedirlo, pero el respeto que le infundía la temeridad de su prisionero, le ataba. Naturalmente, el policía hubiera tenido que pegarle un tiro, para dedicarse luego al otro asunto, pero sintiendo un poco de pánico, quiso encontrar solución menos cruenta, y lo que hizo no fue solución alguna. Trató de dividir su atención para dirigirla a dos cosas a la vez, y hacer eso, tratándose del Santo, era sencillamente fatal. La única excusa que tenía era que no conocía aún al Santo.

Templar, en aquellos pasos que el policía le permitió dar, se había colocado de tal modo que éste no podía mirar a la vez al Santo y a Conway. Para mirar a éste, era preciso dejar de mirar a aquél.

El policía cometió el error de querer lograr lo imposible.

Durante un instante apartó los ojos de su prisionero. No se sabrá nunca cómo se figuraba poder hacerlo impunemente. Simón Templar no se lo preguntó ni entonces ni después, porque en aquel instante de gracia, despreciando el peligro del revólver, preparado ya, saltó y dio al policía un formidable puñetazo con la mano izquierda. Antes de que el representante de la Ley besara el suelo, el Santo ya corría velozmente hacia el «Hirondel».

Conway acababa de obligar a Vargan, que forcejeaba con él, a sentarse en el asiento posterior, cuando el Santo saltó sobre el estribo y tocó a Norman Kent en el hombro.

—¡Adelante, muchacho! —exclamó, y el «Hirondel» se puso en marcha, mientras él y Conway se metían dentro.

Templar se echó sobre Vargan y lo agarró por las piernas, mientras Conway le ataba los tobillos con la cuerda que tenían al efecto. Las manos del profesor ya habían sido expertamente atadas por la primera banda de raptores, que también le habían colocado una mordaza para impedirle gritar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Norman Kent sin volverse, y el Santo se apoyó en el respaldo de los asientos delanteros para explicárselo.

—Ni hecho adrede hubiésemos podido hacerlo mejor. Rostro Angelical ha llevado a cabo el ataque como un *gángster* profesional. Nada de sutilezas o astucias, como nos proponíamos obrar nosotros. Entró en el cercado como bandido de Chicago, disparando y sin preocuparse de las consecuencias. Eso demuestra que ha tomado el asunto muy en serio.

—¿Cuántos hombres ha empleado?

—No lo sé. Sólo encontramos a uno y no era él. Este acaso haya estado en el coche con Vargan, pero se escapó cuando llegamos Conway y yo. Un hombre como él no se metería en un ataque así con un solo coche y dos hombres. Debe de tener otro coche cercano con más gente, a los que habrá ido a buscar. A lo mejor hay otra entrada, aunque la desconozco... Creo que harás bien en encender los faros ahora; ya estamos bastante lejos y no nos pueden ver.

Dicho lo cual se sentó cómodamente en el asiento y encendió un cigarrillo.

A su modo, el asunto había ido muy bien, a pesar de que el éxito había dependido mucho de la casualidad. De todos modos, el Santo estaba

preocupado. No pensaba en el coche destrozado, pues lo consideraba como detalle sin importancia, sino que aquella noche había perdido algo mucho más importante.

—Parece que esto es mi despedida a Inglaterra —dijo, y Conway, que no discernía tan rápidamente, se mostró sorprendido.

—¿Cómo? ¿Te marchas al extranjero después de este asunto?

El Santo se echó a reír con cierta tristeza.

—¿Me quedará otra cosa? No hemos podido hacer desaparecer el «Furillac», por el que Teal puede averiguar quién se ha llevado a Vargan. No sabe que soy el llamado Santo, pero, de todos modos, aun sin esto, tiene motivos para buscarme. Aparte de que los perjuicios que la banda de Rostro Angelical haya causado, sobre todo el ataque y la resistencia a la policía, será cargada en nuestra cuenta. No podemos demostrar en modo alguno que no tomamos parte en el ataque excepto, por el testimonio de aquellos bandidos, que se guardarán muy bien de hablar... No, Rogelio, nos hemos metido en un buen lío y tendremos que ahuecar el ala. Mañana por la mañana toda la policía de Londres me buscará y mañana por la noche mi efigie aparecerá en todos los comunicados de la policía. ¿Verdad que va a ser divertido, como dijo el obispo a la actriz?

Pero al Santo no le parecía tan divertido.

—¿Hay peligro de ir a Maidenhead?

—No, y eso nos sirve de consuelo. La casita está en el registro de la propiedad a nombre de la señorita Patricia Windermere, que en sus ratos de ocio es Patricia Holm. Es un chasco que le tengo preparado a la policía desde hace un año.

—¿Y el piso de la calle de Brook?

El Santo se echó a reír.

—Ese —dijo— está a nombre tuyo, mi querido y admirado Rogelio. Creí que sería más seguro. Yo sólo vivo allí como subarrendatario tuyo. No..., de momento estamos también seguros allí, aunque no espero que dure mucho. Dos o tres días, tal vez... Y el coche está registrado con dirección falsa, que inventé a propósito..., aunque ahora, desde luego, al descubrirlo, se dirigirán a la agencia donde lo compré. La lástima es que hace un mes lo mandé limpiar y les di la dirección de la calle de Brook... ¿Qué día es hoy?

—Pues sábado, o, mejor dicho, domingo, porque ya han dado las doce hace rato.

Simón se incorporó.

—¡Estamos salvados! No podrán averiguar gran cosa antes del lunes. Así que tenemos todo el tiempo que necesitamos. He de ponerme en comunicación con Patricia...

Se dejó de nuevo en el asiento y permaneció muy quieto y silencioso durante el resto del viaje, pero interiormente no estaba tranquilo. Estaba pensando intensamente, devanándose los sesos, esperando que del caos de la nueva situación surgiese algo que la salvase, pero todo lo que encontró fue cierta resignación.

Al fin y al cabo, como última aventura, no está mal. Peor hubiera podido acabar —se dijo.

Eran las cuatro de la madrugada cuando llegaron a la casita de Maidenhead y encontraron al incansable Horacio abriendo la puerta antes de que el coche tuviese tiempo para detenerse. El Santo hizo que llevasen a Vargan al sótano; estuvo presente mientras lo bajaban y lo dejaban a buen recaudo. Luego entraron los tres en el comedor, donde encontraron la mesa puesta con emparedados y vasos de cerveza.

—Hasta aquí, muy bien —observó Rogelio Conway, cuando los tres se sentaron a la mesa.

—Hasta aquí, sí —convino el Santo, pero con voz tan significativa que los otros le miraron sorprendidos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Norman Kent.

Simón sonrió.

—Lo que pasa... Tengo la sensación de que algo se cierne sobre nosotros. No es la policía; por lo que respecta a ésta, creo que podemos decir que las probabilidades están de dos a uno en favor nuestro. No sé si será Rostro Angelical. No sé nada. Es una premonición, amigos.

—Olvídalo —aconsejó Rogelio Conway, muy cuerdamente.

Pero el Santo miró por la ventana hacia la faja de color gris que en el Este iba aclarando la oscuridad de la noche y quedó muy pensativo.

SIMÓN TEMPLAR VUELVE A LA CALLE DE BROOK Y SE ENCUENTRA CON UNA SORPRESA

El desayuno fue servido en el hotelito de Maidenhead a una hora en que la gente normal, aun los domingos, suele terminar la comida del mediodía. Conway y Kent se sentaron a la mesa en mangas de camisa y sin afeitarse; en cambio, el Santo había ido a tomar un baño en el río, se había afeitado con la navaja de Horacio y apareció vestido con tanto esmero como si tuviera que hacerse una fotografía para una revista de modas masculinas como árbitro de elegancia.

Rogelio, después de mirarle un rato sorprendido, dijo en son de amarga queja:

—Nadie tiene derecho a presentarse tan *dandy* a una hora tan intempestiva de la mañana.

El Santo se puso tres huevos fritos y el correspondiente jamón en el plato, y se sentó.

—Si no estuviérais aún adormilados —le contestó su amigo—, veríais el reloj y sabríais que pasan de las dos y media de la tarde.

—Eso nada tiene que ver con la hora. Lo digo por principio, teniendo en cuenta que nos hemos acostado a las seis de la mañana. Y además tres huevos fritos...

El Santo sonrió.

—El hombre que vive al aire libre siempre tiene buen apetito. Mientras vosotros roncabais, yo estaba haciendo ejercicios de natación en el Támesis.

Norman abrió un periódico.

—El que roncaba era Rogelio —corrigió—. No cierra la boca durante las veinticuatro horas del día. Ahora, además, habla con la boca llena.

—No estaba comiendo ahora —protestó Conway.

—Sí, señor —terció el Santo—. Yo te he oído.

Alcanzó la cafetera y se llenó un tazón, subiéndola en alto y dejando caer el chorro desde arriba.

El presentimiento de peligro que había tenido aquella mañana se había desvanecido por completo, tanto como si por aquella parte de su memoria hubiesen pasado una esponja. Pocas veces se había encontrado mejor y más dispuesto a enfrentarse con toda suerte de dificultades.

Afuera lucía un hermoso día de sol, por las puertas vidrieras entraba desde el río y del jardín el aire embalsamado estival. La violenta tensión de la noche habíase desvanecido, lo mismo que la oscuridad, y con ellas desapareció también la sensación de negros presagios. Aquellas cosas eran de la noche; a la clara luz del día, en pleno sol, parecían irreales, fantásticas e increíbles. Hubo una lucha... y nada más. Otras luchas vendrían a su tiempo. Era bueno que así fuese, que el hombre tuviese ideales por los que luchar y un cuerpo sano, un corazón resistente para mantenerlos... Al regresar hacía una hora del baño, el Santo pareció oír de nuevo el son de la trompeta...

Al terminar la comida, el Santo echó atrás la silla y se encendió un cigarrillo. Conway le miraba.

—¿Cuándo nos marchamos?

—¿Nosotros?

—Yo iré contigo.

—Muy bien —repuso Templar—. Iremos cuando estés listo. Tenemos mucho que hacer. Mañana, lunes, el piso de la calle del Brook estará, con todo su contenido, en manos de la policía, pero eso es inevitable. Quisiera salvar mis trajes y algunas cosillas. Lo demás, se perderá. Después habrá que hacer también vuestras maletas, para que podáis pasarlo mejor aquí, También hay que pensar en las cosas de Patricia. Finalmente, he de sacar dinero. Creo que eso es todo y ya es bastante.

—¿En qué tren vuelve Patricia? —preguntó Norman.

—Es verdad, vale la pena averiguarlo —convino Templar—. Voy a telefonar ahora mismo.

Pidió comunicación con los Mannering de Devonshire, y al cabo de diez minutos Patricia se puso al habla.

—¡Hola, Pat!, ¿cómo te va?

Patricia no tuvo necesidad de preguntar de quién era aquella voz simpática y riante.

—¡Hola, Simón! ¿Qué pasa?

—Te he llamado porque ya han pasado dos días desde que te dije que eres la mujer más encantadora y más adorable que pueda haber en el mundo y que

te quiero. Además, quisiera saber cuándo piensas volver... No, nada de particular... Bueno, eso no importa. Para decirte la verdad, quisiéramos que no volvieres demasiado temprano, ni... Ya te lo diré cuando nos veamos. Los teléfonos tienen a veces oído... Bueno, ya que insistes, Rogelio y yo hemos invitado a unas chicas muy guapas y, si volvieres demasiado temprano, nos descubrirías... Sí, mujer, sí... ¡Ah, eso es fácil...! Espérate, que voy a mirar la guía.

Templar se volvió hacia sus amigos.

—Norman, tráeme la guía..., está en aquel rincón, debajo de *La vie Parisienne*...

Norman le lanzó el volumen y Templar lo cogió al vuelo.

—¿A qué hora puedes marcharte de allí?... ¿A las siete?... No, que va muy bien. Que te lleve Terry a Exeter y si llegas allí con vida, tendrás tiempo suficiente para tomar un excelente tren a las... ¡Maldición!, miraba los trenes de la semana... Y los trenes de domingo son tan lentos como los escoceses diciendo adiós a una nena... Mira, sólo hay uno, el de las 4,58 de la tarde. Tendrás que espabilarte para tomarlo. Llega aquí a las nueve. El siguiente no llegaría a Londres hasta las cuatro de la mañana... Supongo que habías pensado quedarte hasta mañana... No, no puede ser... Es muy importante... Bien, bien, querida... Hasta las nueve, pues, Adiós...

Dejó el teléfono sonriendo, porque Conway volvía en aquel momento, después de haberse arreglado *rápidamente*.

—Bueno, Rogelio, ahora tú y yo nos vamos. Norman se queda aquí vigilando a nuestro simpático invitado.

—¡A sus órdenes, mi capitán!

—¡Adelante, pues!

El Santo rió suavemente, las manos en jarras; el oscuro pelo perfectamente peinado, los ojos azules llenos de luz, las facciones reflejando un entusiasmo absurdamente infantil. Cogió a Conway del brazo y los dos salieron.

Rogelio iba camino del coche con pasos cada vez más lentos. De pronto tuvo una idea.

—¿Vas a conducir tú? —preguntó con recelo.

—¡Vaya!

Conway se metió en el coche con un suspiro de desesperación. Por experiencia sabía que el Santo tenía ideas espeluznantes acerca de la manera cómo debe manejarse un automóvil de gran potencia.

Llegaron a la calle de Brook a las cuatro y media.

—¿A la vuelta vas a llevar también el coche? —preguntó Rogelio.

—Ya lo creo.

Conway se cubrió los ojos.

—Oye, haz el favor de ponerme antes en un tren, ¿quieres? —dijo—. Y además haz testamento dejándomelo todo a mí. Entonces te daré mi bendición para que te suicides.

Simón se echó a reír y cogió a su amigo del brazo.

—Arriba hay cerveza. Después, a trabajar. Vamos, vamos, muchacho.

Trabajaron durante tres horas. Parte del tiempo Conway ayudó al Santo, luego se fue para hacer su propio equipaje y el de Norman Kent. Regresó a las ocho, y del taxi en que había venido puso los equipajes directamente en el «Hirondel» que estaba a la puerta. El del Santo ya estaba cargado: Dos baúles en la parte posterior, y una gran maleta dentro. El «Hirondel» parecía un camión de mudanza.

Conway encontró al Santo bebiéndose un jarro de cerveza con fenomenal rapidez.

—¡Caramba! —exclamó Conway alarmado.

—Bébetelo pronto —aconsejó el Santo y señalando a otro jarro ya lleno sobre la mesa—. Nos vamos.

—¿Ahora? ¿A dónde? —preguntó Rogelio sorprendido.

Simón señaló con el jarro vacío hacia la ventana.

—Afuera hay un par de tipos dedicados con gran energía a no hacer nada. Supongo que no los habrás visto cuando subiste. Yo mismo no me he dado cuenta hasta hace poco. Juraría que acaban de colocarse allí... No creo que me hubiesen pasado inadvertidos cuando bajé el equipaje. Pero han visto ya demasiado...

Conway se fue a la ventana y se asomó. Después:

—No veo nada sospechoso.

—Eso viene de tu inocencia, amiguito —dijo el Santo yendo hacia él—. Si tuvieses tanta experiencia como yo... ¡Caramba, que me aspen si...!

Conway le miró receloso.

—Es la cerveza. No te preocupes. En seguida te encontrarás mejor.

—¡Al infierno con la cerveza! —exclamó el Santo.

Dejó el jarro con un golpe sobre el alféizar de la ventana y cogió a Rogelio por los hombros.

—No seas idiota, Rogelio —exclamó—. Tú me conoces. Te digo que esta casa ha estado bajo vigilancia. No sé si por parte de la policía o por parte de aquel bergante. Supongo que será esto último. Teal aún no puede habernos

descubierto, te apuesto lo que quieras. Pero Rostro Angelical, sí. Y esos dos espías se han marchado para informarle de lo que hacemos. Así es que nosotros también nos marcharemos. Porque si mis ideas sobre Rostro Angelical son exactas, esta calle va a ser tan segura dentro de una hora para nosotros, como las calderas del infierno.

—Pero Patricia...

El Santo consultó su reloj.

—Nos sobran dos horas. El «Hirondel» lo hará fácilmente. Iremos a Maidenhead para dejar el equipaje y volveremos a la estación a tiempo de recibir a Patricia.

—¿Y si tenemos una *panne*?

—¡Qué *panne* ni qué ocho cuartos!... Pero, no, tienes razón... Mejor aún. Te dejaré en la estación e iré solo a Maidenhead. Puedes divertirte en el restaurante y allí te encontraré... Vale la pena desprendernos del equipaje; no sabemos si a las nueve y media la situación no será un poquito peligrosa. Así es que lo mejor será hacer ese viaje ahora, mientras haya tiempo. Si me marcho ahora, no tendrán tiempo de hacer preparativos para seguirme. Sin el equipaje pesado, nos será más fácil burlar la persecución.

Mientras decía esto el Santo empujaba a Conway escaleras abajo. Realmente el discurso del Santo parecía haber empezado en la calle de Brook para terminar en la estación. Gran parte de tal impresión, era, desde luego, producto de la excesiva imaginación de Conway, pero de todos modos había cierto fundamento en ello, pues la impresión indicaba claramente la sorprendente velocidad con que Simón Templar pasaba de la decisión a la acción.

Rogelio Conway recobró el sentido en el restaurante de la estación, pero entonces el Santo ya había partido en el «Hirondel».

El cerebro del Santo era un torbellino de interrogaciones. ¿Organizaría Marius un *raid* sobre el piso de la calle de Brook? ¿O supondría que los pájaros habían huido, sabiendo por sus espías que el coche con los equipajes se había marchado? Fuese como fuese, no le daba importancia, pero de aquellas preguntas nació otra: ¿Qué haría Marius después de aquel descubrimiento? Además, puesto que Marius debió de saber que el Santo había tomado parte en el ataque de Esher, ¿por qué no se había presentado antes en su casa?... Contestación: Porque (a) un *raid* así necesitaba preparación, y (b), de todos modos, sería más fácil llevarlo a cabo en la oscuridad. En aquella época del año no se hacía de noche sino muy tarde. Por lo tanto, tendría tiempo de ir a Maidenhead y regresar a tiempo... De todos

modos, Marius no podía permanecer inactivo, algo tenía que hacer... Puesto él en el lugar del enemigo...

El Santo llegó a Maidenhead en menos de una hora, y cinco minutos más tarde emprendió el regreso.

No fue culpa suya que tuviera que detenerse en la carretera a causa de una obstrucción del carburador, que le costó quince minutos de pérdida.

Sin embargo, la velocidad que alcanzó durante el resto del viaje, hasta a él le asombró.

En la entrada de la estación tropezó con Conway.

—¿A dónde vas? El tren va a llegar ahora.

Conway le miró fijamente.

Luego señaló sin decir nada hacia el reloj que había encima de las taquillas.

Simón lo miró y se quedó blanco.

—Pero, según mi reloj —empezó a decir como atontado—, no es esa hora...

—Te olvidarías de darle cuerda anoche.

—¿Ha venido el tren?

—Sí. Es posible que ella no llegara a tiempo, porque en el tren no estaba, eso lo juro. Probablemente se le hizo tarde...

—Entonces habrá un telegrama en casa. Vamos a ir ahora allí. Subiremos a casa, aunque se interpongan todos los ejércitos de Europa.

Fueron. Conway prefirió después no recordar aquel viaje en automóvil, con el Santo al volante.

Sin embargo, al parecer reinaba completa paz en la calle de Brook. Los faroles ya estaban encendidos, la noche caía rápidamente, porque el cielo se había nublado. Como era natural, siendo domingo, había poca gente por la calle y apenas tráfico. No había ni asomo de grupos, ni señal alguna de que hubiese habido algo extraordinario. Apoyado en un farol veíase a un hombre que fumaba tranquilamente en pipa, como si no tuviera otra cosa que hacer. En el momento en que el «Hirondel» se detuvo frente a la puerta, se reunió con aquel otro hombre y le habló. El Santo lo vio, pero no prestó atención.

Atravesó la puerta y subió las escaleras como un rayo.

Conway creyó realmente que el Santo hubiera podido atravesar un regimiento de policías o un batallón de las fuerzas de Rostro Angelical; pero no había nada de eso allí, ni tampoco nadie había entrado en el piso, por lo que se podía ver. Todo estaba tal como lo había dejado.

Tampoco encontraron telegrama alguno.

—Entonces, tal vez no la he visto al bajar del tren —observó Conway desanimado—. Puede que esté ya en camino. Puede que el taxi haya tenido una *panne* o acaso un ligero accidente...

Se calló de pronto al ver la llama de los ojos del Santo.

—¡Fíjate en la hora! —exclamó Templar furioso.

Rogelio se fijó en el reloj. El reloj decía que eran las diez menos cuarto.

Luego vio la mirada terrible del Santo, se quedó como hipnotizado y no supo qué decir. De modo automático dijo:

—Son las diez menos cuarto.

—Si no hubiese cogido el tren —decía el Santo—, me lo habría advertido...

—También puede haber esperado sencillamente el tren siguiente...

—¡Por los clavos de Cristo! ¿No oíste que la llamé desde Maidenhead? ¿No sabes que consulté la guía y que no hay otro tren que el que llega aquí a las tres y media de la madrugada? ¿Crees tú que ella se aviene a tomar un tren tan tarde sin advertírmelo con un telegrama?

—Pero si no la he visto en la estación y algo ha pasado con el taxi de ella...

El Santo había sacado un cigarrillo y lo estaba encendiendo con mano firme y facciones rígidas.

—¡Más cerveza! —ordenó.

Rogelio le obedeció.

—Y háblame —dijo Templar—, háblame con cordura y tranquilidad, ¿quieres? Porque tus observaciones estúpidas de nada me sirven. No necesito llamar a Terry y preguntarle si Pat cogió aquel tren, porque sé que lo tomó. No tengo que preguntarte a ti si estás seguro de haber mirado bien en la estación a la llegada del tren, porque sé que nada te pasa inadvertido en ese sentido...

Mientras hablaba, estaba rompiendo un fósforo en pedacitos, que dejó caer uno a uno en el cenicero.

—Y no me digas que me excito por nada —continuó—, porque te digo que estoy seguro de que sé lo que ha pasado. Sé que Pat venía en un tren correo que se detiene en muchas estaciones. Sé que Marius ha raptado a Pat y sé que la empleará para obligarme a cederle a Vargan y sé que voy a buscar al doctor Marius Rayt y lo voy a matar. De modo que háblame con cordura y tranquilidad, Rogelio, porque si no lo haces, voy a enloquecer.

6

ROGELIO CONWAY CONDUCE EL «HIRONDEL» Y EL SANTO TOMA UNA NAVAJA EN LA MANO

Conway tenía sendos jarros de cerveza en las manos. Miraba los jarros como se puede mirar a un par de dragones que se meten por error en un salón. Le pareció en cierto modo que era para él sumamente ridículo estar allí derecho en el salón del Santo con un jarro de cerveza en cada mano. Carraspeó y dijo:

—¿Estás seguro de que..., no exageras un poco?

Al mismo tiempo se dio cuenta de que aquella observación suya era estúpida y que la hubiese condenado en boca de cualquier otro. Disgustado consigo mismo, colocó los jarros sobre la mesa y se encendió un cigarrillo.

—Eso que acabas de decir no es hablar tranquilo ni cuerdo —observó el Santo—. Además es malgastar el tiempo. ¡Por Dios, muchacho!, tú sabes cómo están las cosas entre Pat y yo. Siempre he estado seguro de que si a ella le ocurría algo, yo me daría cuenta..., aunque estuviese a mil millas de distancia. Por eso estoy ahora tan seguro.

El dominio que el Santo tenía sobre sí mismo se quebró por un momento. Cogió a Rogelio del brazo y lo apretó tanto que éste hubiese gritado de no tratarse de su amigo. Así, no dijo nada. Estaba frente a un sentimiento que sólo vagamente comprendía.

—Lo he visto todo —continuó Templar, otra vez sereno y glacial—. Lo vi cuando mirabas boquiabierto aquel reloj. Tú también lo comprenderás cuando reflexiones un poco.

—Pero..., ¿cómo ha podido Marius...?

—Es muy fácil. Ya nos había seguido hasta aquí. Había estado vigilando la casa. Ese hombre es muy concienzudo en todo. Seguramente habrá puesto espías para que vigilen a todas las personas que me visitan. No podía menos que hacer lo mismo con Pat... Seguramente uno de sus hombres la siguió

hasta Devonshire. Luego, después de lo sucedido en Esher, Marius se puso en comunicación con ese hombre. Era fácil sorprenderla en el tren. Probablemente la han cogido en Reading, narcotizándola para bajarla del tren. Ella que no conocía ningún peligro, no podía estar en guardia contra nada... En Reading les esperaba seguramente un coche... Ahora Marius la utilizará como rehén, para obligarnos a renunciar a toda empresa. Me ata de pies y manos; pondrá a la mujer a la que amo en el frente de la batalla y me retará a que dé la orden de fuego. Debajo del cuerpo de ella pondrá el reguero de pólvora para que salte la mina... ¡Y se reirá de nosotros!

Rogelio comenzó a comprender lentamente la hipótesis del Santo y se le quedó mirando como si fuese un fantasma. Como un hombre que despierta de un sueño dijo:

—Si eso es cierto, podemos despedirnos de nuestro proyecto.

—Pues, lo que acabo de decirte es el Evangelio. Has de comprenderlo así.

Soltó el brazo de Rogelio como sí en aquel instante se diera cuenta de que lo apretaba.

Y entres pasos se colocó junto a la ventana, y cuando Conway empezó a advertir su intención, el Santo ya exclamó:

—¡Se han ido!

—¿Aquellos dos?

—Sí. Naturalmente, Marius ha mantenido la vigilancia hasta cerciorarse de que volvíamos. El hombre que llegó cuando llegamos nosotros, debió de relevar al otro o decirle que Marius se ha apoderado de la mejor carta del juego y que sobraba ya la vigilancia.

—Pero sólo pueden haberse ido hace un momento.

El Santo estaba de nuevo junto a la mesa.

—Eso es. Se han ido, pero sólo puede hacer un instante. El coche está fuera. ¿Te crees capaz de reconocer uno de los dos cuando menos?

—Ya lo creo; a uno de ellos sí que le reconocería.

—Pues yo reconocería al otro. Son tipos extranjeros. Es fácil. ¡Vamos!

Aquello era más de lo que Rogelio podía comprender. Aún no había tenido tiempo de reflexionar y no podía apartarse de la convicción de que el Santo estaba viendo montañas donde no las había. Ni siquiera el avanzar del reloj que tenía delante podía convencerle de lo contrario. Sin saber cómo, se colocó entre la puerta y su amigo.

—¿No valdría más que te sentases un momento y reflexionases antes de hacer algo temerario?

—¿No valdría más que te fueses y te ahorcases? —exclamó el Santo, con impaciencia.

Luego suavizó su furor. Puso las manos sobre los hombros de su amigo.

—¿No recuerdas que hace pocos días estuvimos en esta misma habitación, tratando de averiguar el domicilio de Marius por otros motivos? Sólo pudimos saber el número de su teléfono. Y eso es todo lo que sabemos por ahora, a no ser que cojamos a esos dos pájaros y los hagamos cantar algo más que a aquel pobre diablo. Estoy seguro de que saben mucho más. Ahora hemos ganado en importancia y es seguro que envíen también hombres de mayor categoría para vigilarnos. Esos dos son nuestra única ocasión para saber algo. No quiero perderla. ¡Vámonos!

Apartó a Conway y salió de estampía. Conway le siguió. Cuando el Santo estaba abajo y se volvió un poco, vio a su amigo a su lado.

—Lleva tú el coche —le dijo.

Al mismo tiempo abría la portezuela. Cuando Conway puso el coche en marcha, Templar se sentó a su lado.

—No tenemos idea de a dónde habrán podido ir —observó Rogelio, desanimado.

—¡Tú, sigue adelante! No hay tantas calles en derredor de ésta. Primero ve por la calle de Regent, luego vas por la de Conduit a la de New Bond; después, Oxford y Hanover. ¡Venga, hombre!, ¿es que no tienes un poco de imaginación?

En aquel distrito de Londres las calles se cruzaban en un verdadero laberinto y los dos espías podían haber tomado cualquiera, según su ignorado destino. La tarea de recorrer aquel dédalo con tan poca seguridad, le parecía a Rogelio Conway lo mismo que empeñarse en encontrar una aguja en un pajar, pero no podía decirlo así a su amigo. No lo hubiese admitido de ningún modo y Rogelio no habría tenido valor para convencerle.

Sin embargo, Rogelio se equivocaba, porque el Santo, aun estando a su lado, era el que conduciría el coche. Y el Santo sabía que la gente de la ciudad suele ir siempre por caminos trillados, sobre todo en ciudades desconocidas, por miedo a perderse, lo mismo que también un hombre perdido en el campo seguirá preferentemente sendas tortuosas en vez de ir campo a traviesa en la dirección que cree debería tomar. Y aquellos dos espías tenían aspecto de ser extranjeros, seguramente lo eran, y el extranjero siempre tiene miedo de perderse en calles que no son largas y rectas, aunque éstas le lleven más tarde al destino.

A no ser, desde luego, que los extranjeros hubiesen tomado un guía del país en forma de taxi. Pero tampoco eso podía sugerir Conway a su amigo.

—Sigue por esta calle —decía Templar—. No te fijes en lo que antes te he dicho. Ahora..., por allí..., hacia la calle de Vigo.

Roger manejó el volante y el «Hirondel» patinó delante mismo de un autobús, pero continuó en seguida su marcha. Durante breves segundos en el cruce de la calle de Vigo un taxista quiso al parecer discutirles el derecho de paso, pero abandonó aprisa la descabellada idea.

Simón volvió a hablar.

—Ahora por Bond arriba. Eso es. Así me gusta.

—Antes de terminar con la carrera te habrán tomado el número veinte veces —observó Rogelio.

—¡A mí que me importa! —exclamó el Santo, y al punto pasaron rozando al constable que había tenido el atrevimiento de querer detener la marcha del coche, y sus exclamaciones de furor quedaron apagadas con el ruido del escape.

Rogelio había de recordar después aquella carrera como una pesadilla. Obedecía ciegamente al Santo. De todos modos, no era su coche. Pero nunca hubiese creído posible aquel vertiginoso marchar y girar por las calles de Londres, si no le hubieran obligado a realizarlo personalmente.

Sin embargo, al parecer toda aquella loca carrera era inútil, porque aunque aprovechaba todos los segundos que el volante se lo permitía para escudriñar a los transeúntes, no veía el rostro que buscaba. ¿Y si al final no encontraban a aquellos dos tipos? ¿Qué podrían hacer en tal caso en una ciudad tan grande como Londres, excepto dirigirse a la policía, lo cual no se atreverían a hacer?

Pero sólo era Rogelio Conway el que tan fácilmente se desanimaba.

—Vamos a probar ahora las calles laterales —dijo el Santo, con firmeza—. Allí...

Y Rogelio, verdadero autómatas, dio la vuelta a la esquina casi sobre dos ruedas.

De pronto, hacia el final de la de San Jorge, Rogelio señaló y el Santo vio a dos hombres que iban juntos.

—¡Esos dos!

—¡Gracias a Dios! —dijo el Santo en voz baja, casi desesperado, y el coche dio un salto hacia adelante, como un caballo espoleado, al dar Rogelio toda marcha.

El Santo miraba y al mismo tiempo se levantó. En la calle de Conduit el tráfico había sido grande, pero en la que estaban en aquel momento sólo había

un coche junto a la acera y tres peatones que caminaban en dirección opuesta y..., aquellos dos.

—Me parece que son ellos —observó Templar.

—Yo estoy seguro —contestó Conway.

Y, en efecto, estaba muy seguro porque entonces ya había pasado a los dos y el «Hirondel» se acercó a la acera con el chirrido de los frenos.

—Ahora verás lo que es bueno —exclamó el Santo, y se apeó antes de detenerse el coche del todo.

Se dirigió directamente a los dos espías y ellos le miraron con curiosidad, pero sin recelo alguno.

Templar cogió al más próximo por las solapas con una mano y el hombre se quedó sorprendido. Un momento más tarde, ya no sintió ni curiosidad ni nada, porque el Santo, después, de volverse y ver que Conway le seguía, se volvió de nuevo hacia él y le pegó un puñetazo debajo de la barbilla.

La cabeza del hombre cayó hacia atrás como herido por bala de cañón, tal fue la velocidad y la fuerza del puño del Santo.

Pero el hombre no llegó al suelo. Cuando se le doblaron las rodillas y su compañero dio un salto y un grito, el Santo le cogió por la cintura y lo levantó en vilo, para echarlo materialmente a los brazos de Conway.

—¡A casa, Jaime! —dijo el Santo, y se volvió de nuevo.

De la garganta del otro iba a brotar un grito de terror y en sus ojos parecía brillar el despertar del miedo o recelo o cualquier vaga perplejidad, pero eran expresiones nebulosas y a medio formar y no llegaron a madurar, porque el Santo le obligó a dar la vuelta cogiéndole por el hombro y rodeándole luego el cuello con el brazo doblado de tal modo que le era imposible poner otra cara que la del hombre que va a ahogarse.

Y con el mismo brazo el Santo lo levantó del suelo, principalmente por la cabeza, por lo que el hombre bien podía pensar que le iban a romper el bautismo. Pero lo único que se rompió fue un muelle del asiento del coche, cuando el Santo lo echó allí como un fardo.

El Santo subió tras él y, cuando la víctima estaba de nuevo a punto de gritar, Simón le cogió por las muñecas con tanta fuerza que el grito se hubiese convertido en chillido, a no ser que Templar le advirtiera el peligro.

—No chille, amiguito, porque podría romperle fácilmente ambos brazos.

Ante aquella orden y la voz glacial del Santo, el hombre ni chilló ni gritó. Y sobre el suelo del coche, a los pies de Templar, yacía el otro espía completamente desmayado.

Considerado el caso más tarde, a la fría luz de la razón, Simón Templar había de sorprenderse de que pudiesen realizar aquella hazaña. Rogelio Conway, sin el apasionamiento de su amigo, se estaba preguntando ya en aquellos momentos cómo habían de salir bien de aquel rapto a todas luces ilegal. Sea como sea, se salieron con la suya y no pasó nada.

La rapidez en la acción llevada a cabo por el Santo y la casualidad que la calle estuviese desierta, había hecho posible que todo se llevara a cabo sin llamar la atención de nadie. Y las pocas personas que había en aquella calle que hubieran podido advertirlo, siguieron su camino sin darse cuenta de los breves momentos de intenso melodrama que se desarrollara tan cerca de ellos.

Nada tiene que ver con esto el hecho de que el Santo hubiese procedido de la misma manera de estar la calle llena de gente, policía secreta y uniformada. De nuevo el Santo demostró, con gran satisfacción por su parte, como ya lo hiciera en muchas otras ocasiones de su azarosa vida, que las situaciones desesperadas se resuelven mejor con medidas desesperadas también y que la temeridad inteligente suele tener éxito allí donde fracase el exceso de discreción y precaución.

Aun después de llevar tan felizmente el rapto a cabo, cabía la posibilidad de que encontrasen nuevos obstáculos en la calle de Brook, aunque el Santo no los admitía.

Había que llevar a los dos hombres desde el bordillo de la acera hasta la puerta del piso. Uno de ellos era alto y delgado, el otro bajo y gordo. El hombre delgado estaba inconsciente. El Santo continuó agarrando al gordo por una muñeca; con la mano libre cogió al flaco debajo del brazo para sostenerlo derecho, mientras Rogelio se colocó al otro lado para sostenerlo también. Así avanzaron.

—¡Canta! —ordenó el Santo, y los cuatro cruzaron la acera cantando y tambaleándose como borrachos.

Un hombre elegantemente vestido pasó por su lado haciendo un gesto despectivo y orgulloso. Un hombre pobremente vestido pasó por su lado con mirada de envidia. Un policía les miró con ojos escudriñadores, pero el Santo ya había abierto la puerta y los cuatro entraban cantando y tambaleándose. Así el policía continuó tranquilo su camino, tras tomar el número del coche del que habían descendido, porque la Ley no tiene fuerza alguna para evitar que la gente se emborrache y se porte como quiera en sus propias casas. Además, la escena improvisada había sido muy convincente. El hombre flaco había continuado inconsciente, y los hombres jóvenes bien vestidos que lo sostenían entre sí, daban buena prueba de lo concienzudo con que habían

empinado el codo, y si los sonidos que trataba de emitir el hombre gordo eran demasiado absurdos para poder pasar por una canción y si al parecer seguía a sus compañeros de mala gana, todo se podía atribuir a la borrachera, muy lamentable, pero que a nadie le importaba...

Y antes de que el policía hubiese llegado a la próxima esquina, los cuatro hombres ya se hallaban en el primer piso de la casa, y el hombre delgado cayó de bruces sobre la alfombra del salón, privado del soporte que hasta entonces le sostuviera.

—Cierra la puerta con llave, Rogelio —ordenó el Santo.

Después soltó la férrea presión sobre la muñeca del hombre gordo y éste cesó de gruñir y empezó a hablar.

—¡Maldita sea! —dijo el hombre gordo, frotándose la muñeca dolorida y luego se calló, horrorizado.

En la mano del Santo había una navaja..., casi un juguete, con una hoja de seis pulgadas y puño de marfil delicadamente trabajado. Pareció haber surgido por arte de encanto, pero en realidad había salido de una fina vaina de cuero, atada al antebrazo, debajo de la manga, donde estaba siempre. La navaja tenía un nombre: Se llamaba «Ana». «Ana» tenía una historia, una historia emocionante de países selváticos y rudos, que tal vez se cuente algún día. «Ana» había tomado muchas vidas. Para el Santo casi era un ser humano aquel hermoso y certero juguete de la muerte. Con él sabía realizar cosas que hubiesen hecho aparecer aficionados a la mayoría de los tiradores de navajas que actuaban en los circos. Pero en aquel momento no pensaba en realizar truco alguno.

Cuando Rogelio encendió las luces, éstas se reflejaron en la hoja; pero la luz en los ojos del Santo no era menos fría, acerada e inclemente que el reflejo de luz en el acero.

EL SANTO SE MUESTRA SANTESCO Y RECIBE OTRA VISITA

Simón Templar, durante todos los años de su vida aventurera, sólo se había enamorado de una mujer, y ésta era Patricia Holm. Por lo tanto, como era de esperar, su enamoramiento fue muy serio. Y, sin embargo, así lo comprendía entonces vagamente, como quien se da cuenta de una incomprensible herejía, en los dieciocho meses desde que se conocían, él había empezado a acostumbrarse a ella. Había salido del primer éxtasis de maravilla y lo que ocupó el sitio de éste, había sido tan quieto y tan insidioso, que le había encantado, aunque no se diera cuenta. Había sido preciso aquella sacudida para revelárselo.

Y la revelación llevaba consigo otra maravilla infinitamente mayor que aquel éxtasis desvanecido. Era la clase de maravilla estupenda y grandiosa que puede acontecer al hombre que, habiendo caminado en pleno sol durante todos los días de su vida, ve de pronto y por primera vez el sol mismo, con tan gran comprensión, que al mismo tiempo ve las tinieblas que inundarían el mundo si aquél cesara de existir.

Dijo el Santo muy suavemente al hombre gordo:

—Escucha bien. Voy a hacerte algunas preguntas. Puedes elegir entre contestar o morir lenta y penosamente, como quieras, pero una cosa u otra habrá de ser antes de que salgas de aquí.

Aquel hombre gordo era completamente distinto del pobre diablo del que el Santo había obtenido antes algunos informes con tanta facilidad. Había en sus ojos cierta resolución, cierto rictus de desprecio en sus labios delgados, como la desesperada ira del animal acorralado. Pero Simón no lo tuvo en cuenta.

—¿Has comprendido, perro maldito? —preguntó el Santo suavemente.

En el corazón del Santo había odio, un odio propio de él, que nadie podía comprender, pero en sus ojos y en la voz acariciadora se percibía otro sentimiento distinto, una pasión fácil de entender y que aquel hombre frente a él comprendía aterrado, porque era un odio gordo, el cual retrocedió paso a paso mientras el Santo avanzaba, hasta que tropezó con la mesa y no podía retroceder más.

—No vayas a creer que hablo en broma, perro maldito —continuó el Santo, con la misma voz aterciopelada—. Porque eso sería estúpido. Tú has hecho o has tenido parte en algo que me disgusta mucho. Me disgusta de modo general y siempre, pero esta vez mucho más, porque concierne a alguien que me importa infinitamente más de lo que tu absurda mente es capaz de comprender. ¿Me entiendes, miserable gusano?

El hombre trataba de escurrirse para interponer la mesa entre sí y Templar, pero no le fue posible, porque el Santo se movía al mismo tiempo que él. Tampoco pudo apartar la mirada de los ojos del Santo, aquellos ojos claros, azules, que, de ordinario siempre tan rientes, eran ahora fieros e inexorables.

El Santo continuó hablando:

—No me importa el hecho que seas tan sólo agente del doctor Rayt Marius... ¡Ah!, te sobresaltas, ¿verdad? Sé un poco más de lo que te figurabas, ¿no? Pero tampoco eso tiene importancia ahora... Si os metéis con la gente, como lo hacéis, tenéis que ateneros a las consecuencias. Me parece que en eso estamos conformes, ¿verdad?... Donde estamos en desacuerdo es en esto otro... Tú has tomado parte en una cosa que me disgusta, y me molesta mucho que me disgusten... ¡Eso sí que no!

Apareció en la mano del hombre gordo un revólver que desapareció con la misma rapidez, porque el Santo se echó sobre él con movimiento tan veloz como felino. Esta vez el hombre gordo no pudo evitar el grito al verse obligado a soltar el arma.

—¡Caray! Por poco me rompe usted la muñeca...

—Con el mayor placer —exclamó Simón—. Y luego la cabeza. Pero antes...

Aumentando más aún la presión sobre la muñeca, el Santo obligó al hombre gordo a echarse atrás sobre la mesa, manteniéndole con facilidad en aquella posición con su mano férrea. De pronto el hombre gordo vio una hoja acerada delante de sus ojos.

—Hubo una vez, cuando me hallaba en Papúa —dijo el Santo, con voz desapasionada y serena, mucho más aterradora que gritos de cólera—, un

hombre que salió de la selva. Era buscador de minas, hombre duro y obstinado, que se había metido en la cabeza ir a explorar cierta región a pesar de que todo el mundo le aconsejó lo contrario. Los indígenas lo cogieron en día de plenilunio. Siempre les gusta coger a los hombres blancos en tal día, porque les conviene para sus fiestas y entretenimiento. Tienen formas muy crudas de diversión. Con aquel hombre se divirtieron cortándole los párpados... Y antes de que empiece a hacer lo mismo contigo, vale la pena que consideres por un momento el efecto que tendrá esa operación sobre el dormir...

—¡Dios mío! —balbuceó el hombre—. Usted no puede hacer eso...

Al mismo tiempo forcejaba para librarse, pero la mano no le soltaba. Aún podía mover la cabeza, pero el Santo se subió a la mesa y la sujetó con las rodillas.

—¡No chilles tanto, perro! —dijo el Santo, al tiempo que soltaba la muñeca y le cogía por la garganta—. Hay otras personas en este edificio y me molesta que les alarmes. En cuanto a lo que acabas de decir que no puedo hacer lo que me propongo, me permito ser de opinión distinta. Lo puedo hacer muy bien. Procederé con gran suavidad y no sentirás mucho dolor... por el momento. Lo desagradable vendrá luego. De modo, que reflexiona. Si hablas y te portas como buen chico, acaso me avendré a dejarte salir indemne. No te prometo nada, pero...

—No hablaré.

—¡Ah!, ¿no?... ¿Vas a ponerte tonto? ¿Prefieres sacrificar esos hermosos párpados y volverte lentamente ciego? ¿Me vas a obligar a tostarte la planta de los pies sobre la llama de gas, ponerte cuñitas de madera debajo de las uñas de los dedos y hacer otras cosas por el estilo, antes de que te avengas a la razón? La verdad, vas a sufrir innecesariamente...

Templar acercó la navaja a los ojos del hombre gordo, bajándola lentamente. La punta brillaba como estrella solitaria y el hombre se quedó mirando, hipnotizado, mudo de horror. Regelio Conway también se sintió hipnotizado y se quedó rígido como estatua.

—¿Hablas? —preguntó el Santo, con voz acariciadora.

El hombre trató de nuevo de gritar y otra vez la mano del Santo ahogó el grito y la otra bajó un poquito más la navaja hasta que la punta hirió levemente la piel.

A Rogelio Conway le salieron gruesas gotas de sudor en la frente, pero no fue capaz de articular palabra. Sabía que el Santo haría exactamente lo que amenazaba hacer, si las circunstancias le obligaban a ello. Lo conocía muy

bien. Le había visto en centenares de situaciones extrañas y de humores muy diversos, pero jamás le había visto con aquella cara feroz y decidida, como esculpida en piedra.

Entonces Rogelio Conway se dio cuenta de algo que hasta aquel momento sólo había entrevisto vagamente: que la ira de los santos puede ser mucho más terrible que la de los pecadores.

El hombre gordo, echado sobre la mesa, debió de comprenderlo también así...; debió de vislumbrar el hecho fantástico de que un hombre del calibre de Simón Templar, en aquella su ira fría y deliberada, no se detendría ante nada. Y el respiro que le dio el Santo aflojando un poco la presión sobre la garganta, se convirtió en gemido.

—¿Hablas, miserable? —preguntó Simón de nuevo, siempre sedoso.

—Sí. —Su voz no era voz, sólo era un gemido—. Hablaré... haré lo que quiera —continuó gimoteando—, pero quite esa navaja...

El Santo no se movió en seguida, sino permaneció quieto.

Luego, muy lentamente, como hipnotizado, apartó la navaja y la miró como si nunca la hubiese visto antes. Después echó a reír de modo extraño.

—¡Muy dramático! —observó—. Casi horrible. No me creí capaz de hacerlo tan bien.

Contempló al hombre con mirada curiosa, como hubiera podido mirar en un momento de distraimiento a una mosca sobre el cristal de la ventana, recordando los cuentos de los colegiales que se entretenían en quitarles las alas.

Después bajó lentamente de la mesa y sacó la pitillera.

El hombre gordo no se levantó de la mesa, sino se dejó caer de ella, y cuando tocó el suelo con los pies, se vio que apenas podía mantenerse derecho.

Rogelio le empujó con rudeza hacia un sillón, desde el cual el hombre gordo, que no dejaba de tocarse la garganta, podía ver a su compañero que aún estaba en el mismo sitio donde había caído.

—No pongas esa cara de sorpresa —le dijo Conway—. La última vez que el Santo pegó a un hombre, éste estuvo media hora sin sentido y tu amigo aún no ha pasado de los veinte minutos.

Simón echó al hogar el fósforo con que acababa de encender el cigarrillo y volvió a ponerse frente al prisionero.

—Veamos lo que nos dices ahora, amiguito —dijo secamente.

—¿Qué quieren saber?

—Primero, ¿qué se ha hecho de la mujer a la que raptaron hoy?

—Eso no lo sé.

El Santo movió el cigarrillo entre los labios de modo nervioso y hundió las manos en los bolsillos.

—Parece que no te has hecho aún cargo de la situación —dijo con voz sedosa—. No se trata aquí de un juego, como tendrás oportunidad de ver si no despiertas en menos tiempo que necesito para ponerte otra vez las manos encima. Estoy pronto a emprender la operación quirúrgica. De modo que sigue, sigue hablando, porque me gusta mucho tu voz y me ayuda a olvidar las cosas desagradables que debería estar haciendo a esa cara tuya.

El hombre se estremeció y se hundió más aún en el sillón. Se llevó las manos a los ojos. Puede que lo hiciera para no percibir la horrenda visión de antes o también porque no podía resistir la glacial mirada de los ojos azules del Santo.

—No lo sé —exclamó gritando—. Juro que no...

—Entonces dime lo que sepas, perro, y luego yo te haré memoria para que digas algo más.

Impulsado por el miedo, el hombre empezó a hablar de modo incoherente. Contó que estaba a las órdenes del doctor Marius, quien le daba instrucciones. Eso era verdad. Dijo que aquella casa había estado bajo vigilancia durante las últimas veinticuatro horas, siendo él uno de los que la vigilaba por turno. Había visto que los tres salieron la noche anterior, pero que careció de medios para seguirlos. Los otros dos habían sido enviados aquella misma tarde y habían visto el traslado del equipaje, por lo que se habían marchado corriendo para advertirlo.

—¿Los dos? —le interrumpió el Santo.

—Los dos. Fue un error criminal. Se les castigará.

—Me gustaría saber cómo te castigarán a ti —murmuró Simón.

El hombre gordo se estremeció, pero continuó hablando.

Uno de ellos recibió orden de volver en seguida, pero ya el automóvil de ustedes se había marchado. El doctor dijo entonces que había hecho otros planes y que bastaría un hombre para vigilar la casa por si ustedes volvían. Me dieron el encargo a mí. Hermann —señaló al hombre que yacía en el suelo—, acababa de venir para relevarme, cuando ustedes volvieron. Íbamos a dar la noticia.

—¿Los dos?

—Sí...

—Un error criminal —observó el Santo con sarcasmo—. Pero supongo que les castigarán, ¿verdad?

El hombre volvió a estremecerse.

Otro compañero suyo, dijo, había recibido orden de seguir a la muchacha. El doctor había insistido en que se fijasen todos en las idas y venidas, en todas las costumbres, por insignificantes que fuesen. Marius no había tenido a bien divulgar la razón de tal vigilancia, pero les había encarecido la importancia del servicio. Así, el espía siguió a Patricia hasta Devonshire.

—Tu amo tenía muy pocas ganas de volverme a encontrar personalmente —observó el Santo—. ¡Buena precaución la suya!

—No nos convenía correr riesgo alguno...

—¡Ah!, conqu *nos*, ¿eh?

Simón se había precipitado sobre el plural, como halcón sobre la caza.

—Quiero decir...

—¡Oh!, ya sé lo que tú quieres decir, amiguito —dijo el Santo, muy melifluo—. No era tu intención revelar que sabes de todo eso más de lo que querías dar a entender. Tú no eres un cómplice alquilado, como el último ejemplo de tu especial al que traté. Tú eres un agente secreto, un verdadero espía. Ya lo comprendemos. Sabemos también que por mucho cariño que puedas tener por la entereza de tu miserable pellejo, un patriotismo muy recomendable por tu maldito país hará que continúes luchando y mintiendo mientras puedas. Muy bien. Lo aplaudo. Pero temo que mi apreciación de esa solitaria virtud tuya se termine aquí, tras este breve aplauso. Después de lo cual hemos de volver a nuestro asunto privado. Y lo que te tienes que meter bien en ese trozo de hueso que separa tus sucias orejas, es que yo también soy un poco luchador y que creo, no sé por qué, pero se me figura así, que soy mejor luchador que tú.

—No he querido decir...

—¡No mientas! —dijo el Santo, en tono de burlón reproche que ocultaba una amenaza glacial—. No mientas, que no me gusta.

Conway se apartó de la pared en la que había estado apoyado.

—No lo... ¡Ay, ay, ay!

—Te lo advertí —dijo el Santo.

—¿Pero es usted el diablo? —sollozó el hombre y Simón se echó a reír.

—No, amiguito. Soy un hombre como los demás, sólo que me disgusta que me molesten. Creí habértelo advertido claramente. Desde luego, tengo prisa esta noche, por lo que acaso parezca un poco precipitado. En fin, ¿vas a recordar ahora las cosas o es que quieres sufrir más todavía?

El hombre se echó atrás, tembloroso.

—Yo no sé más... se lo juro...

—¿Dónde está Marius?

El hombre gordo no contestó inmediatamente, porque de pronto sonó el timbre de la puerta.

El Santo quedó inmóvil durante un momento.

Luego se colocó tras el sillón del prisionero y sacó de nuevo la navaja.

—Ponle otra vez en la mesa —sugirió.

—Así lo haré, a no ser que hable en menos que canta un gallo.

Y al decirlo se acercó un poco más al hombre gordo.

—Vamos a ver, bastardo del infierno, si hablas por fin. Te has delatado con esa palabrita «nos» y siento gran curiosidad. Soy muy curioso y muy inquisitivo. Quiero saberlo todo... la historia de tu vida, cuál es tu estrella favorita, si juegas al *golf*, si duermes con la chaqueta del pijama fuera o dentro de los pantalones. Quiero que me lo cuentes todo... por ejemplo, si cuando Marius te dijo que no hacía falta que continuaseis la vigilancia de mi casa por tener otros planes, no dijo también si había en ese plan envuelto una muchacha.

—No, no lo dijo.

—Mientes otra vez. La próxima vez, te pesará. Otra pregunta: sé que Marius ordenó que se narcotizase a la muchacha en el tren, para descender con ella antes de llegar a Londres, pero ¿dónde habían de bajar?

El hombre vio el brillo acerado de la hoja y abrió los ojos desmesuradamente. Iba a gritar, pero el Santo le tapó la boca y le colocó la punta del arma sobre el corazón.

—Una sola palabra y dirás el resto a tus compañeros del infierno. ¿Quién crees que puede ser, Rogelio?

—¿No podría ser Teal?

—¿Por haber encontrado al agente de automóviles el domingo y saber dónde vivimos?

—Si no contestamos...

—Entrarán a la fuerza. Nuestro coche en la calle indica que estamos aquí. Será preferible abrir.

—¿Ahora cuando empezamos a saber cosas?

Los ojos de Templar brillaban.

—Dame el revólver.

Conway recogió el arma que el hombre gordo había dejado caer y se la entregó a su amigo.

—Has de saber —dijo el Santo— que ningún hombre nacido de mujer me va a impedir hacer lo que me convenga. Yo terminaré de sacar de ese

miserable todo lo que sepa y luego procederé de acuerdo para encontrar a Pat. Para eso me abriré paso a tiros, aunque se interponga Scotland Yard con todas sus fuerzas. Ahora ve y abre la puerta.

Conway asintió.

—Me tienes a tu lado para todo —confesó, y salió.

El Santo esperó con calma.

Con el puñal en la mano izquierda seguía apuntando al corazón del hombre gordo, dispuesto a clavárselo, atento al mismo tiempo a la menor indicación de rebeldía del prisionero, por si se atrevía a gritar. En la mano derecha tenía el revólver, oculto tras el respaldo del sillón.

Cuando Rogelio volvió y el Santo vio al hombre que vino con él, se quedó exactamente en la misma posición y nadie hubiera podido observar el menor cambio en su rostro impasible. Sólo el corazón le dio un vuelco y le dejó una sensación de inquietud y soledad.

—Mucho gusto en volverle a ver, Marius —dijo el Santo.

SIMÓN TEMPLAR DIVIERTE A SU HUÉSPED Y ACABA LA FIESTA

Luego el Santo se irguió lentamente. Nadie sabría nunca el esfuerzo que le costaba aquella calma y sonriente imperturbabilidad. Y, sin embargo, en realidad le resultaba más fácil aparentar calma ahora que antes ante Rogelio Conway, cuando no había necesidad.

Porque la nueva situación era más fácilmente comprensible. El Santo no tenía temperamento para mostrarse paciente en los períodos de inactividad forzosa; nunca podía luchar bien contra un enemigo al que no veía; las sutilezas estaban o por encima o por debajo de él, según como se quiera mirar.

Él mismo estaba siempre dispuesto a admitirlo, diciendo que, a pesar de que por instinto comprendía la mente del criminal, nunca habría sido buen detective. Por su cerebro era capaz de serlo, pero no por su carácter. Prefería las cosas de colores más vivos, la línea ancha y clara, las cosas sencillas, rectas y sorprendentes. Era un luchador. Su genio y su inspiración le llevaban hacia las batallas y le enseñaban cómo ganarlas, pero rara vez pensaba en ellas. Tenía ideales y tampoco pensaba mucho en ellos, una autoridad más grande que la suya se las imponía y él las aceptaba como cosa indiscutible y aparte. Le disgustaba todo pensamiento que no fuese concreto como un arma. Para él, todos los demás pensamientos eran herejías, maldiciones, enfermedades insidiosas. Pedía cosas distintas: el corazón valiente del guerrero feliz, el son de las trompetas. Él mismo lo había dicho y la frase moriría con él: «Batallas, asesinatos y muertes repentinas», tal era su lema, dicho con sinceridad y sin baladronada alguna.

Frente a Marius se hallaba por fin en terreno conocido, por peligroso que pudiese ser.

—Rogelio, hazte cargo del juguete.

Con gesto frío, sereno, burlón, con un dejo de risa, tal como era en realidad, el Santo entregó el revólver a su amigo y le volvió a Marius, sonriente.

—¡Qué amabilidad, venir a hacernos una visita! —dijo—. ¿Quiere tomar algo, Enanito?

Marius avanzó un poco más.

Llevaba americana negra y pantalón a rayas. La perfección, un poco tiesa, de la indumentaria contrastaba grotescamente con su estatura neolítica, y la horrible fealdad de su rostro inexpressivo, modelado al parecer sobre las facciones de una figura del averno.

Sin mostrar emoción alguna, se volvió hacia Rogelio Conway, que estaba apoyado en la jamba de la puerta, apuntándole con el revólver; luego se volvió otra vez hacia el Santo, quien jugueteaba con la navaja.

El Santo estaba pensativo, sereno, pero alerta, como el leopardo cuando se dispone a saltar sobre la presa, si bien Marius tenía la calma de un gigantesco buda.

—Veo que tiene usted aquí a algunos servidores míos —observó Marius.

—En efecto —repuso Templar suavemente—. Le podrá parecer extraño, pero he abandonado la dignidad de mi posición y me he convertido en socialista práctico. Salgo los domingos por esas calles de Dios y voy recogiendo algún espécimen. ¿Cómo lo ha sabido?

—No lo sabía. Uno de ellos, hace tiempo hubiera tenido que comunicarme conmigo y mis servidores saben que no les tolero retrasos. He venido para ver qué le había pasado. Hará usted el favor de dejarle ir... y al otro también.

El Santo frunció el ceño.

—No estoy seguro de que quieran marcharse. Uno de ellos, cuando menos, no puede por el momento expresar su opinión sobre el asunto. En cuanto al otro... el caso es que empezábamos a entendernos muy bien. Estoy seguro de que le sabrá mal irse de mi lado.

El hombre así aludido vomitó algunas frases en un idioma que el Santo no comprendía. Simón le tapó la boca con un cojín.

—¡No interrumpas! —dijo, arrastrando las palabras—. Es feo. Primero, hablo yo; luego, tú. Así lo requiere la buena educación. Estoy seguro de que el doctor Marius querrá escuchar el chiste, sobre todo, tratándose de él en este caso.

La boca del gigante se torció en sonrisa horrible.

—¿No sería mejor que escuchase primero el mío? —sugirió.

—No, lo oiré después. Porque el chiste de usted ha de ser más divertido que el mío y me disgustaría relatarlo después. Mi chiste es en forma de una pequeña canción y trata de un hombre llamado Enano al que de un puntapié envié al llano. No tardó en levantarse y de nuevo parece buscarse... otro puntapié... No nos ha dado usted tiempo de ensayarlo, de lo contrario lo cantaríamos ahora. Pero no importa. Siéntese allí mismo y cuénteme la historia de su vida.

El gigante no se impresionó.

—Parece que sabe cómo me llamo.

—Ya lo creo —exclamó el Santo, radiante—. ¿Tiene alguna relación con el famoso doctor Marius?

—No soy un desconocido.

—Me refiero —dijo Templar— al célebre doctor Mario, cuyo valor era tan precario...

El gigante le interrumpió con ademán de impaciencia.

—No he venido para escuchar sus ripios, señor...

—Templar —contestó el Santo—. Mucho gusto en conocerle.

—No quisiera perder el tiempo...

Simón bajó la vista, clavada hasta entonces en el techo y miró a Marius. Había algo muy fiero y acerado en aquellos ojos. La risa había desaparecido por completo. Rogelio vio cómo desapareció.

—Pues claro que no deseamos perder el tiempo —dijo con mucha calma—. Gracias por habérmelo hecho recordar. Es una cosa que me sabría muy mal olvidar mientras se halle usted aquí. Me permito decirle a usted, Marius, que pienso matarlo. Pero antes de hablar de eso, permítame que le ahorre la molestia de decir lo que iba a comunicarme.

Marius se encogió.

—Parece usted hombre muy inteligente, señor Templar.

—Muchas gracias. Pero dejemos los cumplidos para cuando nos hagan falta, ¿quiere? Acaso vengan después muy bien para la corona... El asunto del momento me interesa más. Primero, usted iba a decirme que cierta dama, llamada Patricia Holm, es prisionera de usted.

El gigante se inclinó.

—Siento mucho haber tenido que dar un paso tan convencional —dijo—. Por otra parte, se dice con frecuencia que los principios más convencionales tienen base más profunda. Siempre he encontrado que es cierto esto, cuando se aplica al antiquísimo expediente de raptar la mujer amada como rehén de

buen comportamiento... sobre todo tratándose de un hombre del tipo de usted, señor Templar, si no me equivoco.

—Muy interesante —repuso el Santo, secamente—. Y supongo que la seguridad de la señorita Holm es el precio de la seguridad de sus... subordinados, ¿no? Creo que eso también entra en la convención.

Marius abría las manos enormes.

—¡Oh, no, no! La convención no es tan baldía. ¿No es la seguridad de una dama siempre el precio de algo más que de meros peones del juego?

—¿Lo que quiere decir?... —preguntó el Santo con candidez.

—Me refiero a cierto caballero en que tengo mucho interés y que usted logró sustraer anoche a la protección de mis criados.

—¡Ah!, ¿sí?

—Tengo motivos para creerlo así. Por mucho que respete su veracidad, señor Templar, temo que en este caso su contradicción no será suficiente para convencerme de lo contrario a lo que he visto personalmente.

Simón Templar se movió suavemente sobre los tacones.

—Supongamos, pues, que usted está seguro que tengo en mi poder a tal caballero.

—Supongamos, pues —contestó Marius, suavemente—, que usted está seguro de que tengo en mi poder a la señorita Holm.

—No le tengo.

—Entonces... no tengo a la señorita Holm.

Simón asintió.

—Muy ingenioso —murmuró—. Muy ingenioso. No del modo como esperaba, pero de todos modos muy ingenioso. Además, incontestable. Por lo tanto...

—Por lo tanto, señor Templar, ¿por qué no poner las cartas boca arriba? Hemos convenido que no deseamos perder tiempo. Yo admito francamente que la señorita Holm está en mi poder. ¿Por qué no admite que el profesor Vargan está en el suyo?

—No vaya tan aprisa. Acaba usted de admitir, ante testigos, que es usted parte en un rapto. Supongamos que la policía se entere. ¿No sería desagradable?

Marius movió la cabeza.

—No —dijo—. Tengo un testigo excelente para negar tal admisión...

—¡Un criminal!

—¡Oh, no!, de ninguna manera. Se trata de un compatriota mío muy respetable. Le aseguro que es imposible no dar fe a sus afirmaciones.

Simón se apoyó en la mesa.

—Ya veo... ¿Es eso todo lo que tiene que decir?

—Creo que lo he dicho todo.

—Entonces, vamos a lo mío —contestó el Santo.

Volvió a colocar con gran cuidado la navaja en la vaina y se arregló la manga. Una mirada al hombre que yacía en el suelo, le dijo que estaba volviendo en sí, pero a Simón no le interesaba aquello. Se dirigió al hombre del sillón.

—Cuéntale a tu amo lo que hacíamos antes de venir él. Confiésale todo, amiguito. Tiene la bondad retratada en el rostro y tal vez no se enfadará demasiado.

El hombre gordo volvió a hablar en su idioma. Marius le escuchaba imperturbable. El Santo no entendía palabra de lo que decía, pero se dio cuenta, cuando el gigante interrumpió el discurso con un movimiento de la mano y una exclamación dura de impaciencia, de que el relato había pasado ya a las excusas.

Luego Marius miró con ojos de curiosidad a Simón Templar. En su mirada parecía advertirse cierto grave humor.

—Pues no tiene usted aspecto de hombre feroz, señor Templar.

—En su lugar no me fiaría mucho del aspecto de las cosas.

De nuevo hizo el gigante un ademán de impaciencia.

—No me fío de los aspectos. Con la perspicacia que en usted esperaba y que encuentro muy recomendable, me ha ahorrado usted un sin fin de palabras, muchas fastidiosas explicaciones. Ha resumido usted la situación con admirable brevedad. ¿Me permite que le niegue que sea tan breve en su decisión? Puedo decir que la afortunada casualidad de encontrarle en casa, me ha ahorrado la gran molestia de comunicarme con usted por medio de anuncios en la Prensa, permitiéndome así exponerle mi proposición con el menor retraso posible. ¿No sería lástima echar a perder tan excelente comienzo con discusiones innecesarias?

—De acuerdo.

El Santo ya sabía lo que iba a hacer. Había encontrado la solución de pronto, en inspiración instantánea, con más certeza de que si hubiese querido llegar a ella por un esfuerzo mental.

Se hallaba en un brete del que no había ningún medio corriente para salir. La situación estaba enredada de tal modo, había tantas probabilidades en contra suya, que se parecía a un problema de ajedrez insoluble, situación que el Santo odiaba más que nada en el mundo, porque si había una cosa que le

enloquecía, eran aquellos problemas intrincados que era preciso resolver con paciente estudio y gran desgaste mental. Se había dado cuenta de que era inútil pensar en el problema y tratar de encontrar una salida por meditación; sería el modo más seguro de perderlo todo. No podía compararse en cuestiones de intrigas con Marius, no podía medirse con él, no podía aceptar un desafío en intrigas con el maestro profesional del arte de la intriga; sería suicida. Por lo tanto, su única probabilidad consistía en dar al traste con aquellas reglas del juego, puesto que Marius lo que menos suponía era que podían desatender. Era llegado el momento en que todos los prejuicios y convicciones que habían convertido a Templar en lo que siempre fue, se pudiesen a prueba. Era preciso justificar en aquel momento toda la fe fundamental que tenía en la superioridad de la acción rápida y atrevida sobre el laborioso raciocinio, o demostrar su inutilidad y perecer con la presumida superioridad... En vista de que todas las piezas del tablero de ajedrez estaban tan enredadas, su única probabilidad consistía en dar al traste con todo el intrincado juego y hacer tabla rasa... con un golpe de espada...

—Cierto, cierto —dijo el Santo—; le diré en seguida lo que he decidido. Rogelio, dame el revólver y ve a buscar las cuerdas. Las encontrarás en la cocina.

Cuando Conway salió, Templar se volvió otra vez hacia Marius.

—Ya ha observado usted, amigo mío —dijo con voz suave—, que tengo talento para resumir situaciones. Esta de aquí puede explicarse con sencillez. En efecto, Rostro Angelical, me propongo someterle a los mismos procedimientos de persuasión que iba a aplicar a su subordinado. Como ve, tengo un revólver. No puedo dar en el corazón de una carta a treinta pasos, ni hacer ningún truco semejante, pero, no obstante, creo que no soy tan mal tirador, para no dar en un blanco tan... enorme como el que ofrece usted a esta distancia. Por lo tanto, puede usted elegir; someterse con cordura para que le ate mi amigo o morir en seguida. Le dejo entera libertad en la elección.

Advirtiose en los ojos del gigante cierta emoción, que pasó al instante.

—Paréceme, señor Templar, que no domina usted bien la situación —dijo con gran urbanidad—. Para cualquiera que sea tan experto como parece ser usted en estos asuntos, habría de ser innecesario explicar que no he venido aquí sin estar preparado. ¿Es que he de aburrirle con los detalles de lo que sucedería a la señorita Holm, caso de que yo no regrese al lugar donde se halle? ¿Es que me he de ver obligado a detallar aquí con melodramática exposición los peligros que corre?

—Es cosa muy extraña —observó el Santo—, que más de la mitad de los bandidos con que he tenido que tratar, hiciera siempre todo para evitar el melodrama. A mí, me gusta mucho. Y vamos a tener ahora mucho, pero mucho melodrama, Marius, rayo de sol de mi esperanza...

Marius se encogió.

—Le creí más inteligente, señor Templar.

El Santo sonrió muy santescamente. Con las manos en jarras, balanceándose sobre la punta de los pies, contestó con la mayor osadía y desfachatez:

—Se equivoca usted. No ha reparado usted bien en mi inteligencia. Me ha creído usted bastante débil para suponer que me iba a avenir a encontrarle en su propio terreno. Y eso es precisamente lo que mi inteligencia no me permite hacer.

—No le entiendo.

—Entonces no soy yo el que sufre de reblandecimiento cerebral —contestó Simón dulcemente—, sino usted. Le invito a aplicar su admirable sistema de lógica a la situación. Yo podría contar a la policía muchas cosas de usted, pero usted no le podría decir nada respecto de mí. Usted podría hacer daño a la señorita Holm, pero yo puedo privarle a usted de Vargan.

—Vamos a prescindir aquí de la policía por ahora. Si lo hiciésemos, un cambio de prisioneros...

—Ya veo que no entiende usted el asunto —repuso Simón con gran sencillez—. Eso sería una rendición por mi parte. Y yo nunca me rindo.

Marius hizo un ademán de impaciencia.

—Yo también me rindo... puesto que entrego a la señorita Holm.

—De todos modos, la cosa varía. ¿No comprende que a usted la señorita Holm no le hace ninguna falta, excepto en calidad de rehén? Yo en cambio, necesito a Vargan. Yo quiero lavarlo, peinarlo y comprarle un traje de terciopelo y adoptarlo. Quiero que me hable a la hora del desayuno del teorema binomial. Quiero llevarlo, después de las comidas, a mi salón, para que divierta a mis invitados con recitados sobre el cálculo diferencial. Pero más que nada, deseo uno de sus juguetitos... De manera que, ya ve usted, si consiento en que usted se vaya, la señorita Holm seguiría corriendo el mismo peligro, puesto que no podría yo aceptar los términos del rescate. Y la diferencia estriba en que si le dejo ir, pierdo la única probabilidad que tengo para encontrarla; tendría que fiarme de la suerte para volver a hallar la pista. Mientras que si está usted aquí, en mi poder, poseo una carta excelente... que no pienso perder.

—No gana usted nada...

—Al contrario, lo gano todo. Lo gano todo o pierdo más que todo. Pero estoy cansado de hablar. Estoy cansado de hacerle el juego. Ahora bailará usted al son de mi flauta, Marius querido. Espere un segundo mientras vuelvo a arreglar la escena...

Cuando Rogelio regresó con el cordel, el Santo sacó del bolsillo un pequeño tubo brillante y lo atornilló rápidamente sobre el cañón del revólver.

Ahora el ruido de la detonación será apenas perceptible —dijo—. ¿Verdad que conoce usted el silenciador? De modo que, querido Marius, venga pronto la decisión de usted, antes de que recuerde lo que quisiera hacer más que nada en el mundo.

—De nada le servirá matarme.

—Tampoco me servirá de nada dejarle ir. Pero de eso ya hemos hablado antes. Además, no hace falta que le mate precisamente. Puedo perforarle los riñones. Mucho antes de llegar la muerte estaría usted dispuesto a darme todo lo que quiera para poner fin a su agonía. Concedido que en nada aumentaría eso la probabilidad de encontrar a la señorita Holm, pero tampoco empeoraría el caso... y usted ya estaría tan muerto, que una cosa u otra le tendría sin cuidado. Piénselo bien. Le doy dos minutos para reflexionar. Rogelio, fíjate en el reloj.

Marius puso las manos en la espalda.

—Le voy a ahorrar el tiempo. Que me ate su amigo ahora si usted cree que eso le va a servir de algo.

—Adelante, pues, Rogelio —ordenó el Santo.

Sabía que Marius aún no le creía, que la descripción del hombre gordo de lo que había tenido que sufrir no hizo la impresión esperada. Se daba cuenta de que la aquiescencia de Marius no era más que una maniobra para demostrar que el reto del Santo era una baladronada. Así permitió sin inmutarse siquiera que Rogelio Conway le atase sólidamente las manos y se dejó conducir luego dócilmente a un sillón.

—Toma ahora este cacharro, Rogelio —dijo el Santo entregándole el arma.

De pronto tuvo una idea.

—Antes de empezar la sesión, podrías registrarle los bolsillos.

Un destello de temor contorsionó el rostro del gigante, hasta entonces tan impasible. El Santo de buena gana hubiese expresado su alegría gritando, porque Marius forcejeaba como un demonio, pero estaba bien atado y no podía hacer nada.

Era el punto débil en la armadura, el talón de Aquiles...

Simón esperaba casi temblando. Había estado decididísimo a aplicar la más severa tortura en aquel caso, pero reconociendo al mismo tiempo que probablemente resultaría inútil, tratándose de un hombre como Rayt Marius. Habría podido volver a atemorizar al hombre gordo para seguir sonsacándole, pero acaso hubiese sido menos eficaz, puesto que tenía el apoyo moral de su amo... o tal vez su amenaza. Desde luego, alguna información obtendría, porque la resistencia humana a los sufrimientos tiene un límite, pero no tendría medios para comprobar la verdad. En cambio, algo escrito...

Y la gran facilidad del posible éxito hizo que al Santo le latiera el corazón con enorme fuerza ante el temor de que sus esperanzas resultasen fracasadas. Porque si el éxito se confirmara, la oportunidad de la respuesta no podía quedar mejor demostrada. Si era verdad, si Marius había estado tan ciegamente cierto de que, en vista de la tremenda amenaza del rapto, ninguno de los dos hombres se atrevería a ponerle la mano encima...

—¡Puerco inglés! —exclamó Marius.

—No tenga tan mal genio —repuso Rogelio impasible.

—Gracias —dijo el Santo al tomar la carta que su amigo le entregó.

—Ha procedido usted con ligereza, Marius, al venir aquí con esta carta. Yo, por mí, jamás escribo cosas comprometedoras. Es peligroso. Tal vez tenía usted la intención de echarla al Correo de camino y se le olvidó.

Echó una mirada a la dirección del sobre.

—¡Ah!, nuestro viejo amigo, el príncipe heredero —murmuró—. Debe de ser interesante.

Con rápido movimiento abrió el sobre y extrajo una hoja escrita a máquina.

Estaba escrita en el idioma patrio del doctor, pero esto no presentaba gran dificultad para descifrarla. Simón se dirigió con la carta al teléfono y en poco tiempo comunicó con un amigo suyo que tenía un buen empleo en el Ministerio de Relaciones extranjerías en virtud de una familiaridad increíble con todas las lenguas del mapa europeo.

—Me alegro de que estés en casa —dijo el Santo—. Tengo aquí una carta que quisiera me tradujeses en seguida. No sé cómo se pronuncian las palabras, pero te las voy a deletrear una a una. ¿Estás?

La traducción requirió bastante tiempo, pero Simón se había armado de gran paciencia. Iba escribiendo las palabras que su amigo le dictaba entre líneas y cuando por fin terminó, se volvió sonriendo.

Rogelio le interrogó:

—Entonces esa carta...

—Ahora me voy.

—¿A dónde?

—A la casa sobre la colina cerca de Bures, condado de Suffolk.

—¿Allí está ella?

—De acuerdo con la carta, sí.

El Santo le entregó la carta y Conway leyó lo apuntado entre líneas:

“ «... La muchacha... va a ser llevada a una parte tranquila de Suffolk... Bures... casa sobre la colina, lo bastante lejos del pueblo para pasar inadvertida... no puedo fallar esta vez...».

Conway se la devolvió.

—Iré contigo.

El Santo movió la cabeza.

—Lo siento, pero has de quedarte aquí y cuidarte de esta colección de fieras. Son mis invitados.

—Pero..., ¿si pasa algo, Simón?

El Santo consultó su reloj. Aún no le había dado cuerda. Lo hizo entonces y lo puso en hora de acuerdo con el reloj del revellín.

—Estaré de vuelta antes de las cuatro de la mañana. Eso incluye toda suerte de *pannes*. Si no estoy aquí a esa hora, mata a esos individuos de un par de tiros y ven a buscarme.

Mientras Conway vacilaba, Marius habló.

—¿Insiste usted en hacer locuras, Templar? ¿No comprende usted que mis hombres de Bures tienen orden de utilizar a la señorita Holm como rehén en caso de ataque u otra cosa semejante?

Simón Templar se fue a él y lo contempló.

—Hubiera debido adivinarlo —le dijo—. Me causa pena su desdichada estrategia. Marius. Supongo que, cuando menos, se dará cuenta de que si sus hombres la sacrifican a ella, ha perdido usted para siempre su única fuerza sobre mí. Pero eso sólo es parte de la debilidad fundamental de su brillante intriga. La otra parte es que ahora tiene que hacer vehementes votos contra sí mismo. Tiene usted que rogar esta noche, Marius, como nunca ha rogado cosa alguna en su vida, por que yo gane. Ya que si fallo, he de volver directamente aquí para matarle de la manera más horrenda que pueda inventar. Hablo en serio.

Con estas palabras se apartó, frío, dominante y se dirigió a la puerta como si fuese a dar un paseo antes de acostarse. En la puerta se volvió, mirando primero a Marius y luego con una sonrisa a Rogelio.

—Que tengas mucha suerte, Simón —le dijo su amigo.

—¡Luchas, asesinatos y muertes repentinas! —citó el Santo en voz baja, con un gesto de bravura alegre y sonrisa santésca, añadiendo en voz alta—: Pronto verás cómo trabajo yo.

Y se marchó.

ROGELIO CONWAY SE DESCUIDA Y HERMANN COMETE TAMBIÉN UN ERROR

Rogelio Conway se movió intranquilo por la habitación cuando el ruido del «Hirondel» se perdió a lo lejos. Se fue a una mesita adosada a la pared, donde había una botella y se escanció una copa, recordando la despedida caballeresca del Santo y el dolor que se veía en sus ojos. Luego dejó la copa y, en vez de beber, se encendió un cigarrillo, porque acababa de darse cuenta de que seguramente tendría que permanecer despierto y alerta toda la noche.

Miró a Marius. El gigante estaba apático, pero se dirigió a Conway al mirarle éste.

—Si usted lo permite, me gustaría fumar un cigarro.

Rogelio reflexionó un instante.

—Eso es fácil, si no necesita las manos.

—Puedo probarlo. La cigarrera está en el bolsillo interior de la americana.

Conway la halló pronto, extrajo un cigarro, le quitó la punta y se lo puso a Marius en la boca. Después le dio fuego, Marius le dio las gracias.

—¿Quiere usted otro?

Rogelio sonrió.

—Ese truco está muy gastado —contestó—. Actualmente no acepto cigarros de ningún desconocido... Y a propósito, si veo que usted trata de quemar la cuerda con el cigarro, tendré un gran placer de apagarlo en su propio rostro.

Marius alzó los hombros sin responder nada. Rogelio tornó a fumar.

De pronto se dirigió al teléfono, vaciló un momento y luego llamó. Al cabo de pocos minutos obtuvo comunicación.

—Horacio quisiera hablar con el señor Kent... ¡Hola, Norman!

—¿Quién es? ¿Rogelio?

—Sí, hombre. Te he llamado por si te inquietabas por nosotros. Dios sabe cuándo podremos ir allí... No, el coche está bien. Simón se lo ha llevado... En el piso de la calle de Brook... El caso es que Marius se ha apoderado de Pat... Sí, me lo temo... Sí, está aquí. Estoy de guardia. Hemos descubierto donde han llevado a Pat y Simón va a buscarla... En el condado de Suffolk... ¿Cómo podrías venir aquí?... Para el tren es tarde y a estas horas tampoco podrás alquilar ningún coche. De todos modos, no sé qué ibas a hacer aquí... Bueno, escucha, no puedo seguir, tengo que vigilar a Marius y compañía... Tú mismo... haz lo que mejor te parezca... Muy bien. Hasta pronto, chico.

Rogelio colgó el receptor.

Después se le ocurrió que había algo que Norman hubiera podido hacer: venir y atar al hombre gordo y al flaco, porque los dos estaban libres y podían ofrecer peligro. Hubiera sido mejor atarlos antes de que se marchase Templar. Debían haber pensado en ello o, mejor dicho, era Templar el que debía haber pensado en ello. Pero, naturalmente, no se podía exigir al Santo que pensara en eso cuando tantas otras cosas ocupaban su atención. Rogelio conocía al Santo y a Patricia demasiado bien para reprocharle aquella falta de previsión. El Santo había estado furioso cuando salió de casa. Su furia casi degeneraba en locura la que, desde las nueve y media de la noche, había hecho cada vez más aguda, a pesar de la máscara de calma y retadora arrogancia que asumiera a intervalos.

Pasó media hora.

Rogelio empezaba a sentir hambre. Había tomado un pisco-labis en la estación mientras esperaba la llegada del tren, pero ahora sentía de nuevo vacío en el estómago. Si hubiese querido dirigirse a la cocina, hubiera tenido que hacer ir delante a sus tres prisioneros apuntándoles con el revólver. Y la cocina era muy pequeña... Con gran sentimiento abandonó la idea, resignándose a padecer hambre durante la velada. Con mirada triste miró al reloj. Aún faltaban cuatro horas y media antes de que pudiese disparar sobre los prisioneros e ir corriendo a la cocina, si obedecía las órdenes del Santo. Era preciso armarse de paciencia. El Santo hubiera podido aventurarse a buscar algo que comer y no perder de vista a los prisioneros, pero el Santo era un aventurero experimentado, ducho en todas las aventuras y situaciones peligrosas, y lo que él no sabía, no valía la pena de conocerse. Conway tenía experiencia muy inferior a la de él. En el reducido espacio de la cocina, teniendo que vigilar a los tres hombres y procurarse comida, era muy fácil que le atacasen y le venciesen. Era demasiado grande el riesgo para aventurarse a correrlo.

Si Norman Kent se decidiera a acudir...

Rogelio estaba sentado sobre el borde de la mesa, moviendo el revólver ociosamente con la mano. Marius permanecía silencioso. Se le había apagado el cigarro, sin que solicitara de nuevo lumbre. El hombre gordo estaba acurrucado en otro sillón, mirando a Conway con ojos de odio. El hombre flaco se hallaba de pie en un rincón. No había pronunciado palabra desde que volviera en sí y se levantara, pero también estaba atento. El tictac del reloj aumentó la monotonía.

Rogelio empezó a silbar. Era extraordinaria la prontitud con que empezó a sentir la tensión. Deseaba poder ser como su amigo Templar. El Santo, por de pronto, no hubiese sentido el aguijón del hambre más que un momento. Al siguiente hubiese obligado, como él sabía hacerlo, a los tres prisioneros a guisarle una comida de tres platos y servírselo como verdaderos camareros. Después se hubiese ido entreteniéndolos obligándoles a hacer funcionar el gramófono y realizar otros servicios semejantes. El Santo probablemente hubiese escrito algunas cartas y habría compuesto también algunos versos. Y lo que menos hubiese sentido habría sido el silencio y la concentrada malevolencia de los tres pares de ojos.

Sin embargo, Rogelio se hallaba terriblemente molesto bajo aquel silencio y aquellas miradas. Comprendía por qué no había sentido nunca el deseo de ser domador de leones. La sensación de hallarse a solas con fieras en una jaula, se dijo, debía de ser más o menos igual a la que sentía en aquellos momentos. La misma frágil dominación del hombre sobre fieras intranquilas que se hallan alerta; la misma tensión, la misma forzada sumisión de los animales, la misma certeza de que las fieras sólo aguardaban el menor descuido para destrozarse al domador. Aquellas fieras humanas estaban apreciando en silencio su valor, su capacidad, tratando de descubrir el punto flaco de su dominio: proyectaban el ataque, sin duda alguna. La situación le estaba poniendo nervioso a Rogelio. Este sabía que, más tarde o más temprano, aquellos tres harían algo para ganar la libertad. Restaba adivinar cómo lo harían.

Y tenía ante sí aquella incertidumbre durante muchas horas aún. Le era preciso aguantar aquellas fieras miradas, aquel silencioso intrigar sin mostrarse inquieto, porque sería peor... ¿Hasta cuándo?

De pronto el hombre gordo comenzó a hablar en su idioma.

—¡Alto! —exclamó Rogelio, furioso e intranquilo—. Si tienes algo que decir, dílo para que yo lo entienda. Si vuelves a hablar con tu infecto idioma, te rompo la cabeza.

Pero el hombre sin hacer caso, como plan preconcebido, continuó hablando en su lengua materna.

Rogelio saltó de la mesa como bólido humano y se quedó amenazando al hombre con la mano levantada. El hombre se encogió mustio, aunque insolente.

Entonces sucedió lo temido.

El plano era sencillo y fácil.

Rogelio había olvidado por un momento que Marius sólo tenía las manos atadas, pero los pies libres. Y estando Rogelio frente al sillón del hombre gordo, a donde le había llevado la aña-gaza del criminal, casi daba la espalda a Marius.

Conway percibió el movimiento a su espalda, pero no tuvo tiempo de volverse. La punta de la bota del gigante le dio en la espalda con tan salvaje fuerza que bien hubiera podido romperle la espina dorsal si en ella hubiese dado. En vez, dio un poco al lado, en sitio tan vulnerable como la misma espina dorsal, y Rogelio dio de bruces al suelo con un grito de angustia.

El hombre gordo y el flaco se echaron encima de él a la vez.

Le quitaron rápidamente el arma, aunque Rogelio no podía haber disparado, porque el dolor se lo impedía. Ni siquiera podía gritar, tenía anudada la garganta, sentía náuseas y los pulmones al parecer se negaban a funcionar. Y encima el hombre flaco iba asestándole puñetazo tras puñetazo al rostro.

—¡Deja eso, estúpido! —exclamó Marius—, y desátame primero.

El hombre gordo acudió presto para obedecer a la voz de su amo, al mismo tiempo que balbuceaba excusas.

Marius le hizo callar.

—Más tarde pensaré en el castigo que te mereces, Otto. Tal vez tu astucia de ahora repare un poco tu imbecilidad anterior. Ata a ese ahora con la misma cuerda...

Rogelio se quedó quieto. No sabía cómo le fue posible, pero logró no perder los sentidos. No tenía fuerza alguna, no podía ver, la cabeza le daba vueltas y le dolía horriblemente todo el cuerpo, concentrándose el dolor en la espalda donde le hirió el puntapié. Sin embargo, su mente seguía alerta a todos los movimientos y andanzas de sus enemigos.

—Busca más cuerda, Hermann —ordenó Marius.

El hombre flaco salió y volvió. Rogelio advirtió que le ligaban fuertemente los pies.

Luego Marius se dirigió al teléfono.

—Una conferencia... Con Bures...

Sobrevino una pausa llena de impaciencia. Luego Marius maldijo en voz baja.

—¿Que la línea está estropeada?... ¿Cuándo estará arreglada? Se trata de un asunto de vida y muerte... ¿Mañana?... ¡Dios mío! Oiga, ¿entregarían esta misma noche un telegrama en Bures?... Sí, póngame con telégrafos.

Otra pausa.

—Sí. Quisiera saber si esta misma noche podrían entregar un telegrama en Bures... Bures, condado de Suffolk... ¿Usted cree que no?... Bueno, gracias de todos modos. No, no lo enviaré hoy.

Colocó el auricular para volverlo a levantar en seguida.

Esta vez pidió comunicación con Westminster noventa y nueve y dio órdenes con voz rápida, pero en su propio idioma, que Rogelio no entendía. Marius hablaba, sin embargo, con cierta satisfacción.

Después de dejar el teléfono se volvió y dio un puntapié a Rogelio.

—Aquí te quedarás, cerdo. Vas a servir de rehén por el comportamiento de tu amigo.

Después se dirigió de nuevo al hombre flaco, llamado Hermann:

—Tú te quedarás aquí vigilándolo. Te dejaré el revólver. Espera, voy a apuntarme el número de este teléfono... Bien. Si tengo algo que decirte, te telefonaré. No te irás de aquí sin mi permiso... Otto, tú te vienes conmigo. Vamos tras Templar en mi coche. Tengo mis agentes en el camino y he dado órdenes para que les den instrucciones. Si no son tan estúpidos como tú, Templar no llegará jamás a Bures. Pero vamos a seguir de todos modos para ir más seguro... ¡Espérate! Ese cerdo habló con un amigo de Maidenhead. Puede que venga aquí. Lo capturarás y lo atarás también. No te equivoques, Hermann.

—No me equivocaré, señor.

—Muy bien. Vamos, Otto.

Rogelio percibió que se marchaban. Poco después las neblinas que le envolvían aumentaron y apagaron la última chispa de claridad en su mente.

Cuando volvió en sí, no supo si había estado inconsciente cinco minutos o cinco días, pero lo primero que vieron sus ojos al abrirse fue el reloj por el que comprobó que había estado sin conocimiento unos veinte minutos.

El hombre llamado Hermann estaba en un sillón frente a él, hojeando una revista. A poco alzó la vista y vio que su prisionero estaba despierto. Dejó en seguida la revista y se fue a Rogelio, al que escupió a la cara con salvaje grosería.

—Pronto habrás muerto, cerdo inglés. Y tu maldito país...

Rogelio se dominó haciendo un gran esfuerzo. Podía respirar libremente. El cinturón de hierro que había sentido sobre el pecho había desaparecido y la angustia también. Aún le dolía la espalda y la cabeza, pero de todos modos se encontraba mejor. Por eso no pensaba agravar su situación contestando a los insultos del espía.

Este continuó:

El doctor es un verdadero genio. Es el más grande del mundo. Si hubieras visto cómo arregló todo en dos minutos... Fue magnífico. Es Napoleón reencarnado. Va a convertir a mi país en el imperio más grande del mundo. ¡Y vosotros, imbéciles tratáis de luchar contra él!

La oratoria continuó en una irrupción ininteligible en el idioma nativo de Hermann, pero Rogelio había oído ya bastante. Comprendía muy bien que un hombre que podía infundir a sus servidores tan fanática lealtad, no podía ser enemigo despreciable. Y se preguntaba qué suerte correría el Santo al querer convencer al mundo de que Marius nada tenía que ver con el patriotismo, sino que le importaba sólo el dinero y el poder, viniese de donde viniese.

La ola de furor iba apagándose en el rostro de Hermann y Conway se quedó quieto, pensando cómo podría hacer para salir de la difícil situación en que se hallaba. Hermann al ver que no podía sacar nada de él a fuerza de insultos, le asestó dos bofetadas. Rogelio no se movió. Hermann volvió a escupirle.

—Me lo pensaba... No tienes valor, perro inglés. Sólo cuando sois muchos contra uno, os atrevéis.

—Vaya, vaya —dijo Rogelio cansado.

Hermann le miró furioso.

—Si hubieses sido tú, perro maldito, el que me pegó...

De pronto se percibió el agudo sonido del timbre eléctrico, sobresaltándose Hermann. Pero al poco una ancha sonrisa le cubrió el rostro diabólico.

—Ahora, perro, voy a recibir a tu querido amigo.

Rogelio hizo una profunda inspiración.

Debió de proceder con poca cautela en ello, nada de extrañar, porque Conway no entendía de astucias. O tal vez Hermann esperaba subconscientemente aquella acción y estaba alerta, pues se detuvo a medio camino y volvió otra vez al lado de Rogelio.

—Serías capaz de avisar a tu amigote, ¿verdad? —preguntó melifluo.

Tenía la pistola en la mano.

Rogelio sabía lo que le esperaba. Si no gritaba, perdía la única posibilidad de librarse y al mismo tiempo, Norman Kent caería en poder del espía. Si hacía un gesto para gritar, aquel hombre le pegaría hasta hacerle perder otra vez los sentidos. Pero pensándolo bien, ya que al parecer Hermann había adivinado su intención de gritar, le pegaría de todos modos. No era el espía hombre para perder el tiempo en amordazar sencillamente a su prisionero. Sólo había un camino.

—¡Váyase al diablo! —exclamó furioso.

Y luego gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

Al instante recibió un tremendo golpe en la sien con la culata del revólver.

Sin embargo, a pesar de todo, no perdió el conocimiento. Rogelio se dijo después que su cráneo debía de tener una fortaleza extraordinaria, casi la dureza de la de un buey, para resistir tanto. Así es que se quedó quieto de momento, tratando de luchar contra el dolor, dispuesto a lanzar otro grito de advertencia antes de que Hermann pudiese abrir la puerta.

El espía se levantó, cogió el arma por la culata y la puso en el bolsillo de la americana, sin soltar el dedo del gatillo. Luego, lleno de terror, por si el de fuera hubiese oído el grito, salió de la habitación, maldiciendo en voz baja la mala suerte que le deparaba tales situaciones.

Al llegar a la puerta volvió a sonar el timbre, lo que le devolvió la tranquilidad. No podía creer que el de fuera, si hubiese oído y comprendió el grito del prisionero, llamara de nuevo tan pronto. Con lo que Hermann mostró ser menos sicólogo que el hombre de fuera...

Hermann abrió la puerta, manteniéndose oculto tras ella.

Nadie entró.

El espía esperó. Una especie de miedo supersticioso le cosquilleaba en la espalda como pequeña cascada de agua helada. Nada sucedió a pesar de que el segundo timbrado había sonado sólo un momento antes de abrir la puerta y nadie, después de llamar por segunda vez, podía tener la ocurrencia de marcharse sin aguardar el resultado de la llamada.

De pronto Rogelio volvió a gritar:

—¡Cuidado, Norman!

Hermann renegó en sus adentros.

Pero no le quedaba más remedio que obedecer a las órdenes recibidas. Era preciso capturar al hombre que había llamado, máxime teniendo en cuenta que, si no percibió el primer grito, la segunda advertencia la debió oír, estando la puerta abierta y así no podía dejarle marcharse, porque sin duda llamaría a la policía.

Sin tener en cuenta la menor precaución, Hermann avanzó. Apenas había puesto el pie en el umbral, una mano le atenazó el cuello con tremenda fuerza, al mismo tiempo que otra le agarró por la muñeca la mano que empuñaba el revólver.

La mano que le atenazaba el cuello de obligó a volver la cara hacia la luz. Hermann vio entonces un rostro rojo, anchote, con ojos soñolientos, unido por recio cuello a unos hombros dignos de un toro.

—Vente conmigo —dijo el comisario de policía Teal lánguidamente—. Vente conmigo allí de donde has venido y abre tu corazón a tu tío.

SIMÓN TEMPLAR VA CAMINO DE BURES Y DOS POLICÍAS SALTAN A TIEMPO

La carretera que sale por el lado nordeste de Londres es uno de los caminos menos agradables para salir de la gran urbe, porque se halla infectado de miles de tranvías, de avance lento, interminable, que bloquean constantemente el tráfico y son la desesperación del hombre al volante de un coche rápido..., sobre todo si tiene mucha prisa.

A pesar de que ya era tarde, aún había suficiente tráfico para no permitir al Santo más que trechos de cien metros libres de vez en cuando. Y cada vez que se veía obligado a aplicar los frenos, detener la marcha y volver a acelerarla, menguaba un poco la velocidad normal del coche.

Había un camino más rápido del que tomaba el Santo lo sabía muy bien. Una vez le habían llevado por él; era una ruta que recorría, serpenteando, las calles más desiertas, cruzando a veces barrios populosos, para luego volver a calles tranquilas. Era más larga, aunque se avanzaba con mayor rapidez allí, pero el Santo sólo la había recorrido una vez y eso aún de día, por lo que a aquella hora de la noche no se hubiese atrevido a tomarla. Perderse en un dédalo de calles sin saber por dónde salir, hubiera sido para él más enloquecedor que todos los obstáculos del tráfico. Perder minutos, tal vez millas, en viajar en dirección opuesta, equivocarse a causa de vagas indicaciones que estúpidos peatones pudiesen darle, hallarse en constante inseguridad, eso le hubiese llevado al mismo borde del delirio. La ventaja que hubiese podido lograr no valía tanto como todo lo que podía perder. Así lo decidió al empezar el viaje y se dirigió a las vías principales.

Recorriéndolas aprovechó todas las oportunidades para esquivar el enorme tráfico, despreciando todas las leyes, principios y reglas de las calles y carreteras de Su Majestad británica, ganando inapreciables segundos donde y cuando podía.

Otros conductores le maldecían, dos policías le ordenaron que se detuviera; él los ignoró y ellos le tomaron el número; sufrió una rozadura en un ala al meterse desesperadamente entre un estrecho espacio que otro no hubiese considerado como espacio alguno; tres veces se salvó de la muerte por milagro al doblar ciegamente una esquina, y el atolondrado conductor de un coche pequeño se puso blanco como la cera cuando, al insistir en conservar la parte del camino que por derecho le correspondía, el gran «Hirondel» le obligó a meterse en la acera para evitar un accidente serio.

Era su viaje una incomparable exposición de valor y destreza y a su lado, todo lo que Rogelio Conway había realizado horas antes, era un juego de niños. Pero al Santo no le importaba. Tenía que llegar a determinado punto y, si al resto de la población le molestaba su manera de conducir, poco le importaban sus protestas.

Algunas de las personas que vieron la inconcebible carrera del coche del Santo aquella noche, la recordarán hasta el final de sus días, porque el «Hirondel», como si reconociese la mano del maestro en el volante, casi se convirtió en un ser viviente. «Rey de las carreteras» habíanlo bautizado sus creadores, pero aquella noche el «Hirondel» era algo más que el rey de las carreteras, era la encarnación y apoteosis de todos los coches. Porque el Santo lo guiaba con el diablo al lado y de éste el «Hirondel» tomó el consejo. Si hubiese sido aquella edad de las supersticiones, la gente al verlo cruzar como relámpago, se hubiese persignado, jurando que no era coche lo que vieron, sino un furioso diablo plateado que corrió a través de Londres sobre las alas del viento infernal.

Media hora duró aquella carrera a través de Londres; el pulgar del Santo siempre sobre el botón del claxon y la voz estridente del demonio argentino clamando paso libre en un tono que no admitía réplica...; luego las casas iban quedando atrás, cada vez más aisladas; había alcanzado el campo abierto. El Santo se acomodó mejor para sacar con mano maestra la última onza de esfuerzos de los cien caballos de sus potentes motores.

La carretera yacía en tinieblas a ambos lados, la única luz era la de los potentísimos focos que abrían ancho túnel en la oscuridad obstinada. De cuando en cuando, de las sombras una gran fiera con ojos de fuego parecía asaltarle, voceando, esquivándola el «Hirondel» como el torero cuando da un pase a un toro furibundo, continuando la loca carrera sin aminorar la velocidad. Una y otra vez el «Hirondel» alcanzó ridículos gusanos de luz de lento avanzar, husmeaba al parecer lo que parecían colas rojas, resoplaba

despreciativo y los pasaba como ráfaga de viento. Ningún coche en Inglaterra hubiera podido igualarse aquella noche con el «Hirondel» del Santo.

El susurro del potente motor formaba una especie de acompañamiento gigantesco; cantaba a tono con el suave ruido de los neumáticos y el ulular del viento fresco de la noche y el canto que entonaba era *Patricia Holm... Patricia... Patricia... Patricia Holm...*

El Santo no tenía idea de lo que iba a hacer. No pensaba en ello. No sabía nada de la situación de la «casa sobre la colina»...; nada de los obstáculos que podían oponérsele en el camino, ni la resistencia que ofrecerían a su súbito ataque. Por eso no se molestaba en pensar en ello. Estaba más allá del alcance de la vana especulación. El Santo no tenía solución alguna, por eso hubiera sido perder el tiempo reflexionar. Sólo podía dedicarse a lo que estaba haciendo: volar hacia el este a través de Inglaterra como relámpago, hacia la batalla que le esperaba al final.

Patricia... Patricia...

Suavemente el Santo entonó también el canto, pero sin que se percibiera su voz, a causa del estruendo del coche. El canto del coche se extendía por los campos, en los espacios abiertos, se repetía en continuo eco entre los muros de las calles de pueblos y aldeas que atravesaba, lo mismo que en los más altos de las colinas y cerros.

El hecho de que se dirigía casi ciego a un ataque imposible, no le quitaba al Santo nada de su energía, antes bien le hacía saborear más aún la aventura, porque aquella salida solitaria era lo que su corazón pedía, era el fin de la inactividad, era salir de las dudas y de las vacilaciones. En el corazón del Santo resonaban gritos de alegría, porque al fin el dios de todas las buenas batallas y esfuerzos desesperados había vuelto a acordarse de él.

Sin embargo, no era puro egoísmo, no era mera codicia de aventuras, sin tener en cuenta el peligro de aquéllos que daban valor a la aventura. Era el irresistible resurgimiento de la más fundamental de todas las inspiraciones humanas, era el despertar del antiguo espíritu que envió a los caballeros del rey Arturo a las grandes empresas, que hizo llorar a Tristán por Isolda, que avivó la llama en el corazón del hombre que arrasó a Troya, que inspiró el grito de Rolando y la espada de Durendal en medio de la carnicería de Roncesvalles: «El sonido de la trompeta».

Así Simón Templar recorrió las carreteras en marcha veloz hasta dejar atrás más de la mitad del camino...

Lo único que temía era que le fallara el motor. No se preocupaba de la bencina ni del lubricante, porque, al regresar de Maidenhead, había tomado

buena provisión de ambos.

Para cerciorarse encendió las luces que iluminaban el cuadro. Dejó de mirar a la carretera para fijarse en uno de los instrumentos.

Ciento diez kilómetros.

Ciento doce.

Ciento quince..., dieciséis...

—¡Patricia!

—¡Luchas, asesinatos y muertes repentinas!

—Bien sabes, Pat, que en esta época uno no puede mostrar el valor por su dama. Un hombre debería luchar por su dama. Con preferencia con dragones...

Ciento veinte...

Ciento veinticinco...

De la oscuridad salió una esquina, se echó encima del coche, amenazadora. Los neumáticos, bajo la férrea mano que los guiaba, arañaban la carretera con horrible chirrido. El coche dobló la esquina, casi sobre dos ruedas...; volvió a establecer el equilibrio y continuó...

¡Pink!

Un sonido, como el estallido de un cable roto por exceso de tensión. El Santo, mirando de frente, vio que en el parabrisas se había formado una estrella..., una estrella de finos radiales, desde un agujero limpio en el cristal. Y se sonrió.

¡Pink!

¡Pink!

¡Pam!

En el cristal se había formado otro agujero, luego otros dos en el metal del parabrisas.

—¡Caramba, caramba! —suspiró el Santo—. ¡Fiesta tenemos!

No tenía tiempo de ajustarse a la interrupción, detenerse, analizarla y extraer la moral del caso. El porqué y cómo de aquel ataque, eso podía esperar. Algo debió de malograrse. Alguien había cometido un error. Rogelio debió de caer en alguna trampa y Marius escaparse. Mientras...

Afortunadamente, el primer tiro le había obligado a aminorar la marcha, porque, de lo contrario, hubiese muerto.

El próximo estallido que percibió no era ni el impacto de una bala ni la detonación del rifle que lo disparaba. Fue fuerte, cercano, potente, al parecer debajo de sus pies, y la fuerza de la explosión le arrancó casi de la mano el volante.

Nunca supo cómo logró mantenerse asido a él. Un instinto más rápido que el pensamiento debió de hacer que lo agarrara con más fuerza en aquel momento. Dio la vuelta al volante en dirección contraria a la que tendía, a causa de la explosión, y apretó los pedales del freno con todas sus fuerzas, empleando las últimas reservas de su magnífica constitución.

La muerte, tan repentina como siempre la pedía, le miró ahora al rostro. La tensión fue terrible. El «Hirondel» cesó de obedecerle. Se volvió loco, se desbocó, yendo con frenesí hacia la destrucción. El esfuerzo humano normal no podía contenerlo. El Santo, a pesar de su fortaleza, no hubiera podido hacerlo..., normalmente. Debió de encontrar fuerzas sobrehumanas para realizarlo.

Logró mantener el coche alejado de la cuneta profunda, hasta detenerlo en su loca carrera.

Luego, casi sin pensar, apagó los faros.

Vagamente se preguntó por qué el eje frontal no se había partido en dos bajo sus manos.

«Si salgo con vida de este trance —pensó—, la “Compañía Hirondel” va a recibir de mí un testimonio no solicitado».

Pero aquel pensamiento sólo cruzó su mente como golondrina que roza la superficie de un estanque. Luego, de la misma manera vaga, se preguntó por qué no habría traído consigo un revólver. Tal vez le costaría pagar muy caro el olvido. La pequeña navaja estaba muy bien, podía emplearla con tan certera puntería como el mejor tirador un revólver, pero sólo podía emplearla una vez.

Era imposible que le esperase un solo enemigo. Y aquella navaja solitaria, por mucha destreza con que la usase, no serviría de nada contra varios hombres armados si le atacaban en el coche.

«Lo obvio, por lo tanto, es —pensó— salir del coche».

Dicho y hecho. Al momento se encontró acurrucado en la cuneta junto al «Hirondel». Allí, en la oscuridad, en completa libertad de movimiento, tendría más probabilidades de salir airoso.

No pensaba en la huida. Pero hubiera sido bastante fácil. Pero no tenía más vínculo disponible en aquel momento que el «Hirondel» y era preciso salvarlo o renunciar al viaje que había emprendido. Y esto último era precisamente el objeto de la emboscada que le habían preparado. Querían detenerle y él no pensaba dejarse detener.

Después de haber apagado los faros la oscuridad era menos impenetrable y se veía bastante bien la carretera. Mirando con atención, el Santo vio cuatro

sombras que avanzaban. Eran sus enemigos.

Inmediatamente se fue a su encuentro, arrastrándose como una serpiente en la cuneta seca. Los cuatro iban en dos grupos. Evitando la claridad del centro de la carretera, dos iban a un lado y dos al otro lado de ella.

No había tiempo de entretenerse para luchar lealmente. Había que cambiar la rueda delantera inutilizada por una bala y desembarazarse de aquellos cuatro hombres. Había que quitar de en medio a los cuatro..., tan rápida y tan definitivamente como fuera posible. El Santo no se podía andar por las ramas en aquel asunto.

El que iba delante en el lado de la carretera donde estaba el Santo casi tropezó con la oscura figura que, al parecer, surgió de pronto de la tierra frente a él. Se detuvo y trató de echarse atrás para poder emplear el rifle, y su compañero le pisó los talones y le maldijo.

Luego se percibió un grito, pero al punto se apagó, y se advirtió un estertor. El hombre de detrás vio a su compañero caer al suelo, pero vio también a su lado a otro hombre que no había estado allí antes, un hombre que reía suavemente. El segundo trató de alzar la pistola automática, pero dos manos férreas le cogieron las muñecas y el hombre se sintió volar por los aires sin poderlo remediar. Al parecer, voló durante largo tiempo... después se quedó quieto.

El Santo cruzó la carretera.

Un fogonazo surgió de la mano de uno de los dos hombres del otro lado. Los dos se habían detenido irresolutos al oír el grito ahogado de su compañero. Pero el Santo ya se había hundido otra vez en las sombras.

Los dos se agacharon, esperando, vigilantes, algún movimiento de su presa. Miraban hacia la cuneta y la hierba junto a la carretera donde el Santo había desaparecido como un fantasma, pero el Santo se hallaba encima de ellos, agachado como leopardo bajo el seto vivo sobre el terraplén, reuniendo fuerzas para el salto definitivo.

Se precipitó sobre los dos como caído del cielo. Dio con ambos pies sobre el cuello de uno de ellos, y el hombre, bajo el impacto y el peso, dio con su cuerpo en tierra y no volvió a moverse.

El otro se levantó y alzó el rifle; al ver que una delgada hoja de acero volaba con enorme ímpetu hacia él, manejó el arma para defenderse. Por un verdadero milagro, pudo detener el curso de la navaja con la culata del rifle y aquella cayó al suelo.

Luego luchó con el Santo por la posesión del rifle.

Probablemente era el más fuerte de los cuatro y no conocía el miedo, pero existe un ardid mediante el cual se puede siempre arrancar a otro un rifle o un bastón. Simón Templar conocía el ardid desde pequeño. Obligó al hombre a dejarlo caer, pero no tuvo ocasión de recogerlo; sólo pudo apartarlo de un puntapié. El arma cayó a la cuneta, fuera del alcance de ambos contrincantes.

Así lucharon en igualdad de circunstancias.

Aquel enemigo tenía la ventaja de la fuerza y del peso, pero el Santo le ganaba en velocidad y furor. Nadie, excepto un coloso o un loco, se hubiera atrevido a ponerse aquella noche en el camino del Santo; pero aquel hombre, que acaso era un poco de las dos cosas, lo intentó. Luchó como una fiera, pero Simón Templar se sentía impulsado por un santo furor. Para él aquel hombre no sólo era un obstáculo, sino que era además símbolo de todo lo que aquél odiaba. Era la representación de Marius, de los hombres que había detrás de éste, de toda la conspiración que el Santo jurara deshacer y que tenía la culpa de que él se viera obligado a acudir en defensa de Pat. Por lo tanto, era preciso destruir a aquel hombre como sus tres compañeros. Tal vez el hombre advirtiera su destino, porque dio un grito de angustia y de terror antes de que el Santo pudo echarle las manos al cuello.

Era preciso matar. Simón no podía hacer otra cosa, aunque lo hubiese deseado, porque aquel hombre no cejó en la lucha hasta el último momento. Hasta cuando ya estaba inconsciente y quieto. Simón no se atrevió a soltarlo por temor de que fuera un ardid, riesgo que no podía correr. Sólo había un modo para asegurarse...

Así, a poco, el Santo se puso lentamente de pie, respirando fatigosamente, como hombre que ha estado algún tiempo debajo del agua, y buscó su navaja. No había más enemigos en la carretera.

Antes de alejarse, recogió un revólver de uno de aquellos cuatro hombres, a los que ya no servía de nada.

Después se dirigió al coche para cambiar la rueda.

Esta operación sólo hubiera debido costarle cinco minutos, pero no pudo prever que el neumático de reserva, una vez colocado, se deshinchase en el momento en que quitó el gato.

Y no había otro de reserva.

Era muy poco consuelo recordar que Norman Kent solía tener en el coche un equipo de herramientas más completo de lo que cualquier automovilista cree necesario: ese equipo incluía lo necesario para reparar los tubos de goma de los neumáticos.

De todos modos, teniendo sólo un faro móvil y careciendo de un cubo de agua para encontrar el sitio por donde se iba el aire, la tarea no era nada fácil.

Dando un suspiro de desesperación, Templar se quitó la americana.

Pasó más de media hora antes de que el «Hirondel» estuvo listo para reemprender la marcha. En total, había perdido tres cuartos de hora. Minutos preciosos malgastados cuando tanto le había costado ganarlos antes, arriesgando constantemente la vida...

Le pareció que habían transcurrido cuarenta y cinco años en vez de cuarenta y cinco minutos, cuando al final pudo encenderse un cigarrillo y subir de nuevo al coche.

Puso el motor en marcha y alargó la mano para encender los potentes faros, pero en el mismo momento de alcanzar el interruptor, la carretera quedó vivamente iluminada por unos faros que no eran los de su coche.

Al embragar, echó una mirada atrás sobre el hombro y vio que el otro coche no avanzaba. Se había detenido.

Aún fatigado por la reacción del primer combate, no esperaba tan pronto el segundo ataque. Cuando el coche arrancó, por un instante se sintió más sorprendido que herido por un vivo dolor que le atravesó el hombro izquierdo como aguja candente.

Luego comprendió y se volvió en su asiento con la pistola robada en la mano.

El Santo no era, como había admitido con entera franqueza, el mejor tirador de pistola del mundo, pero aquella noche le guió la Providencia. Apuntó fríamente, como si estuviese haciendo ejercicios de tiro, y apagó con sendos disparos los dos potentes faros del coche de atrás. Luego, sin emocionarse, logró aún perforar por dos veces el neumático de la rueda delantera. Al ganar marcha su propio coche y doblar la esquina, cayó sobre él una verdadera lluvia de balas, que pasaban silbando junto a él y aumentaron las estrellas en el parabrisas.

No sufrió ninguna herida más. La misma fuerza debió de guardarle como un escudo.

En plena marcha ya, con la carretera libre delante, llevó el coche con una mano y se tocó con la otra el hombro herido. Por lo que podía descubrir, el hueso estaba intacto, sólo se trataba de una herida en la carne que, a pesar de no tener gran importancia, podría terminar por inutilizarle durante algunas horas el brazo y debilitarle por la pérdida de sangre. Dobló un pañuelo

convenientemente y lo deslizó por debajo de la camisa, colocándolo sobre la herida.

Era todo lo que podía hacer mientras conducía. No podía detenerse a examinar el hombro. En cosa de diez minutos sus enemigos continuarían la persecución, a no ser que tuviesen la misma desgracia que él con el neumático de reserva, cosa que era confiar demasiado en la suerte.

¿Cómo había llegado aquel coche al escenario de la lucha? ¿Acaso habían estado al acecho para ayudar a los cuatro en su tarea de impedirle a él el paso? ¡Imposible! Demasiado tiempo estuvo él entretenido con el neumático. El coche hubiese llegado mucho antes. ¿Podía ser, en cambio, que ese coche había sido enviado para poner otra emboscada más adelante, en caso de que la primera fracasara?

Simón revolvía las preguntas en la mente como quien hojea un libro que ya conoce de memoria, en busca de una página determinada.

Ninguna de las contestaciones que encontraba estaba bien. En cada una reconoció la intención subconsciente de no querer enfrentarse con una verdad desagradable. La solución que encontrara cuando el primer tiro agujereó el parabrisas, era la exacta. Si Marius se las había arreglado para escapar, sea librándose él mismo, sea porque recibió auxilio, o si de otro modo había podido avisar a su banda, lo obvio era que se pusiera en comunicación con sus agentes en la carretera. Y avisar a los hombres de la casa de Bures también. Luego Marius mismo tomaría el camino. Sí, no cabía duda, en el segundo coche iba Marius...

De pronto recordó que ni el hombre gordo, ni el flaco, habían sido atados cuando él se marchó dejando a Rogelio de guardián. Y Rogelio Conway, incomparable lugarteniente, era en realidad un principiante en aquella lucha sin la mano del jefe que le guiara.

«¡Pobre Rogelio!», pensó el Santo.

Era característico en él que sólo pensara en su amigo condoliéndose de su suerte.

Así continuó el viaje con la muerte en el corazón y el deseo homicida en los ojos que contemplaban la carretera como halcones gemelos que van tras la caza.

Porque tal como estaban las cosas, la empresa era casi imposible, aunque este pensamiento no le preocupaba. Antes bien, aún marchaba a mayor velocidad, apagándose las pulsaciones del hombro herido bajo las más furiosas y más positivas vibraciones del cuerpo enfurecido.

Bajo la infatigable presión del pie sobre el acelerador, las cifras del velocímetro iban aumentando poco a poco.

Ciento doce.

Ciento quince.

Ciento veinte.

Ciento treinta.

Ciento treinta y uno..., treinta y dos..., treinta y cuatro..., ciento treinta y cinco.

«Para carreras, no basta —se dijo el Santo—, pero tratándose de una carretera corriente y de noche...».

El viento causado por la enorme velocidad del «Hirondel» le hirió el rostro casi como con golpes verdaderos, apagando en sus oídos el escandaloso ruido del escape.

Durante breves minutos llenos de enorme tensión mantuvo la velocidad del coche a ciento cuarenta kilómetros.

—Patricia...

Y le pareció oír la voz de ella al llamarle:

—¡Simón!

—Patricia, ya voy —gritó el Santo como si ella pudiese oírle.

Cuando pasó raudo por la población de Braintree, teniendo aún veinticinco kilómetros que recorrer de acuerdo con la indicación del último poste indicador, dos policías se interpusieron en su camino.

Su intención era patente, aunque Templar no comprendía por qué querían detenerle. Seguramente el no haber querido hacer caso a la orden de aquel policía de Londres no podía traer consigo medida tan enérgica como para hacerle volver. ¿O acaso Marius para asegurarse del éxito de sus órdenes, había informado a la policía contándole un cuento, al parecer plausible, para que ésta tuviese interés en detenerle? Pero..., ¿cómo podía Marius conocerías actividades del Santo? El comisario Teal no las conocía, de eso estaba muy seguro el Santo. ¿O habría descubierto Teal su identidad más pronto de lo que se imaginara después de abandonar el «Furillac» destrozado? Pero, si fuese así, ¿cómo podía saber Teal que él estaba en aquella carretera?

Fuese cual fuese la respuesta, el Santo no pensaba dejarse detener aquella noche por nada ni por nadie. Apretó los dientes y mantuvo con el pie la presión sobre el acelerador.

Los dos policías debieron de adivinar su intención porque se apartaron con un salto justamente a tiempo para no perecer atropellados.

Así el Santo ganó de nuevo las afueras de aquella población con un retador bocinazo del claxon y el tableteo del escape, atravesando raudo la noche como ruidosa vanguardia de una carga de valientes olvidados.

ROGELIO CONWAY CUENTA LA VERDAD Y EL COMISARIO TEAL SE TRAGA UNA MENTIRA

El comisario Teal echó a Hermann en un sillón del salón y le puso rápidamente las esposas y luego volvió sus ojos soñolientos hacia Rogelio.

—¡Hola, desmayado! —dijo con un suspiro.

—No tanto —replicó Rogelio—, pero poco me falta. Buen golpe en la cabeza me dieron cuando le advertí con mis gritos.

Teal movió la cabeza. Estaba siempre cansado y hasta aquel ligero movimiento parecía que le costaba gran esfuerzo.

—A mí no me avisó. ¿No me llamó Norman? ¿Qué hace usted aquí?

—Pues..., haciendo que soy un león marino —repuso Rogelio con sarcasmo—. Es un juego muy lindo. ¿Quiere tomar parte? Hermann tirará al aire los peces para que los cojamos con la boca.

El señor Teal volvió a suspirar lánguidamente.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

Rogelio no contestó en seguida.

En aquel intervalo trató de llegar a una decisión que podría cambiar el curso de toda la vida del Santo, incluso la de él mismo..., acaso también el de la Historia. Y le resultaba difícil decidirse.

¿Se haría pasar por Simón Templar? Esta era la pregunta que de pronto surgió en su cerebro, como salida a la desesperada. No solía llevar nada en los bolsillos ni tampoco en la cartera que podría revelar su verdadera identidad, en caso de que le registrasen. Desde luego, no tardarían en descubrir el engaño, pero tal vez podría demorar el momento durante veinticuatro horas. En todo este tiempo el Santo estaría libre para salvar a Patricia, volver a Maidenhead, arreglar el asunto de Vargan, completando así la misión a la que se había comprometido.

Ni un instante pensó Rogelio en las consecuencias que el engaño podría traer consigo para sí mismo. El sacrificio sería pequeño comparado con las ventajas que alcanzaría el Santo.

—Soy Simón Templar —dijo Rogelio decidido—. Creo que me busca usted.

Hermann abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Mentira, mentira! —exclamó—. No es Simón Templar.

Teal volvió la mirada soñolienta sobre Hermann.

—¿Y a usted quién le ha autorizado a Hablar? —preguntó.

—No le haga caso —intervino Rogelio—. No sabe nada de nada. Soy Templar, en efecto. Y no tengo inconveniente en ir con usted sin oponer resistencia.

—Pero si no es Templar ese hombre —persistió Hermann con agitación—. Templar estuvo aquí hace una hora. Ese hombre...

—Cállese usted —gritó Rogelio—. Y si no, le obligaré a callar.

Teal pestañeó.

—Uno de los dos está mintiendo —observó con gran lógica—. Hagan el favor de callarse los dos.

Atravesó lentamente la estancia y se inclinó sobre Rogelio. Basó su decisión respecto de cuál de los dos mentía sobre las iniciales que los sastres solían poner en el bolsillo interior de las americanas. Rogelio no había pensado en esta posibilidad.

—Me parece que usted es el embustero —dijo Teal suspirando—, aunque no sé quién es.

—Estas iniciales corresponden a mi verdadero nombre. Me llamo Rogelio Conway.

—Creo que esta vez dice usted la verdad.

—Lo que no sé por qué ese miserable...

—Una delación —explicó Teal con paciencia—. Se trata de una costumbre muy antigua entre criminales. Con la denuncia creen tener menos pena, porque ayudan a la policía a fin de que ésta cargue toda la culpa sobre sus compinches, Supongo que ustedes son dos compinches —añadió el comisario con ironía—. Parece que se conocen.

Rogelio calló. En aquel asunto no había nada que hacer.

Al parecer Hermann había decidido delatarle, lo que era extraño dado el tipo que al parecer era. Pero...

Rogelio le miró y de pronto vio la verdad. No había sido una denuncia. La protesta ante el engaño había sido impensada, instintiva, hecha en un

momento de pánico, por si su amo se hubiese equivocado. En aquel instante Hermann ya estaba arrepentido de su estúpido error y se devanaba los sesos para encontrar una mentira con que deshacer la equivocación que había cometido, pensando al mismo tiempo cómo defenderse a sí mismo...

La situación seguía tan complicada como antes del incidente. Hermann estaba devanándose los sesos para encontrar mentiras plausibles, lo mismo que Rogelio y a los dos no les guiaba otro afán que defender a toda costa a sus jefes. Y así los dos, de mentira en mentira, sin posibilidad de ponerse de acuerdo, irían contradiciéndose metiéndose cada vez en mayor lío. Y ninguno de los dos podría decir la verdad.

Pero..., ¿de veras que ninguno de los dos podría decir la verdad?

La ocurrencia despejó las tinieblas del dilema. El atrevimiento de la idea le sobrecogió.

¿No podría decir uno de los dos la verdad?

Cuando Rogelio hubiese querido de buena gana que su jefe estuviese allí para ayudarle, lo encontraba espiritualmente a su lado.

¿No era aquel dilema en principio el mismo que aquél que el Santo resolviera una hora antes? ¿Cómo había resuelto aquella situación insostenible en la que al parecer no se podía ni retroceder ni avanzar? Pues haciendo tabla rasa, con un movimiento enérgico que no entraba en el juego de las intrigas.

¿No podría aplicarse el mismo sistema, cuando menos para despejar de momento la atmósfera y para encontrar acaso la salida, haciendo lo que nadie esperaba, contar la verdad? Sería un ardid sutilísimo que podría salvar la situación.

La verdad convencería a Teal. Rogelio sabía contar la verdad con muchos más detalles y mucha mayor convicción que una mentira. Hasta Hermann tendría trabajo para desmentirle. Y...

—Sea como sea —dijo Teal—, les voy a llevar ahora a la jefatura y allí hablaremos.

Era preciso evitar aquel arresto. Contando la verdad acaso lograría despertar de tal modo el interés del comisario que éste no insistiría de momento en su idea. Luego tal vez vendría Norman Kent, el cual era un conspirador mucho más ducho que Rogelio...

—Antes de irnos —dijo éste—, quisiera que me escuchase un momento.

Teal alzó un poco las cejas.

—¿De qué se trata? ¿Me va a contar que usted es el rey de las islas Caníbales?

Rogelio movió la cabeza negativamente. Se alegraba de la facilidad con que podía convencer a aquel hombre, que a todas luces no tenía prisa de ninguna clase en realizar la prosaica tarea de llevar dos presos a la jefatura de policía.

—Voy a convertirme también en delator —contestó Rogelio.

Teal asintió.

Como si no tuviera nada que hacer durante el resto de la noche, se acomodó en un sillón y sacó del bolsillo un paquete de goma de mascar.

Moviendo las mandíbulas rítmicamente, preguntó:

—Bueno, ¿qué me va a decir?

—Si le es lo mismo —repuso Conway, para ganar tiempo—, quisiera sentarme en un sillón. Este suelo no es tan blando como usted acaso se figure. Y si, además, pudiese fumar...

Teal se levantó de nuevo y colocó a Rogelio en un sillón. Le dio también un cigarrillo y lumbre. Luego volvió a sentarse con muestras de enorme paciencia.

No protestó del retraso pretendiendo que afuera le esperaban sus hombres, lo que seguramente implicaba que no había ningún agente esperando sus órdenes. Rogelio recordó que Teal tenía reputación de trabajar solo. Era síntoma de su lánguida confianza en su propia experiencia y habilidad..., muy merecida por cierto por su actuación. Pero en este caso...

—Esta vez le digo la verdad —empezó Rogelio—. Estamos en un brete, incluso simón Templar, gracias a los manejos de los compinches de ése —señaló a Hermann—; sólo que Templar no lo sabe. No quiero que lo atrapen, pero si usted mismo no lo prende rápidamente, creo que le va a suceder algo grave. Sepa usted que tenemos en nuestro poder a Vargan, aunque no fuimos los primeros en atacarle. Los compinches de Hermann...

—¡Otra mentira! —exclamó Hermann con vehemencia—. ¿Es necesario, señor comisario, que pierda usted más tiempo con ese embustero? Ya le ha cogido usted en una mentira...

—Y a ti con el revólver en la mano —le interrumpió Rogelio—. ¿Qué hay de eso? ¿Y por qué diablos estoy yo atado aquí? Continúa..., dile que eres detective particular y que ibas a salir en busca de la policía para entregarme.

Teal cerró los ojos.

—No puedo escuchar a dos personas a la vez. ¿Cuál de los dos ha de contar la historia?

—Yo contestó Conway.

—Usted parece más interesante —admitió Teal—, aunque Hermann después le desmienta. Continúe, pues Conway. Hermann, usted se espera hasta que le llegue el turno. No vuelva a interrumpir.

Hermann se calló. Rogelio aspiró profundamente el humo del cigarro y lo echó, agradeciendo el respiro que le habían dado.

—Fuimos a Esher a raptar a Vargan —empezó—. Pero cuando llegamos, vimos que se lo estaban llevando ya. Parecía un hombre muy popular aquella noche. Sin embargo, nosotros tuvimos más suerte y pudimos llevárnoslo.

—¿A dónde?

—Siga usted su propio consejo y no interrumpa. Contaré la historia a mi manera o no la contaré de ningún modo.

—Continúe, pues.

—Nos llevamos a Vargan..., fuera de Londres. Luego Templar y yo volvimos aquí para recoger algunas cosas... A propósito, ¿cómo encontró esta casa?

—Pues yendo a Brighton —contestó Teal con satisfacción—. Allí encontré al agente que les vendió el automóvil. Todos los agentes de autos pasan el domingo en Brighton para hacer propaganda de sus coches. Fue cosa fácil.

Rogelio asintió. Luego continuó mirando de reojo al reloj.

—Los compinches de Hermann conocían nuestro interés en Vargan antes de que empezase la función. No importa ahora por qué, pues eso es otra historia... No, no lo es, ahora que pienso. ¿Recuerda usted lo que sucedió el primer día en Esher?

—Sí.

—Dos personas huyeron, un hombre y una mujer. El chofer de Hume Smith los vio. Era Templar y una amiga suya. Habían llegado allí por azar. Pasaban, vieron una luz rara y se apearon del coche para investigarlo. Lo que les obligó a huir, fue el otro, el gigante cuyas huellas encontró usted. Le diré quién es, porque se trata del que capitanea la banda de Hermann...

Este le interrumpió, exclamando:

—Señor comisario, ese hombre va a mentir otra vez.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Teal suavemente.

—No le haga caso. Sabe que digo la verdad —dijo Rogelio muy satisfecho—. Se ha delatado él mismo. Ahora le diré el nombre..., se llama doctor Rayt Marius. Y si no me cree, compare las huellas de aquel jardín con las del zapato de Marius. Verá cómo no le he engañado.

Teal estaba sentado, con las cabeza sobre el pecho, parecía realmente dormido. Y su voz era soñolienta.

—¿Y esa gente les siguió hasta aquí?

—Así fue, en efecto. Además, raptaron a la muchacha que acompañó a Templar aquella noche..., la muchacha de la que está él enamorado. Marius vino aquí para decirnos que nos la cambiaría por Vargan. Pero Templar no se avino a eso. No quiere soltar a Vargan y quiere librar a la chica. Pudimos averiguar dónde se la habían llevado y Templar salió para ponerla en libertad. Yo me quedé aquí vigilando a los prisioneros Marius Hermann y un tal Otto. Me armaron una zancadilla. Marius y Otto se marcharon, ése se quedó aquí para vigilarme. Yo había de ser otro rehén. Marius desde aquí, convino con sus compinches por teléfono que atacasen a Templar en el camino. Puede usted llamar a la Central y preguntarlo, si no me cree. Templar no sabe lo que le espera. Cree poder coger desprevenidos a los hombres de la casa sobre la colina. Ahora estarán advertidos y Templar caerá en la trampa. Seguramente lo matarán.

—Un momento. ¿Qué casa sobre la colina es ésa de la que habla?

El tono de la pregunta indicó a Rogelio que Teal no dudaba de sus palabras.

¿Qué había de hacer? ¿Decir toda la verdad? Lo que había contado era en realidad un preámbulo largo e interesante, pero no tenía importancia alguna. ¿Cuánto podría atreverse a añadir? Eso dependía del peligro que corría el Santo.

Rogelio conocía muy bien de lo que el Santo era capaz en cuestión de lucha y vencer obstáculos. ¿Sabría también salir airoso de aquella complicada situación? ¿Acaso la llegada de la policía al escenario, apenas ganada la batalla, serviría si no para obligar al Santo a librar nueva batalla?... ¿No sería en cierto modo cometer una traición revelar el resto de las circunstancias, aunque sólo, fuese para salvar a Pat? ¿Cómo se podría compaginar la seguridad de una muchacha con la paz del mundo? Porque, aunque la traición implicaba el sacrificio del Santo y del mismo Rogelio, Vargan quedaba al cuidado de Norman Kent, y en caso de que pasase cualquier cosa, éste tenía instrucciones categóricas...

Pero ¿dónde estaba Norman?

Rogelio miró a los ojillos vivos del comisario, luego apartó la mirada y tropezó con la de los ojos velados de Hermann. Y al mismo tiempo logró mirar por segunda vez al reloj, sin que Teal se diera cuenta.

—¿Qué casa sobre la colina? —volvió a preguntar Teal.

—¿Tiene importancia? —replicó Rogelio para ganar tiempo.

—Me parece que sí —repuso Teal, sin muestras de impaciencia—. Si no me dice usted a dónde ha ido Templar, ¿cómo quiere que le salve de la trampa en que va a caer, según usted?

Rogelio bajó la cabeza.

A no ser que Norman Kent apareciese pronto y le desembarazase de la presencia de Teal, para que ellos dos pudiesen correr en auxilio del Santo, no le quedaba más remedio que contar un poco más de la verdad. Era el único modo de salvar a Templar..., y había que hacerlo, costase lo que costase. Rogelio lo comprendió así.

—Llame primero a la policía de Braintree —dijo—. Templar ha de pasar por allí. Va en un «Hirondel» descubierto. No hay tiempo que perder.

Teal se mostró de pronto muy despierto. Estaba estudiando el rostro de Rogelio sin pestañear, los ojos muy abiertos.

—¿Me ha dicho usted la verdad?

—Palabra de honor.

—Le creo —dijo Teal con cierto calor.

Acto seguido y con sorprendente rapidez se dirigió al teléfono.

Rogelio echó la colilla del cigarrillo al hogar y se quedó con los ojos clavados en el suelo, pensando en lo que acababa de hacer y las consecuencias que podría traer consigo.

Si Norman había salido de Maidenhead, ya debía de haber llegado. Pero como no estaba allí, era de suponer que por fin se había decidido por no ir a la calle de Brook. Las cosas no habían sucedido como Rogelio esperaba.

En medio de su desesperación percibió la voz del policía.

—Un «Hirondel» descubierto..., probablemente marchará a gran velocidad... Detengan a todos los coches que pasen esta noche... Sí, más vale que estén armados... Cuando lo tengan, que monten dos policías y que lo traigan en el mismo automóvil a Londres..., a New Scotland Yard. Llámenme en seguida que sepan algo.

Después de colgar el teléfono, se dirigió a Rogelio:

—Bueno, Conway, ¿qué hay de esa casa sobre la colina?

Rogelio no pudo hablar, le embargaba la desesperación. Tardó algún tiempo en sobreponerse para contestar.

—Sólo sabemos que se llama la casa sobre la colina. Así la llamaban en la carta que quitamos a Marius. Está en...

De pronto sonó el timbre de la puerta de entrada.

Teal miró hacia ella y luego se volvió a Conway.

—¿Sabe usted quién llama?

—No tengo la menor idea.

La llamada volvió a sonar con insistencia.

A Rogelio le latía el corazón con gran violencia. No supo decir luego cómo se las arregló para conservar la expresión de sorpresa, pero debió de hacer bien las cosas, porque el recelo del rostro del comisario iba desvaneciéndose. Rogelio había mentido con la mayor naturalidad posible al decir:

—*No tengo la menor idea.*

Pero bien sabía que a aquella hora sólo podía llamar una persona.

Hermann también lo sabía.

Pero Rogelio no cambió de expresión, ni miró al espía siquiera. La partida continuaba. Hermann había cometido una equivocación, y seguramente se lo pensaría mucho antes de volver a hablar. Tal vez tendría suficiente inteligencia para comprender que las cosas le irían mejor con sus enemigos particulares que con la policía.

Hermann, en efecto, se calló obstinadamente. Debió de darse cuenta.

Teal se dirigió al vestíbulo y Rogelio de buena gana hubiese dado voz a su alegría.

Pero no podía ser, no podía decir nada, ni siquiera para advertir a Norman. Con Teal no le hubiera valido el ardid como con Hermann. Era preciso que Norman se metiese en la boca del lobo y que le inspirasen todos los dioses del Santo, como hubieran inspirado a éste en casos semejantes.

Teal abrió la puerta del piso, pero manteniendo la mano derecha en el bolsillo donde tenía la automática.

Norman vaciló sólo brevísimo instante.

Más tarde dijo que las palabras le salieron sin pensamiento consciente, como si algún ángel guardián se las hubiese puesto en la boca.

—¿Es usted el señor Templar? —preguntó.

Y al oír las palabras que él mismo no sabía que iba a pronunciar, se quedó estupefacto ante la enorme sencillez y el gran atrevimiento del ardid.

—No, no lo soy —repuso Teal secamente.

—¿No está en casa el señor Templar?

—En este momento, no.

—Bueno..., ¿podría usted hacer algo? No conozco al señor Templar, pero acabo de recibir un recado extraordinario y he creído que, antes de ir a la policía...

Teal al oírlo mostró gran interés.

—Tal vez puedo hacer algo por usted —dijo con cordialidad—. ¿Quiere hacer el favor de entrar?

—Con mucho gusto —contestó Norman.

Teal se apartó para dejarle pasar y cerrar después la puerta.

En las paredes del vestíbulo pendían muchas y muy curiosas armas, recuerdos de la turbulenta juventud del Santo en los más extraños rincones del globo. Había navajas españolas, una espada de torero, varios mosquetes y pistolas de forma antigua, lanzas de los negros de Polinesia, *kris*es malayos, *krambits*, *parangs*, cimitarras, un bumerang de Nueva Zelanda, un arco iroqués, un *asegai*, y otras rarezas.

La mirada de Norman Kent cayó sobre una maza, que pendía muy convenientemente a su alcance.

Y la descolgó.

SIMÓN TEMPLAR SE SEPARA DE «ANA» Y ABRAZA A PATRICIA

Intentar encontrar en una parte desconocida del país y, además, durante la noche una casa de la que no se sabe nada más que se halla situada sobre «una colina», allí donde las colinas no pasan de ser suaves ondulaciones del terreno, podía muy bien considerarlo como tarea imposible hasta el hombre más optimista. Al acercarse a la villa el Santo lo juzgó también así.

Pero antes de que empezara a desesperarse, si tal posibilidad cabía en él, los potentes faros del coche revelaron la figura de un campesino noctívago que regresaba a su casa caminando lentamente por la carretera. El Santo, para quien la vida del campo no era desconocida y que sabía que era costumbre que los campesinos se fuesen a la cama tan pronto la taberna del pueblo los echaba a la calle al cerrar a las diez de la noche, sabía que aquel retrasado habitante del agro era realmente un enviado de la Providencia que, al parecer, había decidido favorecerle extraordinariamente aquella noche. Simón detuvo el coche e hizo señas al buen hombre.

—¿Conoce usted la casa sobre la colina? —le preguntó.

—Sí, señor; la conozco.

Simón Templar se dio cuenta entonces de que en los distritos rurales de Inglaterra todo era posible cuando los campesinos podrían considerar la indicación «la casa sobre la colina» dirección suficiente, lo mismo que el de la ciudad pequeña conoce por ejemplo: «la casa del tío Pepe».

—Cruce el pueblo, dé la vuelta a la iglesia y, luego, continúe en línea recta durante media milla. No puede equivocarse.

Así el campesino, y el Santo puso el coche en marcha a gran velocidad, para meterse inmediatamente en un sendero lateral, cerca ya de la colina, donde lo dejó. Continuó a pie el resto del camino, porque admitía la

posibilidad de que en la casa sobre la colina le esperasen, pero no iba, además, a avisar su llegada con bombo y platillos.

Había estado preparado a entrar a tiros en todas las casas solitarias de aquel distrito que más o menos podrían identificarse con «la casa sobre la colina» hasta llegar a la que le interesaba. Este trabajo se lo había ahorrado el campesino al que tan oportunamente encontró, y pensaba sacar todo el partido posible de tan excelente suerte.

Con el revólver en el bolsillo y «Ana» atada al brazo, confiaba en el éxito de la empresa. «Ana» era la reina de las navajas, ganada con sangre y bautizada con sangre. No era juguete de chicos. En sangre la había recibido y en sangre se iría aquella noche.

Pero esto el Santo no podía saberlo, fuesen cuales fuesen sus presentimientos, mientras daba silenciosamente la vuelta al impenetrable seto vivo de espino que rodeaba la casa en la que pensaba irrumpir. El seto le pasaba de la cabeza y era densísimo, excepto allí donde estaba la puerta. Pero, retrocediendo un poco, pudo ver la parte superior de la casa, una masa negra contra el cielo. En el piso superior había una ventana iluminada. Desde detrás del seto nada pudo ver del jardín, de modo que no tenía medio de averiguar lo que había allí. En el hastial de la casa, en la planta baja, había también una ventana iluminada. Escuchando con toda atención, no logró percibir ruido alguno desde la casa.

La ventana iluminada de arriba le dio una idea.

Pensándolo bien, aquella ventana solitaria sólo podía significar una cosa..., a no ser que fuese una trampa.

Pero si era esto, el ardid era tan sutil que el Santo no lo concebía.

Lo que vio con aplastadora lógica era que la guarnición de una casa fortificada, que esperaba un ataque, pondría a la prisionera en la parte más alejada, tan fuera de su alcance del que podía intentar el escaló como fuera posible. A los prisioneros suele tratárseles siempre así, casi por instinto, poniéndolos en sótanos o desvanes, aunque no se tema ningún intento de fuga.

Y una casa de campo de aquel tipo seguramente no tendría sótano adecuado para guardar a un prisionero cuyo valor sería igual a cero si se asfixiaba en una carbonera. Patricia, por lo tanto, sólo podía estar en un sitio, y aquella ventana iluminada anunciaba tan bien su presencia como si delante de ella hubiesen puesto letreros luminosos anunciándolo.

El Santo no podía saber que, en efecto, era así y que además la misma suerte que había velado hasta entonces por él, había dispuesto la avería en la

línea telefónica para impedir que Marius comunicase con la casa sobre la colina. Pero lo adivinó, excepto lo de la avería, con una fuerza de convicción invencible. Y sabía, además, con absoluta certeza, sin necesidad de recurrir a deducciones, que Marius en aquel momento sólo estaba de la casa cosa de un cuarto de hora de camino. Por lo tanto, era preciso lograr el fin deseado rápidamente, si es que pensaba lograrlo.

Durante un instante vaciló, frente al seto vivo impenetrable. Luego buscó algunas piedrecillas. Las que necesitaba habían de ser muy pequeñas, porque no quería hacer demasiado ruido. Encontró tres que le parecieron buenas.

Después, a la luz de un fósforo oculto en la mano doblada, escribió sobre un trozo de papel, que sacó del bolsillo:

“ «Estoy aquí, Pat querida. Vuelve a tirarme la navaja por encima del seto. Luego empieza a promover escándalo para dividir la atención de los guardianes. En seguida entraré.

»Simón».

Ató la nota al mango de «Ana» con una tira de seda que se arrancó de la camisa y se puso de pie.

Suave y expertamente lanzó dos piedras y percibió su ligero impacto sobre el alféizar. Luego esperó.

¿Y si no hubiese respuesta? ¿No podría estar Patricia atada o acaso hasta narcotizada?... El pensamiento le puso furioso y sus músculos se pusieron en tensión como cables de acero... Estaba decidido a entrar en aquella casa hasta sin necesidad de distraer a los bandidos... Pero no fue esta posibilidad la que le aceleró el pulso y le hizo apretar los dientes, sino el pensar en Patricia, en todo lo que podía haberla sucedido y lo que aún podía sucederle.

«Por vida de... —se dijo el Santo—, si le han puesto las sucias manos encima...».

Pero lo que deseaba sobre todo era volverla a ver antes de entablar la lucha que tan difícil se presentaba. Por si le pasaba algo, sólo anhelaba verle de nuevo el rostro angelical, recordar la visión como bandera para entrar en la batalla.

De pronto retuvo el aliento.

La parte inferior de la ventana iba subiendo poco a poco, con gran precaución para no hacer ruido. Al mismo tiempo el Santo se dio cuenta de

que lo que tomara por vidrieras emplomadas era en realidad una red de tupidas barras.

Luego la vio a ella.

Patricia miró al jardín, a lo largo de la casa, un poco aturdida. Simón vio el temblor de sus labios, el oro de su cabellera desordenada, la luz de sus ojos valerosos...

Después balanceó la navaja en la mano y la envió con movimiento preciso hacia la ventana. El arma se clavó en el alféizar, temblando junto a la mano de la muchacha.

Simón vio que ella se sobresaltó y que miró sorprendida la navaja, para arrancarla en seguida y desaparecer en el cuarto.

Pasó un minuto, mientras el Santo abajo esperaba con gran impaciencia, temiendo a cada momento oír el ruido de un coche que sólo podía ser el de Marius. Pero, a pesar de que escuchaba con gran atención, no percibió el ruido temido.

Por fin volvió a ver a la muchacha. Vio que pasó la mano por las barras y que lanzó la navaja. Esta voló hacia el Santo, como un trozo de rayo de luna...

Encontró a «Ana», tras alguna dificultad, en un montón de hierba. Aún tenía atado al mango el trozo de papel, pero, cuando lo desdobló, vio que en el reverso había un mensaje:

“ «Ocho hombres. Dios te bendiga, querido.

»Patricia».

El Santo guardó el papel en el bolsillo y la navaja en la vaina.

—Que Dios nos bendiga a los dos, maravillosa muchacha —murmuró en la quietud de la noche y alzando la vista la vio en la ventana, haciendo esfuerzos para verle a él.

Simón sacó el pañuelo y lo agitó, y en el acto ella le correspondió. Luego la ventana volvió a cerrarse. Pero Patricia le había sonreído. La había visto. Y el dolor de corazón se convirtió en canto...

Ya no pasó el tiempo en buscar una abertura en el seto vivo. La primera vuelta que dio ya le llevó al convencimiento de que estaba hecho como verdadera empalizada. Pero le quedaba la puerta.

Tratábase de una puerta completamente corriente.

Desde luego, allí esperaban que entrase él.

Iban a llevarse una decepción.

Apenas si la miró. Probablemente estaba provista de timbres eléctricos; tal vez también pasaba por allí una intensa corriente eléctrica y acaso desde algún punto de la casa un buen tirador estaba en acecho del enemigo. Sin embargo, era la única vía de entrada.

El Santo retrocedió algunos pasos, tomó carrera y la saltó limpiamente.

Al otro lado estaba la grava del sendero, pero sus pies apenas lo tocaron. Al caer apoyó un pie, volvió a saltar lateralmente para desaparecer al punto en la sombra de un grupo de arbustos. Allí se detuvo para quitar el seguro a la pistola, maravillándose de que nadie hubiese disparado sobre él.

Luego dejó de pensar en ello, porque a través de la absoluta quietud de la noche percibió, muy lejos, pero sin posibilidad de error, el vaivén del susurro de un poderoso motor de automóvil. Y apenas logró discernirlo mejor cuando otro ruido lo apagó..., el grito de una mujer aterrada.

Bien sabía Simón que aquel grito era fingido... ¿No lo dio por orden suya? ¿No le constaba que Patricia Holm no era mujer para gritar así en casos de verdadera necesidad?... Naturalmente..., pero esto no aminoró en nada el efecto que le causó el grito. Le hirió como el rayo y despertó en él sentimientos y deseos homicidas jamás sospechados.

El Santo se volvió loco.

Como una fiera, desenjaulada de pronto, recorrió el césped entre el arbusto y la casa, directamente hacia la ventana iluminada de la planta baja en la que se fijara antes. Ni siquiera tuvo tiempo para sorprenderse de que no le recibían con una andanada de tiros. Era como si Simón Templar lo viese de pronto todo rojo...

Ocho hombres le esperaban allí, según la nota de Patricia... Bien, que viniesen todos. Cuantos más hubiese, más correría la sangre...

Y él, que siempre había sido caballero riente, que siempre supo gastar una broma cuando daba un golpe, que nunca luchaba sin sonreír, ni saludaba al peligro sin íntima alegría, ahora no reía en absoluto.

Atravesó la ventana como jamás hombre alguno antes de él atravesó ninguna ventana. La pasó con un tremendo salto, el hombro derecho delante para romper el débil obstáculo del vidrio y el brazo izquierdo alzado para protegerse el rostro.

La loca embestida le llevó habitación adentro sin pausa. Se tambaleó un instante, lo que dio tiempo a los seis hombres que jugaban a las cartas alrededor de la mesa, para ponerse en pie.

Eran seis..., de modo que los otros dos estarían arriba para hacer callar a la muchacha. Hubiera sido mejor distraer a más, pero puesto que no había

podido ser...

Además, ¿dónde estaban las defensas que creyera necesario atravesar? La ventana había sido obstáculo fácil de vencer y aquellos seis hombres no tenían aire de hallarse apercebidos para ataque alguno.

Tales pensamientos cruzaron como relámpago su mente durante el breve respiro que necesitó para recobrar el equilibrio y luego ya no tuvo tiempo de hacerse más preguntas.

Llevaba la pistola dispuesta en la mano. Dos de sus contrincantes sacaron las suyas, pero no con suficiente rapidez, pues murieron acribillados de los balazos que disparó el Santo. No pudo seguir disparando; la pistola se le encalló, y así los otros cuatro se le echaron encima.

Pero fue el Santo quien atacó primero, y nunca lo había hecho con tal odio homicida, porque el grito de arriba no se había repetido y esto sólo podía significar que habían amordazado a Patricia. El pensamiento de que ella luchaba arriba, sola contra dos malvados y la posibilidad de que tuviera que continuar luchando, a no ser que él venciese todos los obstáculos abajo, redobló sus fuerzas... Cuando cayó el primer hombre se asomó a sus labios una sonrisa débil, y cuando miró la inútil pistola, oyó que alguien reía y se dio cuenta de que era él mismo quien lo hacía.

Luego surgió «Ana» de la vaina y voló por la habitación como rayo de luz viva para hundirse profunda en la garganta del tercer enemigo.

Si el Santo hubiese dado en pensar, seguramente no se hubiese desprendido de la navaja, porque así sólo podía servirle una vez, mientras que en la mano hubiese podido manejarla tantas veces como fuese necesario. Pero no dio en pensar. Sólo tenía una idea, clara y brillante, que dominaba el vaho rojo que le nublabla la vista y ésta era la de causar el mayor daño posible en las filas de sus enemigos en el menor tiempo hábil.

Y el primer hombre que cogió con las manos desnudas lo catapultó contra la pared con un golpe de la izquierda tan formidable que parecía llevar en sí la endiablada fuerza de un martinete hidráulico, un golpe que rompió dientes y mandíbula como si fuesen de cristal.

Entonces el Santo volvió a reír..., pero esta vez a sabiendas. La primera reacción del ciego furor, el primer sabor de sangre, aquella primitiva y feroz satisfacción que se siente al contundente contacto con la carne y los huesos, había despejado la nube roja ante los ojos, aquietándole también los nervios.

—Vengan, vengan —dijo sin aliento, pero riendo con desprecio y mirándoles con aquellos sus ojos fríos—. ¡Vamos, vengan!

Los dos que quedaban se echaron encima de él.

Llegaron al mismo tiempo, pero Simón, saltando velozmente al lado, les obligó a volverse de lado. El hombre que entonces quedaba más cerca de él arremetió con terrible puñetazo la cara sonriente del Santo, pero éste esquivó el golpe con un rápido movimiento de la cabeza y el puño sólo le pasó rozando la oreja. Luego, con una risita de triunfo, Simón se puso de punta, se echó atrás y avanzó el brazo derecho dándole un *upper-cut* con tamaña fuerza que el hombre se cayó al suelo como herido por un martillo.

Luego se volvió para enfrentarse con el último de los seis, pero en aquel instante abrióse la puerta con violencia y entró otro enemigo, uno de los dos que había subido al cuarto de Patricia. Con él, el Santo se vio de nuevo frente a dos enemigos.

Así era en teoría, pero en realidad aquel esfuerzo dio nueva vida al Santo, porque aquel hombre vino de hacer callar a Patricia; había puesto sus puercas manos sobre ella... Contra él y el otro, que aún debía de estar arriba, tenía el Santo rencor personal...

Al verle venir, los ojos fríos del Santo brillaron con odio renovado.

—Pero ¿dónde has estado, amigo mío? —exclamó con riente sarcasmo—. ¿Por qué no has bajado antes? Tantas ganas que tengo de estropearte ese físico de mamarracho...

Se aproximó a los dos, el cuerpo ligeramente inclinado había delante, yendo de puntas, con los puños cerrados. Y con certero golpe le asestó un izquierdazo, digno de un campeón y que sólo éste hubiese podido eludir; le rompió limpiamente la nariz, porque el Santo sólo quería hacerle suficiente daño para aturdirlo..., antes de acabar la tarea a fondo.

Hubiera ganado la lucha de acuerdo con su plan, a partir de aquel momento. Ágil, fuerte como un toro, veloz como un florete bien manejado, aleccionado en la escuela más ruda del boxeo desde el primer día en que aprendió a alzar las manos y siempre perfectamente entrenado, el Santo jamás hubiese vacilado en luchar con dos hombres como aquéllos. Además, aquella noche su valor se había centuplicado, porque en la lucha le iba su amada.

Pero se había olvidado de la herida.

El enemigo que estaba más cerca de él le dirigió un golpe loco con la derecha..., una especie de puñetazo que cualquier boxeador entrenado y sereno hubiese encajado con supremo desprecio. Y con desprecio, casi sin fijarse y ciertamente sin pensar en el movimiento, lo encajó Simón, como de costumbre, con el hombro izquierdo.

El golpe no hubiese significado nada para un hombre sano, pero el Santo se había olvidado de que aquel hombro no lo estaba. Al encajarlo, sintió un

dolor horrible que le abatió de tal modo que durante breves momentos no vio nada y en aquella fugaz ceguera recibió otro golpe fortísimo en la mandíbula del puño del hombre de la nariz rota.

Simón se tambaleó, retrocedió y se apoyó, momentáneamente deshecho, en la pared.

Por algún motivo, tal vez porque los dos a la vez no podían acercarse a él, sus enemigos se detuvieron en lugar de arremeter en seguida contra él para acabar de una vez. Y durante aquel respiro el Santo hizo titánicos esfuerzos para recuperar el dominio sobre su cuerpo maltrecho y el cerebro que no quería obedecerle.

De pronto se dio cuenta de lo exhausto que estaba a causa de la pérdida de sangre. La agitación y el furor de la lucha le habían engañado acerca de sus fuerzas, pero ahora comprendió lo mal que estaba al ver con qué desesperante lentitud iba recobrando de un simple golpe en la mandíbula. Además, el golpe encajado con el hombro había abierto de nuevo la herida, porque sentía su cálida corriente por la espalda. Sólo le quedaba la voluntad, la decisión, brillante y clara en la paralizante oscuridad del dolor, como la terrible fuerza del gigante acorralado, luchando como no había luchado antes.

Y a través de la niebla que le atenazaba los sentidos percibió lo que desde el primer momento temió... el ruido de un coche que se detiene ante la casa.

Marius había llegado.

En la mente del Santo surgió como llama luminosa el recuerdo de aquellas palabras gloriosas que antes pronunciara: «Que vengan todos...».

Y tal vez ese recuerdo, tal vez otra cosa cualquiera, acaso su indomitable fuerza de luchador, rompieron las leves cadenas del mareo angustioso que le tenían aprisionadas y de nuevo sintió volver la vida a sus entumecidos miembros.

Cuando los dos enemigos iban a precipitarse sobre él para terminar la lucha, el Santo alzó una mano con tan elocuente gesto que no podía ser desatendido.

—Vuestro jefe está allí —dijo Simón—. Acaso valdrá más que esperen hasta que me haya visto.

Los dos se detuvieron, para escuchar, porque, para igualar la sensibilidad del Santo, hubiesen necesitado tener muy fino el oído, y para Simón aquellos breves segundos de alivio eran de capital importancia.

Con silenciosa oración recogió las últimas fuerzas para una jugada desesperada. Luego se separó de la pared como piedra arrojada por una honda y pasó velozmente por entre los dos.

Sus enemigos se dieron cuenta demasiado tarde, cuando ya había alcanzado la puerta.

En la escalera dobló la ventaja que había ganado.

En el descansillo de arriba se vio frente a un corredor, con puertas a ambos lados. Y la suerte le ahorró la búsqueda, porque en aquel mismo momento el octavo enemigo se asomó a una de aquéllas.

Este hombre, al ver al Santo, trató de volver a cerrar la puerta, pero procedió con lentitud. Simón se echó sobre la puerta como un tigre y su enemigo recibió tal golpe que cayó cuan largo era en la habitación. El Santo le siguió, cerró la puerta y giró la llave.

Una mirada en derredor suyo le bastó para ver que el octavo enemigo se levantó del suelo con una mezcla de furor y miedo en los ojos, y que Patricia estaba maniatada sobre la cama.

Luego, cuando los de afuera se echaron sobre la puerta, el Santo se movió como un torbellino y con increíble rapidez y fuerza arrancó una pesada cómoda de la pared y trató de arrimarla a la puerta.

Cuando le faltó aún cosa de un metro, el octavo enemigo ya se había levantado y trató de impedirle el paso navaja en mano.

El Santo le agarró por la muñeca, la retorció y el hombre dejó caer el arma dando un grito de dolor.

Tratábase de un hombre de bastante fuerza, pero nada podía contra la desesperación del Santo. Este le cogió por la cintura y lo tiró contra la puerta, dejándolo por el momento sin respiración. Y antes de que volviese a alentar, el Santo lo dejó clavado allí donde estaba con el gran peso de la cómoda. Acto seguido, colocó encima de ésta un pesado armario y así aquel hombre se vio aprisionado entre la puerta y la barricada como insecto clavado sobre una tabla.

El Santo percibió las maldiciones y juramentos de los bandidos que trataban de forzar la puerta, y se echó a reír, bendiciendo al mismo tiempo la fortaleza y antigüedad de la casa. Aquella puerta era de roble macizo, bien encajada en fortísimos goznes. Pasaría mucho tiempo hasta que los de fuera pudiesen forzarla. Aunque eso acaso sólo haría retrasar el inevitable fin...

Pero el Santo no pensaba en tal cosa. Ahora sabía reír a su manera suave y santesca, a pesar del dolor y del cansancio que sentía. Porque se hallaba de nuevo al lado de su Patricia y ningún daño podría sobrevenir a ésta, mientras él tuviese fuerza para mover el brazo derecho. Además, quería que ella le oyese reír.

Así riendo, recogió del suelo la navaja que se había visto obligado a dejar caer aquel hombre. No podía compararse esta navaja con «Ana», pero de todos modos le serviría para muchas cosas. Con ella cortó rápida y diestramente las cuerdas que sujetaban a Patricia.

—Oh, Simón, querido...

Otra vez su voz y siempre aquella firme fe y gran coraje que tanto le atraía... Y cuando el último trozo de cuerda cayó y ella estaba por fin libre, Simón la cogió en sus brazos como si fuera una niña.

—Oh, Pat querida, ¿te han hecho daño?

Ella hizo un ademán negativo.

—Si hubiese llegado tarde —respondió Simón—, abajo habría ahora más muertos aún de los que hay y aún me parecerían pocos. Pero estoy aquí.

—Estás herido, Simón; ¿qué tienes?

Simón lo sabía; se daba cuenta de que en la hora de la necesidad resultaba esta vez un triste campeón. Era preciso que ella no se enterase, cuando menos, mientras quedaba la última chispa de esperanza, mientras él podía aún continuar la lucha... Así rió de nuevo, con tal muestra de alegría y despreocupación que Patricia le creyó.

—No es nada, querida Pat. Considerando el daño que les he hecho, me parece que salgo ganando el dos mil por ciento de provecho. Y éste se va a convertir aún en ganancia mucho mayor antes de que me acueste.

SIMÓN TEMPLAR SUFRE UN ASEDIO Y PATRICIA HOLM PIDE SOCORRO

Simón retuvo a Patricia breves instantes sobre el pecho, momento delicioso en que halló la recompensa por todas sus luchas; luego la soltó suavemente.

—Espera un poco, Pat —murmuró—, porque voy a reforzar la barricada.

La habitación era afortunadamente estrecha y contenía más muebles de lo que le correspondía por su tamaño. Arrimando la cama, el lavabo y otra cómoda, pudo ampliar la defensa de pared a pared frente a la puerta, de tal modo, que sólo con un ariete podría ser abierta. Por otra parte, no era posible extender la barricada hacia arriba para cubrir toda la alzada de la puerta. El Santo pudo colocar el armario de lado sobre la cómoda, pero, aunque hubiese gozado de plena salud, solo no hubiera podido alzar mueble alguno sobre el armario para cubrir toda la puerta. Y si los de fuera acudían con hachas...

No obstante, aquella era una perspectiva muy negra y de nada servía preocuparse a causa de ella.

—Cuando menos, tendrán algo de qué ocuparse —dijo, mirando la obra.

Mientras hablaba, parecía escuchar y aún seguía atento al terminar de hablar.

El ruido afuera se había acabado y se percibió una voz clara y potente sobre el murmullo de los hombres que quedaban.

Simón no podía comprender lo que decía aquella voz, pero no le cabía duda acerca de la persona que hablaba. Nadie podía confundir aquella voz arrogante e imperiosa.

—¡Hola, Marius! —exclamó el Santo, con gran desfachatez.

En seguida Marius habló en inglés:

—Yo de usted me mantendría alejado de la puerta, Templar —contestó suavemente—. Voy a romper la cerradura a tiros.

El Santo rió entre dientes.

—¿A mí qué más me da? —contestó—. Pero creo que le conviene saber que uno de sus valientes muchachos está aprisionado entre la puerta y mi barricada. Precisamente está sobre la cerradura y no puedo sacarlo sin estropear mi fortaleza.

—¡Peor para él! —dijo Marius cruelmente, y el hombre aludido dio un grito horrible.

El Santo llevó a Patricia a un rincón y la cubrió con su cuerpo, cuando Marius disparó. Pero mirando por encima del hombro vio la mortal angustia de la víctima antes de morir en un espasmo de agonía. Los nervios del Santo eran de acero, pero la inhumana crueldad de aquel asesinato le dio escalofrío.

—Pobre diablo —murmuró.

Afuera, Marius dio una orden y el asalto se renovó.

Simón se dirigió a la ventana, pero le bastó una mirada para cerciorarse de que las barras estaban demasiado bien colocadas para que un hombre sin herramienta alguna pudiese romper o arrancarlas. No había nada en la habitación que pudiera servirle de palanca, excepto tal vez la pata de la cama, pero, para obtenerla, era preciso deshacer la barricada.

La trampa era, por tanto completa.

Y desde fuera no podían esperar ayuda, a no ser que Rogelio... Pero el mero hecho de que Marius estuviera allí, ¿no era señal de que no se podía contar con Rogelio?

—¿Cómo has podido llegar a esta casa, Simón? —preguntó Patricia.

Simón le contó lo que había sucedido, pero pensando al mismo tiempo en otras cosas. Tal vez porque dividió la atención entre varios asuntos, olvidó que, dada la gran inteligencia de Patricia, ésta no tardaría en llegar a la deducción lógica. Por eso se sorprendió cuando ella exclamó de pronto:

—Pero si tú dejaste a Rogelio con Marius...

El Santo la miró y asintió con tristeza.

—Tienes razón —añadió—. El amigo Rogelio ha fallado y seguramente se hallará en una situación comprometida. Sin embargo, tiene el don de arreglárselas para salir de los apuros... A no ser que haya intervenido Teal...

—¿Por qué Teal?

Simón se dio cuenta de que, desde que la viera la última vez, habían pasado tantas horas que ella ignoraba casi todo. Le contó, pues, el caso desde el principio, la aventura y el rapto de Esher, y el viaje a Maidenhead. Sólo entonces comprendió Patricia toda la importancia del asunto, como también por qué la habían raptado a ella.

Contó Simón el caso en tono tan superficial y casi bromeando, como si no se tratara sino de un accidente trivial, lo que en realidad había llegado a ser para él, porque ya no podía ver el bosque de tantos árboles.

—De manera que —concluyó— te harás cargo de que Marius no está para bromas esta noche y por qué hay tanto movimiento esta noche en Bures.

Al hablar miró involuntariamente a la inanimada figura que yacía sobre la cómoda, testimonio silencioso de la veracidad de su afirmación, y la muchacha siguió su mirada.

Luego Simón encontró la mirada de Patricia y se encogió de hombros.

La obligó a sentarse y se sentó a su lado. Después le ofreció un cigarrillo y él fumó otro.

—De nada nos sirve preocuparnos —dijo en tono superficial—. Ese ahí ha tenido mala suerte, pero fuera de eso, nosotros hemos de considerarlo desde nuestro punto de vista: es un enemigo menos. Alegrémonos, pues... Y mientras, cuéntame cómo te has metido en este lío del que te estoy rescatando con tanto peligro.

—Fue cosa sencilla. Bien sabes que no podía suponer nada semejante. Si me hubieses dicho algo más cuando me llamaste por teléfono... En fin, caí como una niña. El tren estaba casi vacío. Viajaba en un departamento completamente sola. Creo que estábamos cerca de Reading cuando se acercó un hombre y me pidió fuego. Le di un fósforo y él me ofreció un cigarrillo... Ya sé que fui tonta de aceptarlo, pero aquel hombre no tenía nada de sospechoso y no había, además, motivo alguno para recelar nada...

—Sí, hasta que despertaste en un automóvil, ¿no?

—Así fue... Me encontré atada de pies y manos y la cabeza metida en un saco... El viaje en automóvil fue largo. Luego me metieron aquí. Cuando tiraste la piedra contra la ventana sólo hacía una hora que habíamos llegado... ¡Oh, Simón, qué alegría sentí al saber que tú estabas allí!

El Santo la estrechó cariñosamente.

—Yo también me alegro, querida Pat.

Miraba a la puerta. La fuerza de la barricada quedó comprobada, porque los de afuera cejaron en el ataque. Luego Templar oyó a Marius dar otra orden.

Durante un rato sólo se percibió el murmullo de su conversación, que se terminó al sonar los pasos de alguien por el pasillo. Simón Templar retuvo el aliento; adivinaba que iban a convertirse en realidad sus peores temores.

Un instante después, los hechos se lo confirmaron. Empezaron a dar golpes contra la puerta que eran de índole distinta de los de antes.

—¿Qué hacen? —preguntó Patricia.

—Han traído un hacha —contestó el Santo sin darle importancia, pero interiormente no las tenía todas consigo, porque, por los golpes, adivinó que empleaban un hacha grande y afilada, que daría pronto cuenta del entrapamiento de la puerta, a pesar de ser de roble fuerte y de diez centímetros de grosor.

Los golpes se repitieron sin cesar.

Pronto apareció por la parte interior el filo del hacha como delgado hilo de plata.

Era cuestión de minutos abrir un boquete por el cual podrían disparar desde fuera... Luego...

El Santo sabía que Patricia le miraba, por lo que hizo grandes esfuerzos para retrasar la pregunta que veía venir.

—¡Marius!

Hubo un breve silencio y luego contestó Marius.

—¿Va usted a decirme —dijo en tono despectivo—, que piensa ahorrarnos el trabajo de romper la puerta?

—¡Oh, no! Sólo quería saber cómo está usted.

—No tengo nada de qué quejarme, Templar. ¿Y usted?

—Cuando el cielo está gris —repuso el Santo— no me importa el gris del cielo... Usted lo pinta todo azul, amigo... A propósito, ¿cómo dejó usted a mi amigo?

Marius se rió antes de contestar.

—Aún está en su casa, a cargo de Hermann. ¿Recuerda a Hermann, el hombre al que usted dejó sin sentido?... Estoy seguro que Hermann le tratará con cariño... ¿Quiere saber algo más?

—Por el momento, nada más.

Marius habló en su idioma, y de nuevo resonaron los hachazos.

Patricia no quiso esquivar más el asunto. El Santo vio su mirada y se dio cuenta de que ella estaba al corriente del peligro, pero sin mostrar miedo.

Se quedaron mirándose en silencio y se estrecharon las manos con firmeza.

—Lo siento —dijo Simón en voz baja—. No puedes figurarte cuánto lo siento.

—Lo comprendo, Simón —repuso ella con voz firme—. Al fin y al cabo, tus dioses no te han olvidado. ¿No era éste el fin que siempre anhelabas?

—Es el más maravilloso de todos..., pero es el fin de verdad. Porque Rogelio era la única fuerza con que podía contar. Si no regresaba yo a determinada hora, había de acudir. La cosa está clara, él no puede venir...

—Lo sé.

—No permitiré que te cojan viva, Pat.

—¿Y a ti?

Simón se echó a reír.

—Trataré de llevarme a Marius por delante. Pero... Pat, vendería el alma por que tú estuvieses fuera de peligro. Este es un fin digno de mi vida, pero no es el tuyo...

—¿Por qué no? ¿No me ha de gustar asistirte en la lucha final?

Ella había apoyado las manos sobre los hombros de él y él le tenía cogida la cara; los dos se miraron con gran cariño.

—Querida Pat, yo no me quejo. No vivimos en una época magnífica, pero yo he hecho todo lo que he podido para vivir de acuerdo con mi ideal de guerrero feliz... Tú fuiste la que lo hizo posible. Tú la que me hizo buscar grandes ideales y luchar por ellos. Luchas y muerte repentina, sí..., pero en nombre de la paz, de la vida y del amor. Tú sabes cuánto te quiero, Pat...

Bien lo sabía ella y si hasta entonces ella no había tenido oportunidad de abrirle entero el corazón, se lo dio ahora en una intensa mirada y un beso apasionado.

—¿Hay algo más que pueda importar al lado de nuestro amor? —preguntó ella.

—No, pero... te he sacrificado. Si hubiese sido como otros... si no tuviese esta vena loca de buscar el peligro... si pensase más en ti y en el peligro que puedas correr tú...

Pat se sonrió.

—No te quisiera distinto. Hasta aquí nunca has dado excusas, ¿por qué darlas ahora?

Simón nada contestó. ¿Qué podía contestar ante tan gran generosidad?

Así siguieron callados, estrechamente abrazados, mientras los hachazos en la puerta continuaban sin interrupción, conmoviendo la madera bajo los golpes.

De pronto el Santo alzó la mirada y vio que ya habían practicado un agujero del tamaño de un puño, al ver lo cual se sintió invadido súbitamente de una fuerza extraña, a pesar de su debilidad y cansancio.

—Pero, cielos, esto no puede ser el final —exclamó—. Tú y yo tenemos aún mucho que hacer.

Se había puesto de pie.

No podía creer que aquello fuese el final. No estaba dispuesto aún a morir, aunque fuese al son de las trompetas y aureolado por la gloria. No quiso creer

que aquella fuese su última hora. Había dicho bien, aún tenían mucho que hacer. Allí quedaban Rogelio Conway, Norman Kent, y Vargan y Marius y la paz del mundo que pendía de estos dos. Y otras aventuras tras ellos. Otras cosas... Porque, en aquella aventura y en aquella hora, había tenido una visión más amplia de la vida, más amplia aún que la del ideal del guerrero feliz, más amplia también que la fiera delicia en la lucha y la posibilidad de una muerte repentina, algo así como el cumplimiento y la consumación de todas aquellas cosas..., ¿y cómo podía morir antes de perseguir ese nuevo ideal?

De nuevo miró a la puerta y vio los ojos de Marius por la abertura.

—Le aconsejó, Templar, que se rinda —dijo el gigante glacialmente—. Si se obstina, morirá acribillado a tiros.

—Sería una buena solución para usted, Enanito, ¿verdad? ¿Cómo encontraría luego a Vargan?

—Su amigo Conway hablará.

—¡Vaya esperanzas que tiene!

—Tengo mis medios de persuasión, Templar, y algunos de ellos son casi tan ingeniosos como los suyos. Además, ¿ha pensado usted en que muriendo, deja usted a la señorita Holm sin protector?

—Sí, he pensado en eso. También he pensado que mi rendición la dejaría en la misma posición en que está ahora. Pero ella tiene una navaja y no creo que pueda cogerla viva. Reflexione mejor, Enanito.

—Además —continuó Marius con voz igualmente desapasionada—, no hace falta que muera usted en seguida. Podríamos volver a herirle.

El Santo irguió la cabeza.

—No me rindo jamás.

—Muy bien —repuso Marius con calma.

Después dio una orden y otra vez sonaron los hachazos sobre la puerta. El Santo sabía que pensaban agrandar el agujero para que desde fuera fuese posible disparar a través de él y ver al mismo tiempo dónde tiraban. Sabía, pues, que el final no se haría de esperar.

No había sitio donde resguardarse en la habitación. Podrían pegarse a la pared junto a la puerta, Ahí desde fuera no les Verían, pero eso no impediría el peligro. Un reguero de tiros con una pistola automática a lo largo de la pared les alcanzaría tarde o temprano.

Y el Santo no tenía más arma que la navaja del muerto y ésta se la había dado a Patricia, como había dicho.

Todo estaba contra ellos.

Mientras observaba cómo volaban las astillas y se agrandaba el agujero por momentos, tuvo la loca ocurrencia de pensar que podría retar a Marius a un duelo entre los dos, pero al momento descartó la idea. Muchos hubieran sido los hombres que lo hubiesen aceptado, considerando la disparidad de fuerzas, además de no querer aparecer como cobardes y de tener que mantener el prestigio entre los suyos. Pero Marius estaba por encima de todo; tenía motivos muy distintos para luchar; sólo perseguía sus fines egoístas. El hombre que había disparado fríamente sobre uno de los de su banda, sin protesta por parte de ésta, no se emocionaría ante ningún argumento que el Santo podría esgrimir contra él.

Entonces..., ¿qué podría hacer?

El Santo, abrazando a Patricia, se devanó los sesos en busca de una solución. Se daba cuenta de que perdía rápidamente las fuerzas. El esfuerzo heroico que le costó llegar a aquella habitación y el construir la barricada, le había rendido y a pesar de su enorme voluntad no podía continuar por mucho tiempo aparentando una fortaleza que no tenía. Era como una máscara transparente de rutilante cristal, duro, pero quebradizo, y tras ella veía que los fundamentos en que se basaba iban quebrándose.

Era cuestión, como en otras situaciones comprometidas, de ganar tiempo. Y era también todo lo contrario. Lo que había que hacer para ganar tiempo, era preciso hacerlo pronto... antes de que aquella última llama de vitalidad se apagase dejándole desamparado.

El Santo se pasó la mano por los ojos y se sintió extremadamente atontado. Hubiera querido hallarse en pleno uso de sus fuerzas, no haber sufrido aquella pérdida de sangre a causa de la herida, no sentir aquel entumecimiento doloroso en el hombro, ni el atontamiento en el cerebro, para poder ser de alguna utilidad a Patricia.

—¡Dios mío! —murmuró desesperado—, ¡dame fuerza, ayúdame!

Pero no podía ver aún lo que convenía hacer. Desesperado ya, se apartó de Patricia y saltó sobre la barricada para cubrir el agujero con su cuerpo. Marius le vio en seguida.

—¿Qué sucede ahora, Templar?

—Nada, amigo —contestó el Santo riendo sin aliento—. Sólo me he colocado aquí y me propongo no moverme para que cualquier disparo me hiera fatalmente. Sé muy bien que usted no quiere que muera aún. Así les tendré ocupado algún tiempo más, ¿verdad? Tendrán que agrandar el agujero para lograr el fin que se proponen...

—Lo que hace usted es una tontería que no le servirá de nada —contestó Marius sin emoción alguna, añadiendo después una orden.

El hombre del hacha continuó su labor.

Pero el trabajo requería más tiempo, que era todo lo que el Santo pedía. Mientras había vida, había esperanza. Podía hacerse el milagro..., acaso...

Patricia se aproximó.

—¿Para qué sirve eso, Simón?

—Veremos, querida. Lo que importa es hacer algo y no resignarse nunca.

Patricia quiso apartarle a la fuerza, pero Simón se resistió. De pronto ella se apartó y se fue hacia la ventana. El Santo la vio sorprendido, que abría la ventana y miraba a la noche.

—¡Socorro!

—¡No hagas eso! —gritó el Santo con voz amarga—. ¿Quieres darles la satisfacción de que nos oigan gimotear?

Lo olvidó todo, menos aquel punto de honor y dejó el sitio que había ocupado junto a la puerta. Con pasos rápidos alcanzó a Patricia y la asió para apartarla de la ventana.

Pero ella pudo dar de nuevo el grito de socorro.

—¡Cállate! —ordenó el Santo.

Pero cuando la obligó a dar la vuelta, vio que el rostro de ella era sereno y tranquilo, no revelando ni trazas de la emoción que corresponde al grito desesperado de socorro.

—Has rogado a Dios que te ayude, Simón —le dijo Patricia—, ¿por qué pues no he de llamar también a los hombres que han venido?

Al mismo tiempo señaló afuera.

El Santo se asomó y vio que la verja del jardín y el camino estaban iluminados por los faros de un automóvil que se había detenido afuera. A no ser por los hachazos en la puerta, seguramente se hubiese dado cuenta de su llegada.

Y luego en aquel camino de luz penetró un hombre alto y fornido, que formando bocina con las manos gritó:

—Ya vamos Pat... ¡Hola, Simón!

—¡Norman! —exclamó el Santo con voz estentórea—. Norman... ¡salvados!

Luego recordó la gente armada que había dentro de la casa y volvió a hablar:

—Ten cuidado... Aquí hay gente armada...

—También lo estamos nosotros —contestó Norman con muestras de alegría—. El inspector Teal con sus agentes tiene rodeada la casa. Los tenemos bien cogidos.

El Santo se quedó perplejo al oírle.

—¿Has dicho el inspector Teal?

—Sí, él mismo con sus hombres —contestó Norman. Después añadió algo más, siguiendo una inspiración. Sabía que los bandidos eran todos extranjeros, que hasta Marius, con su inglés demasiado perfecto, lo era, y nadie excepto el Santo y Patricia podrían comprender las finezas abstrusas del idioma inglés, y lo que añadió lo dijo sin cambiar el tono de voz, como la cosa más natural del mundo, dijo—: *All breadcrumbs and breambait. Don't bite!*^[1].

Entonces Simón advirtió el ardid.

Debió de hacer años desde que el grave Norman Kent cometiese tal irreverencia con el idioma de Shakespeare, pero el Santo le perdonó el lapso.

Rodeó a Patricia con el brazo; había visto luz en las tinieblas, el milagro se había realizado y la aventura continuaba.

—¡Estupendo! —pudo articular por fin, después de la sorpresa.

Y rápidamente llevó a Patricia al abrigo temporal de la barricada, alcanzándolo al tiempo que el primer tiro penetró por el agujero de la puerta y la bala salió por la ventana, perdiéndose en la noche.

ROGELIO CONWAY CONDUCE EL «HIRONDEL» Y NORMAN KENT ECHA UNA MIRADA ATRÁS

Una segunda bala pasó rozando la oreja del Santo y se incrustó en la pared a su espalda, pero en seguida cesó el fuego. Desde fuera se oyeron los disparos de otras armas. Simón oyó a Marius dar órdenes en su idioma y luego percibió pasos que se alejaban rápidamente. Levantó la cabeza y miró por el agujero, sin ver ya persona alguna.

—Quieren romper el cerco que no existe —pensó y así fue en efecto.

Rápidamente empezó a deshacer la barricada, ayudándole Patricia.

Luego se marcharon los dos corriendo por el pasillo y se detuvieron en lo alto de la escalera. Al ver que abajo no había nadie, Simón comenzó a bajar, seguido de la muchacha. Sin detenerse en pensar a dónde iba, se metió en la primera habitación que encontró, que resultó ser la misma en que luchó con los bandidos. La ventana que atravesara de un salto, estaba abierta y por ella percibió el tiroteo de afuera.

Sin detenerse en la marcha recogió del suelo un revólver y saltó por la ventana.

En el jardín, ya pudo ver un coche en el camino en el que entraban muchos hombres, y un momento después el automóvil se puso en marcha.

El Santo sonrió; era la primera sonrisa espontánea de aquella noche. Había algo irresistiblemente encantador en aquel espectáculo: unos hombres tratando bravamente de hacer una salida de una casa sitiada... aparentemente. Pero ellos no podían saberlo y Marius tomó el único camino posible en aquellas circunstancias. No podía confiar en resistir un asedio por parte de la policía; en cambio, en una salida era más fácil tener éxito. Era aventurada, pero era la única posibilidad que tenía para salir del supuesto asedio. Lo cierto era que los amigos del Santo habían logrado causar con sus disparos continuos la impresión de que la casa se hallaba efectivamente asediada por

gran número de personas. Simón se dijo que sus amigos no habían ahorrado ni esfuerzos ni municiones para producirlo; y que debieron de ir corriendo de un lado a otro para hacer ver que en todas partes del jardín había agentes puestos para impedir el paso a los bandidos.

El automóvil con los enemigos que huían se alejó velozmente. Simón alzó el arma y disparó varias veces, mas sin saber si logró hacer blanco.

De pronto advirtió en el costado el apoyo de otra arma, y se volvió.

—Déjalo estar —dijo el Santo—, déjalo estar, Rogelio, viejo amigo.

Los dos se estrecharon efusivamente la mano.

Luego surgió Norman de entre las sombras.

—¿Dónde está Patricia?

Esta salió detrás del Santo.

Norman Kent la levantó del suelo y la besó descaradamente. Luego dio un golpe al Santo en el hombro.

—¿Vamos tras ellos? —preguntó animado.

El Santo movió la cabeza.

—Ahora, no. ¿Está Horacio con vosotros?

—No. Sólo Rogelio y yo..., la antigua razón social.

—De todos modos, es preciso volver a Maidenhead. No podemos aventurarnos a perder la ventaja que tenemos, ni exponernos a que nos cojan de nuevo. Porque dentro de poco, los habitantes del pueblo van a invadir este lugar, creyendo que ya ha estallado la próxima guerra. Vamos a tomar las de Villadiego mientras estamos a tiempo.

—¿Qué tienes en la americana? ¿Sangre?

—No es nada.

Y sin dar explicaciones, echó a andar hacia el «Hirondel», aunque con cierta lentitud. Rogelio se colocó a su lado. De pronto el Santo se tambaleó un poco y se asió al brazo de su amigo.

—Perdona... no sé lo que me ha pasado...

—¿No será mejor examinar eso?

—¡Ahora nos vamos! —repuso el Santo con decisión tal como nunca había empleado con su amigo Rogelio Conway.

La fuerza, el vigor sobrenatural que hasta entonces le había sostenido, le abandonó cuando ya no los necesitaba. Pero de todos modos, el Santo sentía una profunda y absurda satisfacción.

Rogelio se puso al volante, porque Norman le dejó llevar el coche que acababa de recuperar. Así Rogelio, a cuyo lado se sentó Templar, pudo explicar a éste lo que había sucedido.

—Norman nos trajo aquí. Siempre creí que en cuanto a conducir, tú dabas quince y raya a todos, pero no hay mucho que en ese sentido podrías enseñar a Norman.

—¿Qué coche lleváis?

—Un «Lancia». En Maidenhead no encontré nada y desesperado ya, se fue a una tienda, despertó al dueño y compró un coche.

—Cuéntame las cosas desde el principio —dijo el Santo—. ¿Qué te pasó a ti?

—Pues me descuidé. El gordo me distrajo y el Enano me tumbó de un puntapié en la espalda. El flaco acabó la tarea con venganza. Marius se puso a telefonar, pero no pudo comunicar con Bures. Dio instrucciones al número Westminster noventa y nueve, noventa y nueve...

—Sufrí las consecuencias. Me encontré con cuatro.

—Luego Marius se fue con el gordo, dejando a Hermann allí. Antes de eso, había yo llamado a Norman y éste me dijo que tal vez vendría. Cuando sonó el timbre de la puerta, gritó para advertirle el peligro, por lo que recibí otro golpe. Pero no fue Norman, sino Teal el que llegó. Teal se apoderó de Hermann y le puso las esposas. Le conté a Teal parte del asunto. No se me ocurrió otra cosa. Lo hice para retrasar el momento de salir de tu casa y también para ayudarte. Le dije a Teal que comunicase con la policía de Braintree. ¿No trataron de detenerte?

—Sí, pero no les hice caso.

—Luego llegó Norman. Engañó estupendamente a Teal y lo tumbó después con una de las armas raras que tienes allí. Dejamos a Teal y a Hermann bien atados...

El Santo le interrumpió.

—Un momento —dijo—. ¿Has dicho que llamaste a Norman?

—Sí —repuso Conway—. Creí que...

—¿Estaba Marius allí?

—Sí.

—¿Te oyó dar el número?

—¿Cómo iba a evitarlo? Pero...

El Santo se recostó en el asiento.

—No me digas —repuso—, que ya sabemos que la Central no puede dar nombre ni dirección de los abonados; no me digas que Hermann, que está ahora con Teal, no recordará el número. Pero... ¿quién no recordaría la palabra Maidenhead?

Rogelio se llevó una mano a la boca.

Acababa de darse cuenta en aquel momento de la solemne tontería que había hecho, revelando estúpidamente el paradero de Vargan, y la idea le sobrecogió.

—¡Qué idiota he sido! No sirvo para nada...

Simón le puso la mano sobre el brazo y se echó a reír.

—No te preocupes, chico. Ya sé que no se te ocurrió. Has hecho todo lo que has podido y, además, no podías saber que la cosa tendría importancia. Como tampoco podías adivinar que Marius se fugaría o que llegase Teal...

—Siempre eres igual, Santo; siempre buscando excusar a tus amigos. Pero en este caso no hay perdón...

El Santo le apretó el brazo.

—No seas tonto —le dijo—, y no te preocupes de cosas que no tienen remedio. Aún tenemos muchas horas delante y eso es todo lo que importa.

Conway guardó silencio y el «Hirondel» continuó la marcha sin interrupción a través de la noche.

Simón volvió a recostarse en el asiento y se encendió un cigarrillo. Parecía dormido, pero no lo estaba, sólo se tomaba el descanso que tanta falta le hizo. Nadie sabría nunca la enorme fuerza de voluntad que necesitó para resistir la aventura de aquella noche. Pero a nadie se lo diría, excepto a Rogelio, que vio cómo le flaquearon las fuerzas. No quería que lo supiese Patricia, porque ésta hubiese insistido en demorar el viaje, cosa que él no podía permitir en modo alguno.

Con gran precaución exploró el estado de la herida, cuidando de que desde atrás no vieses sus movimientos. Afortunadamente la bala había pasado limpiamente y no era de temer complicaciones. Al día siguiente, dadas su excelente encarnadura y buena salud, sólo tendría el hombro un poco dolorido y entumecido. El único peligro real eran las posibles consecuencias de haber perdido tanta sangre, pero aun así tenía confianza de resistir la pérdida sin daño alguno.

Así permaneció con los ojos cerrados, cómodamente sentado, el cigarrillo entre los dedos apagándose, pensando en la torpeza cometida por Rogelio.

Marius, estando como estaba en libertad no perdería mucho tiempo en volver a la carga. Y Maidenhead no era un sitio tan grande, ni las casas tan numerosas para que no le fuera en cierto modo fácil encontrarles, dados los medios de que disponía. A la mañana siguiente Marius se pondría a trabajar con doble desesperación, puesto que se figuraba que también tenía en contra a la policía. Por la mañana quedaría también en libertad el señor Teal y en seguida trataría de arrancar una confesión a Hermann. ¿Cuánto tiempo

resistiría éste a la tortura policíaca? No podría hacerlo indefinidamente. En determinadas circunstancias las fuerzas directrices de la policía podrían cerrar un ojo ante ciertos métodos de persuasión que, de otro modo, no se tolerarían. Y una vez que Teal tuviese también el número del teléfono de Maidenhead...

Eso podría ocurrir tal vez a la tarde siguiente, a cuya hora Marius, con buena ventaja para compensar la carencia de facilidades oficiales, también estaría sobre la pista.

El Santo no era tonto. Sabía que el Departamento de Investigación Criminal de Londres, excepto en las novelas detectivescas con detectives aficionados, con violines y gusto para filosofías exóticas, no estaba totalmente compuesto de cabezas vacías. En algunos departamentos de Scotland Yard, admitía el Santo, había cerebros de valía. Claudio Eustacio Teal, por ejemplo. Y Teal, aunque un poco espectacular, era un verdadero sabueso cuando se presentaba la ocasión. Además, podría darse el caso de que Teal tuviese datos más concretos para su búsqueda que sólo un nombre y una dirección, aunque al Santo no se le ocurrió ninguno en aquel momento.

Marius también era enemigo de peligro.

Considerándolo todo bien, se podía presumir que Maidenhead llegaría a ser centro de cierta actividad a la caída de la tarde siguiente.

—Pero no vamos a preocuparnos de cosas que no tienen remedio —concluyó el Santo—. No vale la pena y todos lo decimos...

Pero Rogelio no lo decía así. Decía:

—Tendremos que salir volando mañana de Maidenhead, con o sin Vargan. ¿Tienes alguna idea de lo que podemos hacer?

—¿Una? ¡Diez! —contestó el Santo, alegremente. En cuanto a Vargan, a la tarde ya no habrá necesidad de preocuparse de él. En una forma u otra, habremos terminado con él... Y nosotros..., bien, ahí tenemos mi avioneta «Desouter» en Hanworth. Teal no tendrá tiempo de descubrir tan pronto su existencia y no creo que permita que se publique nada en los periódicos acerca de nosotros, mientras pueda arreglar el asunto sin necesidad de publicidad. Para el mundo en general seguiremos siendo ciudadanos respetables. A nadie en Hanworth le extrañará que yo diga que nos vamos a París por vía aérea. Otras veces lo he hecho. Y, una vez en pleno vuelo, ancha es la tierra para buscar el campo de aterrizaje que más nos convenga.

De nuevo volvió a permanecer silencioso, meditando en proyectos acerca del porvenir.

En el asiento posterior, Patricia había apoyado la cabeza en el hombro de Norman Kent. Estaba profundamente dormida.

Los primeros albos de la mañana despejaban las tinieblas de la noche cuando entraron en Londres por el Este. Rogelio guió el «Hirondel» a través de la gran urbe tan rápidamente como permitían las calles casi desiertas.

Se desvió hacia Embankment por la calle del Puente Nuevo y, de este modo, en su camino hacia Oeste pasaron por la plaza del Parlamento. Y fue allí donde Norman Kent tuvo una extraña sensación.

Hacía ya rato que percibió voces, tan suaves, que apenas se daba cuenta porque eran palabras con las que era tan familiar como con su propio nombre y que, sin embargo, no había oído en muchos años... En aquel momento, cuando el «Hirondel» pasó raudo al lado del Parlamento, se dio cuenta de las palabras que oía mentalmente y le parecía que cada vez era más fuerte la voz que las pronunciaba, como si procediese de un gran coro. La ilusión fue tan perfecta que Norman se volvió curioso hacia los chapiteles de Westminster antes de darse cuenta de que a aquella hora no podía haber servicio religioso.

“ «Para dar luz a los que se hallan en las tinieblas y en las sombras de la muerte, y de guiar nuestros pasos hacia el camino de la paz...».

Y cuando Norman Kent se volvió de nuevo, su mirada se posó en la gran estatua de Ricardo Corazón de León, frente al Parlamento. De pronto las voces se apagaron. Pero Norman Kent siguió mirando atrás y vio a Ricardo Corazón de León montando en su caballo, último héroe de su raza, enorme y valiente, contra el cielo pálido del amanecer, blandiendo en la derecha la gran espada. Y por motivos ignorados, Norman Kent se sintió de pronto muy solo y alejado de todos y, además, muy frío. Aunque esto muy bien podría ser consecuencia del frío de la madrugada.

VARGAN DA UNA CONTESTACIÓN Y SIMÓN TEMPLAR ESCRIBE UNA CARTA

Ya era pleno día cuando llegaron a Maidenhead.

Horacio no estaba acostado. Horacio nunca estaba acostado cuando se le necesitaba, por intempestiva que fuese la hora. Pero, si esto era debido a que nunca se acostaba o por una especie de clarividencia, siempre se levantaba a tiempo, era secreto suyo.

Sirvió a los cuatro una gran fuente de jamón y huevos y una enorme cafetera de café hirviente, como por arte de magia.

El Santo después empezó a dar órdenes.

—Dormiremos hasta la hora del almuerzo —dijo—. Lo que ganaremos en salud, recompensará con creces la pérdida de tiempo.

El Santo no podía sostenerse por más tiempo en pie.

—Hizo que Horacio le acompañase a su cuarto y le obligó a jurar que guardaría silencio, antes de dejarle examinar la herida. Horacio, al verla, empezó a renegar como un marinero.

Simón alzó la mano.

—No reniegues, Horacio. Yo no lo hice cuando la recibí. Y la señorita Patricia no sabe aún que estoy herido... Tú te cuidarás de ella y de mis amigos si me ocurre lo peor. Y si ves a Rostro Angelical le pegas un par de tiros en su fea cara, con mis recuerdos...

De pronto se cayó de la silla en que se había sentado, pero los fuertes brazos de Horacio le sostuvieron.

El criado le acostó luego como si se tratase de un niño.

Y, sin embargo, cinco horas más tarde el Santo estaba levantado y vestido antes que nadie. Estaba un poco pálido y su rostro parecía más enjuto que nunca, pero su paso era firme. Había dormido como un niño sano. Tenía la

cabeza tan despejada como clara la vista, y una buena ducha de agua fría le había vigorizado enormemente.

—Aprended de mí una lección —dijo al comerse el tercer huevo—. Si tuvieseis una constitución como la mía, vigorizada por mi pureza espiritual y sin la tara de la disipación y los vicios que os ha convertido a vosotros en los guiñapos que sois...

Así bromeando expresaba una gran verdad, porque su enorme fuerza de voluntad fue la que llevó a su espléndido cuerpo por el camino de una mejoría realmente milagrosa por lo rápida. Simón Templar no tenía tiempo que malgastar en pintorescas convalecencias.

Envió a Horacio a buscar los periódicos de la mañana y los leyó todos. Demasiado de lo que hubiera tenido que decirse quedaba inédito en ellos, pero aquí y allá descubrió una advertencia, un indicio y una confirmación, hasta que al acabar la lectura concibió a Europa llena de horribles presagios. Parecía que, para manifestarse más correctamente, era preciso que antes sucediera algo, tan vagas eran las noticias. El Santo sabía qué era ese algo que había de suceder antes, y por primera vez dudó de sí mismo desde que reunió a sus amigos para servir juntos a un quijótico ideal.

Sin embargo, los periódicos no hablaban para nada del asunto de Esher y el Santo sabía que el silencio sólo podía significar una cosa.

Hasta las tres de la tarde no tuvo ocasión de discutir de nuevo con Rogelio y Norman sobre Vargan, aunque fue necesario decirle a Patricia que Vargan estaba allí y por qué. A pesar de que la posible suerte del inventor se mencionó una vez delante de ella, el Santo impuso la orden de que no se volviese a hablar del asunto estando ella presente. De aquí que tuviera que aguardar la ocasión propicia para hablar a solas con sus amigos.

—No podemos retenerlo para siempre. Por una parte, me parece que nos vamos a pasar mucho tiempo corriendo de un lado para otro y no se puede correr bien con molestos equipajes. Claro está que podríamos hacerlo si encontrásemos un sitio solitario y nos aviniésemos a vivir de aquí en adelante como ermitaños. De todos modos, siempre quedaría el riesgo de que se escapase. Y eso no me divierte en lo más mínimo.

—Anoche hablé con Vargan —observó Kent sobriamente—. Creo que está loco. Es una especie de megalomanía la suya. Tiene la idea fija de que, con su invento, se hará famoso en todo el mundo. Está quejoso de nosotros porque, según dice, retrasamos sus negociaciones con el Gobierno, demorando así también que los periódicos hablen de él. Me dijo que, como parte del precio de revelar su secreto, había pedido una baronía.

El Santo recordó el almuerzo que tomó en compañía de Barney Malone, del *Clarion*, y la conversación, durante la cual se despertó su interés en Vargan; por ello aceptó en seguida el análisis de Norman.

—Yo mismo hablaré con él —dijo.

Así lo hizo poco después.

La tarde se había hecho bochornosa y le fue fácil hacer que Patricia se aviniese a tomar el fresco en el jardín leyendo.

—Representa tu famoso papel de cándida niña provinciana, Pat —le dijo Simón—. En esta época del año y con este tiempo, cualquiera que busque una casa sospechosa en Maidenhead y vea una que no se utilice del modo como las quintas de Maidenhead suelen usarse, recelará de ella como ratón del gato. Sólo te tenemos a ti para hacer ese papel, de modo que tienes que arreglártelas para dar tú sola color local a la casa. Y estate alerta. Fíjate sobre todo en un hombre gordo que masque chicles. Tenemos la intención de tirar sobre todos los hombres gordos que masquen chicles a primera vista, para estar seguros de que no se nos escape Teal.

Cuando Patricia se hubo alejado de la casa, también despidió a Rogelio y Norman. Quería hablar absolutamente solo con Vargan, sin testigo alguno, excepto Horacio, centinela estólido e inexpresivo, que se plantó junto al prisionero como sargento mayor que presenta a un castigado al oficial del día.

—¿Quiere fumar? —preguntó el Santo a Vargan.

Conocía la influencia de su personalidad y aún fiaba un poco en ella como última esperanza de conseguir lo que Norman Kent no pudo hacer.

Pero Vargan rechazó el cigarrillo. Estaba mustio y obstinado.

—¿Cuánto tiempo se propone usted continuar esta farsa? —preguntó—. Ya me ha retenido aquí tres días. ¿Por qué, se puede saber?

—Creí que mi amigo se la había explicado.

—Me ha estado diciendo la mar de tonterías...

Simón le obligó a callar con breve ademán. Templar estaba de pie y, a su lado, el profesor hacía una figura muy lamentable. El Santo se irguió aún más.

—Quiero hablarle muy en serio —le dijo—. Mi amigo ha apelado una vez a su entendimiento, ahora lo hago yo. Temo que va a ser la última vez que lo hagamos. Me dirijo a usted en nombre de lo que para usted es lo más sagrado. Me dirijo a usted en nombre de la humanidad, de la paz del mundo.

Vargan le miró despectivamente con sus ojos de miope.

—Todo eso no son más que impertinencias —replicó—. Ya conozco su proposición; jamás en mi vida he oído cosa tan ridícula. Esta es mi contestación.

—Entonces —dijo Simón glacialmente—, me permito decirle que en mi vida he visto actitud tan estúpida como la suya. ¿O es posible que sea usted tan sólo un necio o un niño grande que juega con fuego?

—Señor...

El Santo pareció crecer aún más. Había tal arrogancia y dominio en su actitud, que no se le podía contradecir, porque se parecía a la augusta majestad de un rey de la antigüedad. Sin embargo, su voz era aún más dulce y más razonable que antes.

—Profesor Vargan —dijo—, yo no le he traído aquí para insultarle para mi diversión. Le ruego trate de olvidar por un momento las circunstancias y me escuche como de igual a igual. Usted ha perfeccionado la invención más horrible con la que la ciencia ha torturado hasta ahora a un mundo asustado ante la bestialidad de guerra científica. Es su intención entregar ese invento a manos que no vacilarían emplearlo. ¿Puede usted justificar tal paso?

—La ciencia no necesita justificación.

—En Francia están enterrados millones de hombres que hubiera podido vivir ahora. Murieron en una guerra, Si esa guerra se hubiese hecho antes de que la ciencia se dedicó a perfeccionar los métodos de matanza, sólo hubiese habido millares en vez de millones de muertos. Y, cuando menos, hubiesen muerto como hombres. ¿Es que la ciencia no necesita justificación alguna por la destrucción de aquellas vidas?

—¿Cree usted que puede evitar las guerras?

—No. Sé que eso es imposible. Pero no tratábamos de eso. Escúcheme bien. En Inglaterra existen hoy millares de hombres ciegos, lisiados, maltrechos para toda la vida, que hubiesen podido gozar de buena salud. Otros tantos hay en Francia, Bélgica, Alemania, Austria. El cuerpo que nos dio Dios, esa máquina maravillosamente perfecta, ha sido destruida, rota, por esa ciencia de usted, que lo ha transformado a veces en cosas tan horripilantes que los demás hombres se estremecen al verlo. ¿No necesita la ciencia justificar esto?

—Eso a mí nada me importa.

—Pero usted quiere empeorarlo aún más.

El Santo hizo una pausa, para continuar a poco con voz apasionada de profeta que clama en el desierto:

—Una ciencia hay que es buena y otra que es perniciosa. La de usted es ciencia infame, y todas las bendiciones que la buena ciencia ha procurado a la Humanidad, no justifica la maldad de la suya. Ya que la Humanidad quiere la ciencia, que sea para fines buenos y nobles. Que sea una ciencia con la que

los hombres continúen siendo seres humanos, aunque maten y mueran. Si es preciso que haya guerra, que ésta sea santa. Que los hombres luchen con armas de hombres y no con armas del diablo. Que luchen y mueran como antes, como campeones y héroes, pero no como bestias en el matadero, como ocurrió en la última guerra.

—Es usted un idealista absurdo...

—En efecto, lo soy. Pero estoy firmemente convencido de que eso que acabo de decirle se realizará un día. Porque si no se realizara, el mundo será aniquilado por completo... Estoy convencido de que mi ideal será un día una realidad. Creo que, por la gracia de Dios, la Humanidad despertará y volverá a ser humana y que el color y la risa y la verdadera vida volverá a la actual civilización, cuyo color es gris. Pero eso sólo será así, porque unos pocos hombres creen en ese ideal y luchan por él y contra todos los que lo desprecian...

—Y, ¿usted es el último héroe..., luchando contra mí?

Simón movió la cabeza.

—No soy el último héroe —dijo—. Tal vez no soy siquiera héroe. Me llamo a mí mismo soldado de la vida... He pecado tanto como cualquiera y acaso más que la mayoría. Me han perseguido como criminal. Ahora mismo me buscan. Pero todo lo que he hecho ha sido por la gloria de un ideal invisible. Nunca lo vi bien, pero ahora sí que lo comprendo perfectamente. En cambio, usted... ¿Por qué no me ha dicho siquiera que hace lo que hace por la gloria de su propio ideal, por la gloria siquiera, de nuestra patria Inglaterra?

En los ojos de Vargan surgió un destello de fanática obstinación.

—Porque no sería verdad —contestó—. La ciencia es internacional. El honor entre científicos es internacional. He ofrecido mi invento primero a Inglaterra...; eso es todo. Si el Gobierno es tonto y no quiere recompensarme, encontraré otro Gobierno que lo haga.

Al decirlo se había acercado al Santo, la cabera ladeada, un extraño rictus en sus labios descoloridos. El Santo comprendió que era inútil hablar con aquel fanático.

—Durante años y años he trabajado como un esclavo —continuó Vargan—. Muchos años... ¿Y qué me han dado? Unas pocas distinciones, iniciales con que adornar mis tarjetas de visita. Nada de dinero. Soy pobre. He padecido hambre, he vivido como un miserable para ahorrar dinero y poder continuar mi trabajo. Y ahora me pide usted que renuncie a todo lo que me ha costado mis mejores años... ¿Para qué?... ¡por un sentimentalismo mal entendido! Le digo, señor, que es usted tonto..., un imbécil, eso es.

El Santo no se movió, a pesar de que la mano huesuda de Vargan se movía nerviosa a poca distancia de su rostro. Su impasibilidad pareció enfurecer al profesor.

—¡Usted está en combinación con ellos! —gritó éste, rabioso—. Lo sabía. Usted trabaja por aquéllos que no quieren que suba. Pero no me importa. No les temo. No me importa que mueran millones...; espero que usted morirá entre ellos... Si yo pudiera matarle...

De pronto se arrojó sobre Templar como fiera, balbuceando palabras incoherentes, pegando y dando patadas.

Horacio lo cogió por la cintura y lo levantó del suelo con sus brazos férreos, y el Santo se apoyó contra la mesa, frotándose el mentón, porque no había andado suficientemente listo para apartarse del furioso.

—Vuelve a encerrarlo —ordenó el Santo, y se quedó viendo alejarse a Horacio con el furioso prisionero.

Luego se puso a telefonar y cuando terminó regresó Horacio.

—Reúne el equipaje de todo el mundo —le ordenó. —El tuyo también. He mandado venir un camión para que lo lleve todo a la estación, donde lo facturarán a París a nombre del señor Tremayne. Ahora haré las etiquetas. El camión estará aquí a las cuatro, de modo que ¡espábilate!

—Sí, señor.

El Santo sonrió.

—Hemos sido buenos camaradas, ¿verdad, Horacio? Ahora me alejo de Inglaterra, porque le han puesto precio a mi cabeza. Siento que tengamos que separarnos... deshacer la alianza...

Horacio dio un resoplido.

—Usted se lo ha buscado, ¿no es eso? —dijo—. ¿No se lo he dicho muchas veces?... ¿A dónde va? —añadió, en tono feroz.

—Dios sabe.

—No conoce el sitio. Siempre he tenido deseos de conocerlo, pero no me han invitado. Estaré listo para marcharme cuando se vaya usted, señor.

Diciéndolo, dio media vuelta y se marchó hacia la puerta. El Santo tuvo que llamarlo.

—Choque esos cinco, viejo tonto —exclamó Simón, alargando la mano—, si crees que vale la pena...

—No vale la pena —repuso Horacio—, pero tendré que cuidarme de usted, señor.

Horacio se marchó y el Santo se encendió un cigarrillo, tomó asiento junto a la ventana abierta, contemplando el jardín y el río inundado de sol.

Y le pareció ver una nube como neblina violenta extenderse sobre el jardín, el río, las casitas blancas, las campos tras ellas...; una nube gigantesca que se arrastraba sobre todo el país como cosa viva, y dentro de la nube centelleaban millares y millares de chispas violáceas, quemando la hierba, los árboles, las casas, todo, con su fuego, devastador. Vio a la gente correr alocada ante la nube, gente que respiraba fatigosamente, con ojos saltones, llenos de pánico ante aquel espectáculo horrendo. Pero la nube era más veloz que la gente e iba alcanzándolos...

Entonces recordó Simón la locura de Vargan.

El tiempo que necesitó fumar dos cigarrillos estuvo así absorto, pensando, pensando... Luego se puso a escribir una carta.

“ «Al comisario superior de Policía, señor Claudio Eustacio Teal.

»Departamento de Investigación Criminal. — New Scotland Yard. — London. — S. W. I.

»Querido Claudio Eustacio:

»Ante todo, mil perdones por haberle atacado a usted y a uno de sus hombres en Esher el sábado y también por el modo con que un amigo mío le trató ayer. Desgraciadamente, en ambas ocasiones, las circunstancias no nos permitieron utilizar medios más pacíficos.

»La historia que Rogelio Conway le conté anoche es la pura verdad. Rescatamos al profesor Vargan de los que lo raptaron primero, los cuales obedecieron, como le dijo Conway, a las órdenes del célebre doctor Rayt Marius, y lo llevamos a un sitio seguro. Cuando reciba esta carta, sabrá nuestros motivos, y puesto que no tengo tiempo de informar por mí mismo a la Prensa, espero que usted tratará mis explicaciones con la debida discreción.

»Poco me queda que añadir a lo que usted ya sabe.

»Hemos tratado de convencer a Vargan para que prescindiera de su invento, por amor a la Humanidad. No quiere escucharnos. Sólo piensa en el reconocimiento que cree merece su genio científico. No se puede argüir

con monomaniáticos; por lo tanto, nos encontramos que sólo hay un remedio.

»Creemos que introducir su diabólico invento en esta época en que en Europa vuelven a haber recelos y temores en todas las naciones, cuando corren de nuevo rumores de una próxima guerra, sería un refinamiento de la civilización que bien se le puede ahorrar al mundo. Puede usted argumentar que la posesión exclusiva de este invento confirmaría la inexpugnable supremacía de Inglaterra, con lo que tal vez se aseguraría la paz de Europa. Nosotros le contestamos que no hay secreto que se pueda mantener siempre. Es un arma de doble filo. Y como Vargan me contestó diciendo que “la ciencia es internacional”, yo le contesto a usted diciendo que la Humanidad es también internacional.

»Nos contentamos con que nos juzgue el veredicto de la Historia, cuando se conozcan todos los hechos.

»Pero al realizar lo que hemos hecho, le hemos dado a usted los medios para conocer nuestra identidad y esto, como comprenderá, es un golpe casi fatal para una organización como la nuestra.

»No obstante, creo que llegará día en que encontraré caminos para continuar la tarea que nosotros hemos impuesto.

»No lamentamos nada de lo que hemos hecho. Sólo sentimos tener que renunciar a nuestros planes antes de haber podido hacer más. Sin embargo, creemos haber hecho mucho y que nuestro último crimen es también el mejor que hemos cometido.

»*Au revoir!*

»*Simón Templar,*
El Santo».

Mientras escribía, percibía el ruido que Horacio hacía con los equipajes y, cuando puso la firma en la carta, entró el criado con el servicio de té y la noticia de que el camión se había marchado.

Patricia llegó un momento más tarde del jardín. Se le ocurrió a Simón que nunca la había visto tan graciosa, ágil y bella como en aquel momento y,

cuando se acercó, la levantó con un brazo como si fuese una pluma.

—Como ves, aún no soy un inválido —le dijo, sonriendo, al dejarla en el suelo.

Ella no se apartó de él, le rodeó el cuello con los brazos y Simón se sorprendió ante su lenta sonrisa.

—¡Oh, Simón, cuánto te quiero!

—¡Caramba, niña, qué sorpresa! Si hubiese podido imaginármelo...

Pero algo le dijo que no era hora de bromear y se detuvo a tiempo.

Ella sabía muy bien que le quería. ¿No lo sabía acaso desde que ella se lo confesó en la torre de Baycombe^[2], aquella villa pacífica de Devonshire, sólo una semana después de haber aparecido allí cual sonriente aventurero en busca de peligros, sin saber que al mismo tiempo se metía en un asunto en que siempre había sido particularmente inmune? ¿No se lo había probado ella desde entonces de mil modos? La misma noche anterior, cuando estuvieron en Bures, ¿no fue prueba absoluta que lo probaba de una vez para siempre?

Y de pronto, misteriosa como todas las mujeres e incomprensible, ella tuvo que afirmarlo de nuevo, tan súbitamente como si...

«¡Caramba! —pensó el Santo—. ¡Casi como si pensase que la iba a dejar!»

—Pero ¿qué pasa? —dijo Simón.

Rogelio Conway fue quien le contestó, después de entrar sin hacer ruido y le hizo una pregunta.

—¿Has visto a Vargan?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—Se puso furioso. Horacio me salvó del ataque y se lo llevó, luchando como un gato montés. Vargan es un lunático, como ha dicho Norman. Y claro, siendo lunático, dijo que no.

Conway se fue a la ventana y contempló el río, poniendo una mano sobre los ojos para resguardarse del sol. Luego se volvió.

—Teal se acerca —dijo con calma—. Desde hace media hora hay un tipo que se pasea en lancha motor por el río. Le vimos por la ventana de la cocina, mientras bebíamos cerveza, esperando que volvieses.

—Bueno, bueno, bueno —dijo el Santo, muy suave y muy pensativo.

—Estaba examinando todas las casas con anteojos. El hecho de que Pat haya estado en el jardín puede que le haya desconcertado de momento. He dejado a Norman de vigía y dije a Horacio que mandase buscar a Patricia tan pronto oí que habías acabado con Vargan.

Norman Kent entró en aquel momento y Simón le cogió del brazo, acercándolo al grupo.

—Nuestro cerebro —dijo—, deduce que Hermann nos ha delatado, pero que no recordó el número del teléfono, De modo que Teal tiene que registrar todas las casas de Maidenhead. Así tal vez tengamos aún una o dos horas de tiempo, pero no altera el hecho de que nos hemos de ir pronto. Nuestro equipaje ya ha salido. Conviene, pues, que vayáis a vuestros cuartos y os preparéis para la marcha. En seguida saldremos.

Dicho lo cual, los dejó y se fue a la cocina en busca de Horacio.

—¿Tienes hecha la maleta, Horacio?

—Sí, señor.

—¿El pasaporte en regla?

—Sí, señor.

—¡Excelente! Quisiera llevarte también en la avioneta, pero temo que no haya sitio. Sin embargo, a ti la policía no te busca, de modo que no te pasará nada.

—No, señor.

El Santo sacó de una cartera abultada cinco billetes de Banco de diez libras esterlinas cada uno.

—Hay un tren para Londres a las 4,58 que llega a Paddington a las 5,40. Así tendrás tiempo de despedirte de todas tus tías y coger el tren en la estación Victoria a las 8,20, que te llevará vía Newhaven y Dieppe a París, donde llegarás mañana por la mañana a las 5,23. Mientras estés en Londres conviene que acortes tus visitas a tus tías el tiempo suficiente para enviar un telegrama al señor Tremayne, rogándole que te espere en la estación para protegerte contra todas esas francesas peligrosas de las que tanto has leído. Nos veremos en casa del señor Tremayne... ¡Ah, tienes que echar esta carta al correo!

—Sí, señor.

—Muy bien, Horacio. Tienes el tiempo justo para llegar a la estación sin sufrir un ataque de apoplejía. ¡Hasta la vista!

Luego se fue a su cuarto, donde encontró a Patricia.

Simón la abrazó en seguida.

—¿Vas a venirte con nosotros en la huida?

Ella se ciñó a él.

—Eso me preguntaba yo cuando entré del jardín. Siempre has sido tan quijote, querido Simón. Bien debes de acordarte de Baycombe.

—¿Creíste que iba a separarme de ti?

—¿Y qué?

—Me hubiese gustado hacerlo..., en otros tiempos —repuso el Santo—. Pero ahora..., te quiero demasiado, Pat, para no ser egoísta. Me gustan tus ojos, tus labios, tu voz y el modo cómo brilla tu cabello áureo a la luz del sol. Te quiero por tu comprensión, por tu inteligencia, por tu bondad, tu valor y tu risa. Te quiero con todos mis pensamientos y te quiero todos los segundos de mi vida. Te quiero tanto, que me hace daño. No podría resistir perderte. Sin ti, no tendría nada en la vida, no sabría por qué vivo... Y no sé dónde nos vamos, ni lo que haremos, ni lo que encontraremos en lo porvenir. Pero sé que si no encuentro nada más de lo que ya tengo, a ti, tengo ya más que mi vida...

—Y yo más que la mía, Simón, querido... Que Dios te bendiga.

Simón se echó a reír.

—Ya lo ha hecho. Tú sabes cómo es... Sé que un verdadero caballero se mostraría fuerte y callado y te mandaría lejos por ti misma. Pero, no me importa. No soy un caballero. Y si tú crees que vale la pena que te echen conmigo de Inglaterra...

Los labios de ella le impusieron silencio y no hubo necesidad de decir más. El corazón de Templar elevó un canto de gracia que era al mismo tiempo una oración.

SIMÓN TEMPLAR PRONUNCIA UNA SENTENCIA Y NORMAN KENT VA EN BUSCA DE SU PITILLERA

Pocos minutos después el Santo se reunió con sus amigos en el salón. Ya había comprobado si el motor del «Hirondel» funcionaba bien y si los neumáticos estaban intactos. Además, se cercioró de que hubiese suficiente lubricante y gasolina para un doble recorrido del que se proponía hacer. Había puesto el motor en marcha y, dejando el coche así a punto, junto a la casa, entró de nuevo para considerar la decisión que había de tomar.

—¿Todo listo? —le preguntó Norman, con calma.

Simón asintió.

Miró silenciosamente durante un momento por la amplia vidriera y luego se unió con sus amigos.

—Sólo tengo que hacer una observación preliminar —dijo—. ¿Dónde estará Marius?

Sus amigos callaron, esperando que el mismo Santo lo explicara.

—Pongámonos en su sitio —continuó Templar—. No tiene las facilidades oficiales para buscarnos que tiene Teal. Pero, dondequiera que esté éste, Marius no estará lejos. No siendo, como no lo es, testarudo, se habrá dicho naturalmente que lo mejor para encontrarnos es ir detrás de Teal. Así lo haría yo y podéis estar seguros de que nuestro Rostro Angelical tiene también su inteligencia. Lo digo porque es un factor que hemos de recordar en esta nuestra despedida. Además es otro motivo para resolver rápidamente cierto problema.

Conway y Norman sabían a qué se refería y los dos sostuvieron su aguda mirada: Conway, austeramente; Norman, de modo grave e inescrutable.

—Vargan no quiere escuchar razones —observó el Santo con sencillez—. Ya le habéis oído... No hay salida para nosotros. Sólo nos queda una cosa que hacer. He pensado en otras soluciones, pero no encuentro ninguna... Podéis

decir que lo hacemos a sangre fría, pero..., toda ejecución es así. La Ley injusticia a los hombres a sangre fría por un asesinato, que es cosa tan antigua como la Historia. Nosotros ejecutamos a Vargan para evitar millones de asesinatos. Si le dejamos vivir, todos sabemos que él será causante de esos asesinatos... No podemos llevárnoslo... De modo que opino que es precisa su muerte.

—Una pregunta —dijo Norman—. Creo que ya se hizo antes. Si quitamos a Vargan de en medio, ¿desaparece con él también gran parte del peligro de una guerra?

—La pregunta ya ha sido contestada antes. Creo que Vargan constituye la clave de la guerra. Pero aunque no lo fuese, aunque la maquinaria que Marius ha puesto en movimiento pueda correr sin necesidad de más combustible, aunque hubiese otra guerra, repito que el arma creada por Vargan no debe emplearse. Puede que nos acusen de traicionar a nuestra patria. Es una posibilidad que hemos de arrostrar. Tal vez haya cosas más importantes aún para ganar una guerra... Me gustaría saber si me comprendéis bien.

Norman miró por la ventana y sonrió levemente.

—Sí —dijo—, hay muchas otras cosas en que pensar.

El Santo se volvió a Rogelio.

—Y tú, Rogelio, ¿qué dices?

Conway jugó con un cigarrillo apagado.

—¿Quién de nosotros lo hará? —preguntó con sencillez.

Simón Templar miró de Rogelio a Norman y dijo lo que siempre había pensado decir.

—Si nos cogen, al que lo haya hecho, lo ahorcarán. Los otros podrán salvarse. Por lo tanto, yo lo haré.

Norman Kent se levantó.

—¿Me permites? —dijo—. Acabo de recordar que he dejado mi preciosa cigarrera en el dormitorio. Volveré en seguida.

Salió lentamente y cruzó el pequeño vestíbulo con calma, dirigiéndose a una puerta que no era la de su dormitorio.

Llamó y entró. Patricia Holm, sentada ante el tocador, se volvió.

—Ya estoy lista, Norman. ¿Se impacienta Simón?

—Aún no.

Avanzó hasta llegar junto a ella y le puso las manos sobre los hombros. Ella se volvió sonriente, pero al ver la extraña luz de sus ojos se puso seria.

—Querida Pat —dijo Norman Kent—. Siempre he deseado tener la ocasión de serle útil. Ahora ha llegado. ¿Usted sabía que la amo, verdad?

Ella le tocó la mano.

—Por favor..., Norman... Claro que lo sabía. No podía impedirlo... Lo siento, créame.

Norman sonrió.

—¿Por qué sentirlo? —preguntó—. Jamás la molestaré, bien lo sabe. Simón es el hombre más noble y bueno que hay en la tierra y es, además, mi mejor amigo. Para mí es una dicha saber que le ama. Sé cómo la quiere él. Ustedes dos continuarán uno al lado del otro hasta que las estrellas caigan del cielo. Procure no perder nunca el esplendor de la vida.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó ella suplicante.

—Todos nosotros somos fanáticos, yo tal vez soy el más fanático de los tres... ¿Recuerda usted, Patricia, que fui el primero en decir que Simón es un hombre que nació con el son de las trompetas en los oídos? Fue la verdad más grande que dije en mi vida. Y así continuará siempre. Lo sé, porque hoy mismo he oído yo la trompeta... ¡Que Dios la bendiga, Pat!

Antes de darse cuenta de lo que pasaba, él la había besado suavemente; luego se fue con rapidez hacia la puerta y ya la cerraba tras sí, cuando ella pudo hablar. No había comprendido nada de lo que le dijo, porque había hablado enigmáticamente y ella no quería dejarle ir así.

Por eso le llamó. Patricia sabía ser imperativa.

—¡Norman!

Kent volvió al instante, aun casi antes de que hubiese pronunciado su nombre. Con el dedo sobre los labios la impuso silencio.

—¿Qué es? —murmuró ella.

—La última batalla —contestó Norman—. Sólo que sobreviene un poco antes de la hora. Tome esto.

Le entregó una pequeña pistola automática. Luego sacó otra grande y la cargó rápidamente.

Hecho lo cual, abrió la ventana y se asomó. Con un ademán la rogó que fuese a su lado. El «Hirondel» estaba delante de la casa, a menos de doce pasos y lo señaló.

—Escóndase tras la cortina —le ordenó—. Cuando oiga tres tiros en rápida sucesión, corra hacia el coche. Dispare sobre quienquiera que se le ponga en el camino.

—Pero..., ¿usted a dónde va?

—A reunir la guarnición —contestó Norman riendo en silencio—. Adiós, querida.

Tras besarle la mano se marchó cerrando la puerta sin hacer ruido.

Cuando salió la primera vez de la habitación de Patricia, había oído a través de la puerta abierta del salón, la lacónica orden de «Arriba las manos», dicha por una voz que no era ni de Rogelio ni de Simón. Al salir por segunda vez, se quedó un momento quieto, escuchando... Claramente percibió la alegre voz del Santo.

—Reciba usted nuestra bienvenida..., como dijo la actriz al obispo en cierta ocasión propicia. Pero..., ¿por qué no ha traído usted consigo a Rostro Angelical, amigo?

Norman se dio cuenta de que sus amigos se hallaban bajo la amenaza de un revólver y se marchó directamente hacia la cocina. Atravesó ésta y abrió otra puerta, quedando así descubierta una escalera. La bajó rápidamente y se encontró con otra puerta, de recia hoja, asegurada con dos barras de hierro. Alzó las barras, abrió la ventana y entró, cerrándola tras sí con el mismo cuidado con que cerrara las anteriores. Las tres impedirían que se oyera cualquier ruido...

Vargan estaba sentado en una silla, escribiendo en un pequeño cuaderno con un lápiz corto.

Levantó la cabeza al oír los pasos de Norman. Tenía el pelo blanco en desorden y el traje manchado y raído le colgaba ancho sobre el huesudo cuerpo. Los ojos parecían en él lo único vivo, porque el rostro lo tenía apergaminado como un anciano. En los ojos lució el fuego de una extraña locura.

Norman sintió una punzada de absurda piedad por aquella pobre figura de loco. Sin embargo, sabía muy bien que lo que le llevaba allí no era el hombre sino su locura..., esa locura que le impelía a soltar sobre la Humanidad un horror más grande que hasta entonces la locura homicida de otros hombres habían concebido.

El rostro de Norman Kent era como el de una escultura grabado en roca.

—Vengo por su respuesta, profesor Vargan.

El sabio se acurrucó en el sillón, mirando de reojo a la terrible figura del hombre que le interrogaba. El rostro se le contorsionó espasmódicamente y con las manos amarillas y flacas agarró miedoso el cuaderno de notas. No hizo más movimiento, ni abrió la boca.

—Estoy esperando —dijo Norman Kent al cabo de un rato.

Vargan se pasó la mano temblorosa por el cabello.

—Ya les he contestado antes —dijo ásperamente.

—¡Piénselo bien!

Vargan se vio frente al cañón del revólver y abrió la boca dando un bufido.

—Usted es amigo de los que me persiguen —empezó, pero en seguida comenzó a chillar al ver que Norman Kent apretaba el gatillo.

SIMÓN TEMPLAR CHARLA ALEGREMENTE Y GERARDO HARDING LE ESTRECHA LA MANO

—**E**sperábamos a Rostro Angelical —observó el Santo—, pero no tan pronto. Ya hemos encargado la orquesta, los cameramen se hallan dispuestos, los reporteros están afilando los lápices mientras vienen corriendo y ahora mismo íbamos a extender la alfombra roja. Es más, si no se hubiese usted presentado tan inopinadamente, los notables del pueblo, excepto el alcalde, hubiesen ido a recibirle. El alcalde tenía intención de honrarle luego con su oratoria iluminada, pero se quemó al prepararla, de modo que lo siento... Sin embargo...

Estaba al lado de Rogelio, con las manos en alto.

Le habían cogido de sorpresa, como pocas veces en su carrera peligrosa. Se le ocurrió pensar que su última aventura no era tan brillante como hubiera deseado que fuese. No se le ocurrió culpar a nadie por las varias equivocaciones. Hubiera podido echarle la culpa a Rogelio por las dos torpezas que había cometido al revelar el nombre de Maidenhead y al dejar que Marius huyera, porque ambas tenían sin duda alguna influencia en el nuevo estado de cosas, pero el Santo no solía hacerlo nunca. Sólo veía la aventura y los que tomaban parte en ella como un conjunto coherente, incluyéndose él, y puesto que él era el jefe, fuerza era cargar también con la responsabilidad de los errores de sus lugartenientes, como cualquier general. Excepto de que, contrariamente a cualquier general, él se callaba los errores y no se ensañaba con los suyos.

Así aceptaba también filosóficamente la nueva situación cuando aquel joven con pantalones de *golf* y rostro fresco penetró tranquilamente por la puerta vidriera medio minuto después de haberse alejado Norman Kent.

Aquel joven había procedido con tanta calma y atrevimiento que ni Rogelio ni Simón tuvieron oportunidad de hacer nada. Un momento se

hallaban mirando los dos por la ventana al jardín y al otro se vieron frente a una pistola automática. La sorpresa había sido completa.

¿Qué había pasado a Norman Kent? Ya era hora de que hubiese vuelto. Lo natural era que él y Patricia se metiesen a ciegas en la trampa. A no ser que uno de los dos se hubiese dado cuenta de la conversación. Simón había notado que Norman no cerró la puerta del todo y por eso mismo alzó la voz para darle ocasión de oírle. Si Norman y Patricia se daban cuenta del atraco antes de que aquel joven advirtiese su llegada...

—Usted no me creería —continuó Simón amablemente—, si le digo que esperaba con impaciencia poder renovar mi amistad con Rostro Angelical. ¡Es tan hermoso y me gustan tanto los chicos guapos! Además, creo que charlando de nuevo con él, llegaríamos a ser amigos para toda la vida. Creo que hay entre nosotros cierta afinidad de espíritu. Verdad es que hubo momentos desagradables en nuestra primera entrevista, pero eso no es si no natural entre hombres de tan fuertes e individuales personalidades como nosotros. No suele durar mucho. Los extremos se tocan. Estoy seguro de que no volveremos a separarnos antes de que haya llorado sobre mis hombros, jurándome eterna amistad y prestándome medio dólar... ¿No será que esté esperando entrar cuando usted le dé la señal?

El joven del revólver frunció ligeramente el ceño.

—Pero ¿quién es su amigo..., ese Rostro Angelical, vamos a ver?

El Santo le miró sorprendido.

—¿No conoce usted a Rostro Angelical, amiguito? —preguntó—. Creí que serían ustedes íntimos amigos. Me he equivocado. Cambiemos de asunto. ¿Cómo está el simpático Teal? ¿Sigue mascando chicle y luchando con la obesidad? Sabe usted que no puedo quitarme de la cabeza que le haya parecido muy poco hospitalaria nuestra actitud en la calle de Brook teniendo sólo a Hermann por compañía. ¿Nos ha creído muy rudos?

—Supongo que usted es Templar.

Simón hizo una reverencia.

—Acertado, amiguito. ¿Cómo se llama usted? ¿Ramón Novarro? ¿O es usted mandarín de la China? ¿O acaso el hombre fuerte y silencioso del coro de la comedia musical?

—Como actor de la legua tendría usted éxito —repuso el joven con calma—. Como clarividente, no hay que decir. Y puesto que tanto le interesa saberlo, soy el capitán Gerardo Harding, agente número 2.238 del Servicio Secreto Británico.

—Mucho gusto en conocerle —contestó el Santo imperturbable.

—Y ése debe ser Conway, ¿no?

—Acertado de nuevo, amigo. Es usted realmente prodigioso. Habla tú, Rogelio, y no te muerdas la lengua. Bertie no se asusta por nada. No me extrañaría que supiese dónde alquilas tus trajes de etiqueta.

—El mismo sitio donde él se hizo tatuar esa muestra en los pantalones —dijo Rogelio—. Muy elegantes, ¿verdad? ¿Qué te parece?, ¿se lee desde la izquierda a la derecha o de abajo arriba?

Harding se apoyó un poco en la pared y miró a los dos con cierta admiración.

—¡Vaya un par de pájaros!

—¡Oh!, eso no es nada; cuando actuamos en el teatro siempre arrancamos aplausos. Lo cual me recuerda una cosa. ¿Podemos bajar los brazos? No quiero que se ponga usted nervioso, pero esta posición cansa y es nociva para la circulación de la sangre. Puede quitarnos antes la artillería del modo aprobado por la experiencia.

—Si se portan bien, conforme. Vuélvanse.

—Con mucho gusto —murmuró el Santo—. Y muy agradecido.

Harding se acercó y les quitó las armas. Luego retrocedió de nuevo.

—Muy bien, pueden bajar los brazos, pero..., cuidado con hacer tonterías.

—No nos gustan las tonterías —repuso Simón con dignidad.

De una cajita encima de la mesa cogió un cigarrillo y lo encendió con pasmosa tranquilidad.

Exteriormente permanecía completamente sereno y, desde la entrada de Harding, no había dado la menor muestra de agitación. Pero esto era su actitud habitual cuando una tormenta se cernía sobre él, porque el Santo guardaba sus emociones para los ratos de ocios. Siempre sabía mantener aquel aire de suprema indiferencia en cualquier momento de apuro, y otros hombres antes que Harding habíanse quedado desconcertados y perplejos. Era siempre lo mismo..., una lánguida afectación de indiferencia y una verborrea elegante, superficial, que fluía sin esfuerzo alguno, mientras concentraba los pensamientos en el problema principal.

Cuando más seria se presentaba una situación, con mayor extravagancia se negaba el Santo a tratarla como tal, con lo que ganaba siempre leve ventaja sobre el enemigo que le tenía cogido, porque la ruidosa seguridad de Simón era de apariencia tan perfecta, que sólo un enemigo engreído y vanidoso podía sustraerse a la sensación de desconfianza. Sólo un tonto o un genio podía dejar de llegar a la conclusión de que tan impávida indiferencia tenía que

tener a la fuerza por base alguna ventaja positiva y oculta. Y muchas veces el hombre que no era ni tonto ni genio, tenía razón.

Pero esta vez la ventaja positiva y oculta era bastante vulgar. El Santo, a pesar de devanarse los sesos, no encontraba solución alguna al asunto. Norman Kent continuaba siendo la única posibilidad.

En aquel momento Norman ya debía de saber lo que acababa de suceder. De otro modo estaría en el mismo caso que ellos, impotente de hacer nada frente al revólver de aquel joven con pantalones de *golf*. Y si Norman Kent conocía la situación, Patricia no podía ignorarla. El problema era: ¿qué pensarán hacer los dos? ¿Y cómo podía Simón, sin posibilidad de comunicar con ellos e impotente frente al revólver de Harding, adivinar sus pensamientos y plan de acción para coadyuvar a sus esfuerzos?

Ese era el problema del Santo..., invertir el proceso normal de estrategia y colocarse en el lugar del amigo en vez del sitio del enemigo. Y mientras tanto, para divertir un poco a Harding y distraer su atención:

—Es usted un chico muy listo... ¿Se puede saber cómo es que hace el trabajo de Teal?

—Colaboramos con la Policía en casos como éste —contestó Harding—, pero no tenemos inconveniente en tomarle la delantera, si es posible. Teal y yo tomamos caminos distintos y parece que yo he escogido el mejor. Vi el coche de usted delante de la casa y entré sin más ni más.

—Merecería usted una medalla. Temo no poderle ofrecer otra cosa que mi sincero afecto, muchacho, pero escribiré al ministro de la Guerra, si cree que servirá de algo.

Harding sonrió.

—Me gusta su desenfado.

—Y a mí el suyo —repuso el Santo—. Veo que es usted hombre mal encaminado. Debería de pertenecer a nuestra banda. Si le gusta, hay una vacante para usted. ¿Le gustaría ser mi halo?

—¡Ah!, ¡de modo que usted es el Santo! —exclamó Harding, con viveza.

Simón bajó los párpados y sonrió.

—*Touché!*... Naturalmente, no estaba usted muy seguro de eso, ¿verdad? De todos modos, ha sido inteligente al darse cuenta. No quiero regatearle el mérito.

—No era tan difícil. Teal está diciendo a todo el mundo que se comería su sombrero si lo de Vargan no era cosa de usted. Dice que conoce su trabajo demasiado bien para no equivocarse, a pesar de que esta vez no lo ha firmado usted como de costumbre.

Simón asintió diciendo:

—Me gustaría saber cuál de sus sombreros se hubiese comido Teal en caso de perder la apuesta. ¿La chistera que lleva cuando va a los clubs nocturnos disfrazado de caballero o el hongo con la mancha de cerveza? ¿O es que tiene algún otro sombrero? Nunca se lo he visto. Es una idea fascinadora...

El Santo dirigió los ojos al techo, como si realmente le fascinase el pensamiento, pero entretanto pensaba:

«Si ese Harding y Teal han hablado de nosotros, Harding debe de saber que hay un tercero en casa, un hombre que, ha manejado muy bien un mazo en presencia de Teal con perjuicio para éste... ¿Por qué ese Harding no ha dicho nada de él? ¿Puede ser que ese chico tan listo se haya distraído?»

Y en voz alta:

—Sin embargo..., ¿qué le parece el empleo? ¿No le atrae?

—Lo siento.

—¡Oh, no vale la pena! —suspiró el Santo—. No se ponga triste... ¿Qué más podemos hacer por usted? Parece que todo lo quiere a su manera, de modo que trataremos de obligarle. Dígalo con entera franqueza.

—En efecto, parece que les he cogido a todos y les tengo donde quería.

La pregunta del Santo, hecha con oculta intención, quedó plenamente contestada a satisfacción de él. Había acertado; Harding, no viendo a Norman Kent, se había olvidado de él momentáneamente. El Santo dirigió una rápida y significativa mirada a Rogelio.

—¿Qué hacemos? —preguntó amablemente—. ¿Entregar la mercancía?

Harding se retiró hacia la ventana y se asomó. Simón avanzó un paso hacia él, pero la distancia era demasiado grande y Harding sólo se había vuelto a medias. Cuando se enfrentó de nuevo con los dos, el Santo cogió con suprema serenidad otro cigarrillo.

—¿Tienen ustedes aquí a Vargan?

Simón alzó la mirada.

—¡Ah! —dijo, sin soltar prenda.

Harding apretó los labios.

Durante los breves minutos del encuentro, Simón Templar había tenido tiempo de apreciar en aquel joven dotes singulares, una gran capacidad y cierto sentido de humorismo que le complacía sobremanera. Aunque en aquel momento el sentido de humorismo no era tan patente, pero sí sus dotes y su eficiencia, que se manifestaban en una actitud decidida.

—No sé por qué raptaron a Vargan —dijo—. A pesar de lo que sabemos acerca de sus ideas en general, eso sigue siendo un misterio para nosotros. ¿Para quién trabajan ustedes?

—Para nosotros mismos —repuso el Santo—. El caso es que el césped de nuestro jardín está lleno de plantas parásitas y nada de lo que hemos probado nos ha dado resultado. Por eso creímos que tal vez el exterminador eléctrico inventado por Vargan...

—Haga el favor de dejarse de bromas.

Simón le miró.

—Pues, hablando en serio —contestó el Santo, con gran seriedad—, raptamos a Vargan para que su invento no se aplique en ninguna guerra. Y mantenemos firme esta nuestro decisión.

—Esa era la hipótesis que ofreció Teal.

—¡Simpático Teal! Es una maravilla ese hombre, ¿verdad? Lo mismito que un detective en una novela policíaca... Bien, por eso cogimos a Vargan. Teal recibirá carta mía mañana por la mañana, en la que le explico todo.

—Algo de sentimientos humanitarios, supongo.

—Exacto. Con lo que estropeamos el plan a Rostro Angelical, el cual ciertamente no tiene sentimientos humanitarios.

Harding le miró perplejo.

—Pero ese hombre al que llaman ustedes Rostro Angelical...

—O Enanito —añadió Simón.

La luz de la comprensión brilló en la mirada de Harding.

—¡Ah!, se trata de un hombre que parece un gorila exagerado..., con el rostro igualmente...

—¡Con qué gracia lo señala usted, amigo! Casi las mismas palabras que empleé yo. Se llama...

—¡Marius! —exclamó Harding.

El Santo asintió.

—Ese mismo. Pero no nos sorprende usted. Nosotros ya lo sabíamos.

—Nosotros también adivinamos que Marius se hallaba metido en el asunto...

—Nosotros se lo hubiésemos podido decir.

Harding le miró fijamente.

—¿Qué más saben ustedes? —preguntó.

—¡Oh!, muchas cosas —repuso Simón, suavemente—. Cuando estoy en vena puedo hacer muy bien la competencia al excelente Teal. Por ejemplo, no tendría inconveniente en apostarme un par de zapatos viejos a que a usted le

han seguido hoy... y que ha sido precisamente uno de los hombres de Marius quien no le ha perdido de vista. ¿Acaso no se ha dado cuenta?

—Sí que me he dado cuenta.

Harding apuntaba aún con firmeza al estómago del Santo, como durante toda la entrevista, menos cuando alguna vez apuntaba a Rogelio Conway. Pero, de pronto, el Santo advirtió un poco más de rigidez en la mano de Harding, apenas perceptible para cualquiera que no fuese el Santo. Este siempre se daba cuenta de semejantes cosas, y lo interpretó bien esta vez, porque al alzar la mirada vio la confirmación en los ojos del joven.

—A cosa de una milla, despisté a mi «sombra» —dijo Harding—. Pero no me importa decirle que no hubiese entrado aquí solo, sin esperar ayuda, si no hubiese visto que había quien tenía demasiado interés en mis movimientos. Y ese es también el motivo por el que quiero que me entreguen en seguida a Vargan.

El Santo, apoyado con postura elegante en la mesa, echó dos bocanadas de humo en forma de anillo con la mayor perfección.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí, señor —replicó Harding, con frialdad—. Les doy dos minutos para decidirse.

—Y si no nos decidimos...

—Empezaré a agujerearles a tiros, brazos y piernas, primero... Creo que me dirán lo que deseo saber antes de mucho tiempo.

Simón movió la cabeza.

—Acaso no lo haya notado —dijo—, pero sufro un defecto al hablar. Soy muy sensible y, si me tratan mal, el defecto se agrava. Si empezase usted a disparar, puede que tartamudee de tal modo que necesitaría media hora para pronunciar la primera m...mal...d... di...ción, y no hablemos de contestar a preguntas.

—Y a su amigo, —continuó Harding, sin dejarse impresionar—, lo trataré de la misma forma.

El Santo envió una sonrisa a su amigo.

—¿Verdad que tú no dirías una sola palabra, Rogelio?

—Que lo pruebe y verá lo que saca de mí.

Simón se volvió de nuevo hacia el joven.

—Francamente, amigo, no adelantará nada. Además, estoy seguro de que lo sabe.

—Ya lo veremos —repuso, obstinado.

Sin perder de vista a los dos, se dirigió a la mesita sobre la cual estaba el teléfono y levantó el auricular.

—Oiga..., oiga...

Harding miró al reloj, quitando y poniendo el auricular.

—Medio minuto ya..., dichosa central... Oiga..., oiga...

Tras escuchar un rato más dejó el aparato y se enfrentó con el Santo.

—Ahora recuerdo que eran ustedes tres... ¿Dónde está el otro? ¿Aquí?

—¿Es que no hay comunicación?

—No se oye nada.

—Nadie en esta casa puede haber cortado línea —dijo Simón—. Le doy mi palabra acerca de eso.

Harding le miró fijamente.

—Si es así...

—Sólo puede haber sido Marius —observó el Santo, lentamente—. Acaso el hombre que le siguió no se ha dejado despistar con tanta facilidad como usted suponía.

Rogelio Conway estaba mirando por la otra ventana, desde la cual podía ver el césped y el río. Además de la lancha motora del Santo, había otra en medio del río, pero no era la misma en la que había visto a Teal. Le pareció que los dos hombres de la otra lancha miraban con gran interés hacia la casa, pero no estaba seguro.

—Claro está —dijo—, que podría haber sido Marius.

En aquel momento Simón tuvo un inspiración que casi le hizo dar un salto.

—¡Harding!

Simón pronunció el nombre en un tono que hubiese producido sobresalto en cualquiera; Harding no hubiese sido humano si no se habría vuelto del todo.

Había estado mirando por una ventana también, teniendo la mesa entre sí mismo y el Santo, para mayor seguridad, porque quería ver también la lancha que Conway viera. Pero al mismo tiempo estaba mirando de reojo a la puerta vidriera. Simón lo había visto y se había dado cuenta de la oportunidad. Harding no había olvidado a Norman. Mientras vigilaba al Santo y a Conway, estaba atento a la posible llegada del tercero, esperando poder dominarlo también con la pistola en la mano. Mientras Harding no perdía de vista aquella puerta vidriera, Norman nada podía hacer. Pero ahora...

—¿Qué pasa? —preguntó Harding, dejando de mirar por un momento a la puerta vidriera que daba sobre el jardín.

Estaba mirando el Santo, de espaldas a la vidriera. Rogelio, desde el otro extremo de la habitación, miraba también al Santo, con perplejidad. Sólo el Santo vio que Norman entraba sigilosamente por la vidriera.

Pero Harding se dio cuenta y comprendió muy bien la significación de la mano férrea que le asió la muñeca de la mano en que llevaba la pistola y el cañón de otro revólver que se apoyó en su espalda.

—No haga tonterías —ordenó Norman Kent.

—Está bien.

El joven habló con amargura, tras un segundo de vacilación. Con desgana abrió la mano y dejó caer el arma, que el Santo recogió con rapidez.

—Y ahora nuestra artillería —dijo el Santo, recogiendo al mismo tiempo las dos pistolas del bolsillo de Harding. Dio la suya a Rogelio y se puso de espaldas a la pared con sendas pistolas en las manos.

—Ya estamos otra vez como en las novelas —observó—. Tan pacíficamente reunidos..., y armados hasta los dientes. Parece un arsenal en vez de un salón. Venga, amigo Harding, siéntese y sea sociable. No le guardamos mala voluntad... Norman, ¿quieres un cheque falso o un saco de nueces por tu hazaña?

—Me estaba preguntando cuánto tiempo tardarías en armar gresca.

—Estoy desentrenado hoy —contestó el Santo—; no sé lo que me pasa. Pero todo está bien lo que termina bien, como dijo la actriz.

—¿Tú crees? —preguntó Norman.

Simón frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices?

—He oído que hablabas del teléfono. Decías bien. Yo no he cortado la línea. Ni siquiera se me ocurrió. Y si no hay comunicación...

No terminó la sentencia.

Nadie percibió el ruido que la interrumpió. Debió de haber habido un débil ruido, pero se perdió en el aire libre de afuera. Pero todos vieron que el rostro de Norman Kent se contrajo de pronto y que se tornó pálido, después de lo cual se tambaleó y cayó.

—¡Apártense de la vidriera!

Norman se había dado cuenta tan rápidamente como los demás y, a pesar de la angustia que sentía, dio el aviso. Pero el Santo no hizo caso. De un salto se puso al lado de Norman, lo cogió debajo del brazo y lo llevó al abrigo de las paredes en el mismo momento en que otro impacto astilló el marco de la vidriera a la altura de su cabeza.

—¡Ya están allí! —exclamó Harding.

Pero no se movió del sitio expuesto, importándole poco lo que el Santo y sus amigos pudiesen hacer. Simón le ordenó que se retirase, pero Harding no le hizo caso. Fue necesario que Rogelio lo sacase de la zona peligrosa, cogiéndole como quien dice por el cogote.

El Santo arrastró un gran sofá hacia la puerta vidriera y la cubrió en parte con el mueble; detrás de él se resguardó para mirar hacia la carretera. Vio moverse algo detrás de la cerca y disparó dos veces a la ventura, pero no pudo saber si había herido a alguien.

Volvía a sonreír santilmente y sus ojos centelleaban también de alegría. La discusión con Harding no le había divertido, como tampoco le divertía habérselas con Teal, si hubiera sido éste el atacante. Pero no era Teal. Ni éste ni ninguno de sus agentes hubiese empezado a disparar a mansalva con armas silenciosas y sin parlamento previo. Sólo había un hombre en aquel juego que podía proceder tan criminalmente y contra ése sí que luchaba el Santo muy a gusto. No podía poner toda su decisión en pelear con hombres como Harding y Teal, porque, en otras circunstancias, le hubiese gustado tenerlos por amigos. Pero Marius era otra cosa. En la lucha con Marius se ventilaba algo más que el aspecto técnico de una ley. Era una cosa personal, íntima, como un golpe en el rostro.

Así Simón vigilaba muy atento y a poco volvió a disparar. Esta vez percibió un grito de dolor y al punto le pasó una bala rozando la oreja y otra se hundió en el respaldo del sofá, a poca distancia de su cabeza. El Santo sonrió beatíficamente exclamando feliz:

—Esto es realmente como en la guerra.

—Pero si es verdaderamente la guerra —dijo Harding—. ¿No se ha dado aún cuenta?

Rogelio se había arrodillado al lado de Norma Kent y cortó el pantalón para dejar al descubierto la pierna herida y manchada de sangre.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó.

Harding dio unos pasos atrás.

—¿No lo ha comprendido aún? Creí que lo sabían ustedes todo... Claro, ustedes no pueden conocer las últimas noticias, que seguramente se publicarán esta noche. Inglaterra ha entregado un ultimátum a las doce del mediodía de hoy y tienen veinticuatro horas de tiempo para contestar.

—¿Contra qué país? ¿De qué se trata el ultimátum?

Harding se lo explicó. El Santo no se mostró muy sorprendido. No en balde había leído la Prensa durante aquellos días, adivinando lo que sólo se leía entre líneas.

—Claro está que es una estupidez —continuó diciendo Harding—, pero ese Gobierno se lo estaba buscando por su testarudez. La mayor parte de nuestro Gobierno aún no comprende cómo ha sido posible que las cosas llegasen a tal extremo. Se creyó al principio que se trataba de un apasionamiento nacionalista pasajero y se mantuvo todo oculto. Se tenía la certeza de que el movimiento acabaría por consumirse. Sin embargo, las cosas han ido de mal en peor.

El Santo recordó una frase de la carta de Marius: «No puedo fracasar esta vez...». Se dijo que la palabra de un hombre como Marius, con todo el poder que representaba, podría muy bien ser decisiva para reyes y consejeros.

Sin apartar la vista de la carretera, preguntó:

—¿Cuántas personas tienen idea de lo que significa ese movimiento nacionalista?

—Pocas. Mi jefe y cinco o seis más. Sabíamos que Marius estaba mezclado en el asunto. Marius representa la alta Banca. ¿Pero de qué sirve contárselo a la gente? Nadie daba fe a nuestras advertencias. Además, faltaba algo en nuestra hipótesis, algo que hasta los sucesos de Esher no sabíamos. Entonces adquirimos la certeza de que estallaría la guerra.

—Yo pensé lo mismo —dijo el Santo.

—Todo depende del invento infernal —añadió Harding—. Si Marius logra apoderarse de Vargan, estallará la guerra.

Simón alzó uno de los revólveres, pero volvió a bajarlo al ver que el blanco desapareció.

—¿Por qué me ha contado usted todo eso? —preguntó.

—Porque ustedes debían estar a nuestro lado. No me importa lo que sean, ni lo que hayan hecho. Marius está allí y sé que ustedes no pueden hacer causa común con él. De manera que...

—Están agitando una bandera blanca —le interrumpió el Santo.

Al pronto se levantó y Harding se colocó a su lado. Detrás del seto se levantó también un hombre con un pañuelo blanco. El Santo veía ahora que en la carretera había muchos hombres.

—¿Qué haría usted? —preguntó.

—Hablar con ellos —exclamó Harding. Escuchar lo que tienen que decir. Nos queda tiempo para luchar después. Ellos opondrán resistencia. Templar...

El Santo hizo una señal con la mano y vio que un hombre se apartó del abrigo del seto para dirigirse hacia la casa. Era un hombre muy alto...

—Rostro Angelical en persona —murmuró el Santo.

Acto seguido se volvió hacia Harding.

—No puedo aceptar su posición, porque prefiero siempre obrar por mi cuenta y de modo independiente. Usted, en cambio, no tiene más remedio que aceptar el ofrecimiento que le he hecho antes. Una de dos, o usted hace causa común con nosotros en este asunto, o le obligo a salir a habérselas solo con sus enemigos. Me sabría mal, pero si usted se niega...

—No se trata de eso —contestó Harding, sin inmutarse—. Me han enviado aquí a buscar a Vargan y creo que lo he encontrado. En ese sentido no puede haber alianza entre nosotros. Usted mismo lo comprenderá. Pero, en cuanto al resto, los dos estamos de acuerdo que Vargan no debe caer en poder de Marius. De modo que mientras se trate de luchar contra éste...

—¿Una tregua?

Harding alzó los hombros; luego, alargó la mano.

—Conforme y, ¡duro con ellos!

SIMÓN TEMPLAR RECIBE A MARIUS Y EL PRÍNCIPE HEREDERO RECUERDA UNA DEUDA

Un momento más tarde el Santo se había arrodillado junto a Norman Kent y le examinaba con mano experta la herida. Norman trataba de entretenerle.

—A Patricia —murmuró— la dejé en tu cuarto escondida.

—Muy bien, ahí estará seguro durante un rato. Prefiero que no venga mientras el Enano está aquí. Veamos antes lo que podemos hacer contigo.

Continuó el examen. El orificio de entrada estaba a unos siete centímetros por encima de la rodilla y era más grande de lo que hubiera podido hacer la bala de revólver de mayor calibre. No había orificio de salida. Norman dio un grito cuando Simón trató de encontrarlo.

—Ya está, Norman, no te molestaré más.

—Me rompió el hueso, ¿verdad?

Simón estaba quitándose la americana y se arrancó después la manga de la camisa para improvisar un vendaje.

—Sí, te ha roto el hueso. Esos cerdos están empleando balas «dum-dum»... Te voy a dar un buen vaso de whisky, Norman... Es el único consuelo que ahora puedo darte, viejo camarada.

—Ya es algo —repuso Norman, roncamente.

No dijo más, pero conocía muy bien su situación. Con el fémur roto no se puede correr, si siquiera andar. Sin embargo, a Norman no le importaba. Bebió agradecido el whisky que le dieron y se sometió con indiferencia a las curas de Simón. El rostro pálido de Norman Kent estaba extrañamente aquietado.

Simón Templar comprendió también lo que significaba aquella herida, pero no la miraba desde el punto de vista de su amigo.

El Santo se dio cuenta de que Marius estaba en la puerta vidriera, pero no alzó la mirada hasta que hubo terminado el vendaje de la herida, con mano tan delicada como la de una mujer. Quería pensar antes de habérselas con Marius. La situación era un tanto comprometida. Con Patricia en la casa, Norman Kent herido y Harding prisionero en una fortaleza, sujeto sólo con una promesa muy vaga, poco se podía hacer, máxime cuando el inspector Teal y los suyos no podían andar lejos. Además, la casa estaba rodeada por las fuerzas de Marius, que ya habían dado prueba de su combatividad. En tan precaria situación, hasta hombre tan optimista como el Santo tenía que admitir que el aspecto era feo.

Lentamente se levantó al fin, olvidando sus temores, el rostro perfectamente tranquilo.

—¡Hola, buenas tardes, pequeño! —dijo, afable—. Tenía ganas de volverle a ver. La vida sin usted durante las pasadas dieciocho horas ha sido un tanto aburrida. Pero no hablemos de eso.

El gigante inclinó la cabeza.

—Usted me conoce.

—Sí —repuso el Santo—, ya nos hemos visto antes. Su cara no me es desconocida. ¿No era usted el elefante principal del circo al que me llevó mi abuela días antes de tener la escarlatina? ¿O el hipopótamo del cuento?

Marius se encogió de hombros.

—Ya he tenido que aguantar sus bromas, Templar...

—Sí, en cierta ocasión que todos recordamos —dijo el Santo, con voz sedosa—. Exacto. Pero no cobramos extras por la repetición. De modo que puede aprovecharse.

Marius contempló con sus ojillos vivos a los demás: Conway, apoyado contra la librería, con un revólver en la mano y el índice sobre el gatillo; Norman Kent, sentado en el suelo, contra el sofá y un vaso en la mano; Harding, junto a la pared, con las manos en los bolsillos y sonriendo.

—Acabo de enterarme de que usted es el caballero que se llama el Santo —observó Marius—. El comisario señor Teal cometió la indiscreción de utilizar un teléfono público, cuando uno de mis hombres estaba cerca. Presumo que éstos forman su banda.

—No diga banda —protestó el Santo—. Los Santos no se reúnen nunca en bandas. Estos, que usted ve aquí son los demás portadores de halo. Me había olvidado, no se los he presentado aún. Perdone... A la izquierda tiene usted al capitán Santo Gerardo Harding, canonizado por muchos actos de caridad, incluso el de obtener la firma de un millonario para un cheque de seis cifras.

El millonario, al enterarse, se molestó bastante... Aquél de la pared es el Santo Rogelio Conway, ganador del premio de Belleza Masculina en Noahville, en el año 1925, canonizado por glorificar la muchacha americana. Cuando menos, ella dijo al juez que se sentía glorificada... Ahí, en el suelo, Santo Norman Kent, campeón de bebedores de cerveza en el último campeonato, canonizado por haber sufragado cerveza a granel a cierto número de mendigos ciegos en la fiesta de San Estéfano. Los mendigos, por cierto, no estaban ciegos hasta después de la fiesta... Por fin, un servidor de usted. Yo soy el simple Simón, que maneja el timón, etcétera. Ya me conoce usted.

Marius escuchó pacientemente, y al final de la oratoria del Santo preguntó con calma:

—¿Y la señorita Holm?

—Está ausente —contestó Simón—. Hoy es mi cumpleaños y ella ha ido a Londres para comprarme un regalo.

Marius asintió con un movimiento de cabeza.

—No tiene importancia —dijo—. Usted sabe a qué he venido, ¿verdad?

Simón pareció reflexionar un momento.

—Veamos... Puede que haya venido a afinar el piano, sólo que nosotros no tenemos piano. Y si tuviésemos máquina de planchar, puede que haya venido a arreglarla. No..., lo único que se me ocurre con motivo de su venida es que usted es viajante en sombreros de paja... Lo siento, porque ya estamos provistos todos.

Marius pasó un pañuelo bien doblado por la chistera para alisar el cabello. Como siempre, su rostro era el de una esfinge.

Simón se vio obligado a admirar la sangre fría de aquel hombre. Tenía que ajustar graves cuentas con Marius y éste lo sabía. Pero a pesar de todo, aquel hombre se cepillaba tranquilamente la chistera en presencia del hombre que prometiera matarlo. Era cierto que Marius estaba allí bajo la protección del armisticio y que era hombre para confiar en que el Santo lo respetaría. Sin embargo, no daba señal alguna de reconocer que se hallaba en situación delicada al tener que lanzar un ultimátum al hombre que, con la menor excusa, le pegaría alegremente cuatro tiros.

—Nada gana usted en perder así el tiempo —dijo Marius—. He venido aquí con la esperanza de salvar la vida de algunos de mis hombres, puesto que, si nos empeñamos en luchar, habrá bajas.

—¡Qué delicadeza!... como dijo la actriz al obispo. ¿Es posible que la conciencia le acuse por aquel pobre hombre que mató a sangre fría en Bures?

¿O porque los entierros son tan caros hoy en día?

Marius se encogió.

—Eso es asunto mío. Creo que más le valdría tener en cuenta su propia situación. Las líneas telefónicas han sido cortadas en diez millas a la redonda. De manera que, la única comunicación rápida con Londres es por automóvil. La policía del pueblo no ofrece peligro alguno. Hasta el comisario señor Teal no puede comunicar con la Jefatura y, además, le tengo preparada una emboscada en la que no puede menos que caer. Por otra parte, en todas las calles del pueblo que conducen a esta casa, hay agentes míos apostados con traje de policía inglesa. No dejarán pasar ningún coche, y por añadidura darán explicación satisfactoria a los curiosos por el tiroteo que se pueda oír. Ha de pasar más de una hora antes de que reciba usted socorro de afuera y, al fin y al cabo, tal socorro sólo puede terminar con el encarcelamiento de usted mismo y de los suyos. No puede usted confiar en engañarme de nuevo con el ardid que con tanto éxito empleó anoche.

—¿Está usted seguro de que fue ardid?

—De otro modo, no le hubiese encontrado aquí. ¿Me cree usted tan poco familiarizado con los métodos oficiales para hacer creer que le hubiesen soltado tan pronto?

—Sin embargo —dijo el Santo, pensativo— cabe que nos hayan puesto aquí para servirle de cebo a... usted.

Marius sonrió levemente. El Santo no hubiese creído que aquel rostro pétreo fuese capaz de sonreír, si no lo hubiese visto antes. Y su sonrisa era horriblemente urbana.

—Desde que el comisario Teal salió de Londres —dijo Marius—, mis agentes no le han perdido de vista. Por lo tanto, tengo motivos para estar seguro de que no sabe aún dónde hallarle. Me parece, Templar, que esta vez tendrá usted que pensar en algo más tangible que..., ¿cómo era la frase de su amigo...? ¡ah!, sí, que *breadcrumbs and breambait*.

Simón asintió.

—Una frase encantadora —murmuró.

—De modo que puede usted elegir entre entregar a Vargan sin resistencia alguna, o que se lo quitemos a la fuerza.

El Santo sonrió.

—Si es cara, usted gana, y si resulta cruz, yo pierdo..., ¿no? Pero supongamos que la moneda caiga de canto; supongamos que usted caiga también en manos de la policía. ¿Qué le parece? No estamos aquí en Chicago. No le van a tolerar que en el campo de Inglaterra lleve a cabo sus guerrillas.

Los campesinos puede que se enfaden y que empiecen a tirarle los brécoles a la cabeza. No estoy seguro de lo que sean brécoles, pero de todos modos, pueden tirárselos.

De nuevo se asomó a los labios del gigante la horrible sonrisa.

—No me ha entendido usted. Mi patria necesita a Vargan y su invención. Para obtenerlos, sacrificaré cuantas vidas como sea necesario y mis hombres morirán aquí con la misma presteza que en el campo de batalla.

—*¡Su patria!*

El Santo había estado encendiendo un cigarrillo con mano serena y para cualquiera que no hubiese estado enterado daba el aspecto de que discutían un asunto de poca importancia, el resultado de un partido de golf, por ejemplo, en vez de la suerte de naciones... De pronto, el Santo rompió la calma aparente con aquellas dos palabras que sonaron como latigazo.

—*¡Su patria!*

—Eso es lo que he dicho.

—Pero..., ¿un hombre como usted puede tener patria? ¿Hay un palmo de esta tierra de Dios que un hombre como usted puede querer por el único motivo de que sea su hogar? ¿Conoce usted lo que es la lealtad... excepto para las sangrientas arañas de oro cuyas redes teje? ¿Hay gente que usted puede llamar su pueblo... gente que usted no sacrificaría sin remordimiento? ¿Le importa a usted algo más en el mundo que no sea su ídolo de oro, Rayt Marius?

Por primera vez el rostro de Marius cambió de color.

—Es mi patria —dijo.

El Santo se echó a reír con risita seca.

—Díganos todas las mentiras, menos ésa. Porque ésa no pasa.

—Sea como sea, es mi patria, y los hombres que están afuera esperando mis órdenes, me los ha dado mi patria...

—¿No se le ha ocurrido —le interrumpió el Santo—, que nosotros también podemos estar dispuestos a morir por nuestra patria, y que la certeza de que nos encarcelen no influya para nada en nuestras decisiones?

—He pensado en eso.

—¿Y no confía usted acaso demasiado en nuestra honradez? ¿Hay algo que nos impida olvidar el armisticio y retenerle como rehén?

Marius movió la cabeza, diciendo al mismo tiempo:

—Tampoco no había nada que nos impidiese, como no nos ha impedido, aprovechar mi entrada aquí bajo la bandera del armisticio, a ocupar el resto de la casa. Cuando se trata de la fortuna de la patria, no se repara en minucias.

Una bandera blanca se honra y se respeta en el campo de batalla, pero aquí se trata de algo más. Aquí estamos en todos los campos de batalla reunidos.

Simón balanceábase ágilmente sobre los tacones y tenía el cigarrillo oblicuamente entre los labios, las manos a lo largo del cuerpo, pero sin soltar las armas.

—Aun así, seguiría siendo nuestro rehén —dijo—. Y si va a haber traición...

—Mi vida nada importa. Ahí fuera —Marius señaló hacia la carretera— está nuestro jefe. No vacilaría en sacrificarme a mí y a muchos otros...

—¿Quién es?

—Su Alteza...

Simón Templar dio un silbido.

—Su Alteza imperial, el príncipe heredero Rodolfo de...

—¡Caracoles! —dijo el Santo.

—No hace mucho usted le salvó la vida —continuó Marius—. Por este motivo. Su Alteza me ha mandado aquí para ofrecerle la oportunidad de salvarse. También me ordena que le presente mis excusas por haberle herido ayer, aunque esto sucedió antes de saber nosotros que usted fuese el Santo.

—¡Caramba, caramba! Estoy seguro de que no le hubiese obedecido a Su Alteza si no hubiera necesitado a sus hombres para realizar sus propósitos criminales.

Marius abrió sus manazas.

—Eso nada tiene que ver aquí. He obedecido. Y espero su decisión. Le doy un minuto para decidirse.

Simón envió la colilla encendida en gran arco por la ventana al jardín.

—Ya está decidido.

Marius se inclinó.

—Si me permite una pregunta —dijo el Santo.

—¿Qué desea saber?

—Cuando trataron ustedes de raptar a Vargan, no podían haberse llevado sus aparatos...

—Ya comprendo lo que usted quiere decir. Usted cree que aún en el caso de entregarnos a Vargan, los técnicos ingleses poseen los aparatos y que pueden tratar de estudiar su manejo. Permítame que le desilusione. Al mismo tiempo que raptamos a Vargan, mis hombres destruyeron los aparatos... totalmente. No ha quedado nada. Siento causarle esta decepción...

—¡Pero si no es decepción para mí, Rostro Angelical! —opuso el Santo—. Al contrario, me ha dado usted la noticia más agradable que haya podido

desear. Si no fuese usted tan indeciblemente repulsivo, creo que sería capaz de darle un abrazo, querido Enano... Ya me supuse que podía fiarme de sus métodos.

Rogelio Conway intervino en aquel momento.

—Escucha, Simón, si el príncipe está ahí fuera, sólo tenemos que contarle la verdad acerca de Marius...

Marius se volvió hacia él.

—¿Qué verdad es ésta? —preguntó suavemente.

—Pues... la mentira de su patriotismo. Decirle lo que sabemos, que usted le lleva engañado para sus propios fines infernales...

—¿Y cree usted que le creería? ¡Qué candidez! No sea usted pueril, Conway. Usted puede negar que hago todo lo posible para poner el invento de Vargan en manos del príncipe.

El Santo movió la cabeza.

—Rostro Angelical tiene razón. El príncipe comerá su caviar y le importará poco el porque murió el esturión. No te preocupes, yo le contestaré debidamente.

De nuevo se enfrentó con Marius.

—¿Es realmente cierto que Vargan es la clave de toda la situación? —preguntó, sonriente y decidido.

—Creo que lo he dicho ya varias veces.

—Entonces, he aquí nuestra contestación: si quieren a Vargan, vengan a buscarlo o váyanse a casa. ¡Elija, Rostro Angelical!

Marius no se movió.

—Para tal caso, Su Alteza me manda decirles que rechaza toda responsabilidad por las consecuencias de su estupidez...

—¡Un momento!

Fue Norman Kent el que lanzó la orden. Trataba de levantarse apoyado en la pierna sana. El Santo acudió a su lado y lo sostuvo.

—Despacio, Norman.

Norman sonrió débilmente.

—Deseo ponerme de pie, Simón.

Finalmente logró ponerse derecho, apoyado en el Santo, y así se enfrentó con Marius, mirándole con ojos graves y serenos.

—Supongamos —empezó— que declaramos que no tenemos a Vargan en nuestro poder...

—No le creería.

Rogelio Conway intervino:

—¿Por qué le habíamos de retener? ¿Qué habíamos de hacer con él?

—Sus motivos pueden tener. Tal vez para cobrar un rescate. El Gobierno inglés acaso esté dispuesto a pagar mucho...

Norman Kent le interrumpió con tal risa, que la hipótesis de Marius quedó destruida mejor que con palabras.

—¡Piense, Marius! —exclamó Norman—. Aún no ha comprendido usted bien... Nosotros le arrebatamos a Vargan por la paz del mundo y para salvar millones de vidas humanas. Confiamos en persuadirle para que desistiese de sus proyectos, pero estaba loco y no quiso escuchar a razones. Así, pues, esta tarde, por la paz del mundo...

Norman se detuvo y se pasó la mano por los ojos.

Luego se irguió y sus ojos negros miraron sin miedo, sin pestañear. Continuó hablando con voz clara y fuerte:

—... Lo he matado a tiros como se mata a un perro rabioso.

—¡Usted!...

Harding quiso precipitarse sobre él, pero Conway le cerró el paso.

Por la paz del mundo, sí —repitió Norman Kent—.

Y también... por la paz de mis mejores amigos. Tú lo comprenderás, Santo. Yo sabía en seguida que tú no permitirías nunca que Rogelio y yo corriésemos el riesgo que implicaba aquel acto de justicia. Así es que me anticipé. Porque Pat te quiere a ti, Simón, como yo también. No podía tolerar que ella se pasase el resto de la vida contigo bajo la sombra de la horca. Yo también la quiero, ¿sabes? Siento...

—¿Usted mató a Vargan? —preguntó Marius, incrédulo.

Norman asintió. Estaba muy sereno.

—Le encontré escribiendo en una libreta, de la que llenó muchas páginas. No sé de qué se trata ni si hay bastante para que los expertos puedan hacer algo con sus notas. Las he traído aquí para convencerme. Quise quemarlas antes, pero no encontré fósforos. Ahora las destruiré delante de todos y así habremos terminado de una vez. Tu encendedor, Simón...

Estaba rebuscando en los bolsillos.

Rogelio Conway vio que la mano derecha de Marius iba en busca de la pistola y se dirigió al gigante apuntándole con la suya.

—¡Aún no, Marius! —le dijo con voz glacial.

El Santo, al acudir al lado de Norman para sostenerlo, se había guardado una pistola en el bolsillo, y ahora, sosteniendo a Kent con un brazo, tuvo que dejar la otra sobre el brazo del sofá, a fin de poder buscar el encendedor.

No se había dado cuenta de que el agrupamiento de los otros se había efectuado de tal modo que Conway no podía tener a raya al mismo tiempo a Harding y Marius. Dos movimientos muy sencillos habían bastado para alterar de nuevo el orden de las cosas: el ponerse Norman Kent de pie con su ayuda y el de Marius para sacar el revólver. El Santo percibió su error demasiado tarde.

Harding se apoderó de la pistola que estaba encima del sofá y se puso de espaldas a la pared con velocidad vertiginosa, diciendo:

—¡Conway, tire el arma, antes de que dispare! Le doy tres segundos. Uno...

Conway, volviéndose sólo de cabeza, vio que Harding podía herirle antes de que tuviese tiempo de empezar a volverse del todo para disparar a su vez. Y no tenía necesidad de dudar de si el otro llevaría a cabo su amenaza. La decisión de Harding quedaba patente por el mero hecho de haberse atrevido a dar el salto para apoderarse del revólver del Santo y ocupar al mismo tiempo la posición estratégica que tenía. Además, los ojos de Harding revelaban que no repararía en nada para hacerse obedecer.

—Dos...

¿Y si Rogelio se aventuraba? Caería, con seguridad, pero..., ¿no daría tiempo al Santo a sacar también la segunda pistola? Sin embargo, Marius también estaba decidido a sacar el arma.

—¡Tres!...

Rogelio soltó el revólver, lo mismo que Harding había hecho poco antes, y también Rogelio experimentó la amarga sensación por la que debió de pasar aquél.

—Láncela con el pie hacia aquí.

Conway obedeció y Harding recogió el arma, pudiendo así tener en jaque a los allí presentes con dos pistolas.

—¡Vaya honor el del Servicio Secreto Británico! —exclamó burlonamente el Santo, pero con tal suavidad que recalcaba el deprecio que llevaba consigo.

—Se acabó la tregua —dijo Harding roncamente—. Ustedes harían lo mismo en mi lugar. Vengan esos papeles.

El Santo ayudó a Norman Kent a sentarse, esta vez sobre el brazo del sofá, y Simón se dispuso a salvar la nueva dificultad.

De pronto vio una sombra y se volvió, para darse cuenta de que el número de los presentes había aumentado en uno más.

En la puerta vidriera del jardín había un hombre alto, con aspecto de militar, vestido de gris, inmaculado y perfectamente sereno, que revelaba claramente su alcurnia.

—Marius —dijo el nuevo personaje y Marius se volvió.

—Atrás, Alteza, por amor de Dios...

La advertencia fue dicha en otro idioma, pero el hombre gris contestó en inglés.

—No hay peligro alguno. He venido para ver por qué ha tardado usted más tiempo del convenido.

Diciendo lo cual penetró con absoluta indiferencia en la habitación, favoreciendo a Harding sólo con una mirada casual, a pesar de sus amenazadoras pistolas.

De pronto el Santo percibió ruido en el vestíbulo, porque la puerta aún seguía entornada. Con un formidable salto y absoluto desprecio de la amenaza de Harding, alcanzó la puerta y la cerró. Luego agarró una pesada librería y con un esfuerzo desesperado la hizo caer delante de la puerta para que ésta no pudiese ser abierta desde fuera.

Luego, apoyándose jadeante en la barricada, Simón Templar irguió la cabeza para dirigirse al nuevo personaje.

—De modo que usted, Alteza, es también hombre de honor...

El príncipe se acarició el bigote con mano bien cuidada.

—Di a Marius cierto tiempo para transmitir mi ofrecimiento. Cuando vi que pasaba la hora fijada, sólo pude presumir que ustedes habían roto el armisticio y le habían detenido. Entonces ordené a mis hombres que penetrasen en la casa. Han tenido la fortuna de capturar a una dama...

El Santo se puso blanco.

—Digo afortunadamente, porque estaba armada y hubiese podido matar a alguno de mis hombres o cuando menos hubiera podido alarmar a la casa, si no se la hubiese atrapado por sorpresa... Sin embargo, no se le ha hecho daño alguno. Menciono el hecho meramente para que usted vea que mi intrusión no es tan desprovista de motivo como usted pueda pensar. Creo que es usted Simón Templar, ¿no?

—Sí.

El príncipe le alargó la mano.

—Creo que le debo la vida. Había esperado la oportunidad de conocerle, pero no en circunstancias tan poco propicias. Sin embargo, Marius debió de decirle que no soy desagradecido.

Simón no se movió.

—Le salvé la vida, príncipe Rodolfo —contestó con voz tajante—, porque nada tenía contra usted. Pero ahora sí que tengo algo contra usted y puede que le arranque la vida antes de que termine el día.

El príncipe se alzó de hombros.

—Cuando menos —observó—, mientras discutimos podría usted rogar a su amigo que guarde sus armas. Me molestan.

Harding se apoyó mejor contra la pared y dirigió una de las pistolas sobre el príncipe.

—No soy amigo de Templar —dijo—. Soy humilde miembro del Servicio Secreto Británico y he sido enviado aquí para apoderarme de Vargan. No he podido llegar a tiempo para salvarlo, pero me parece que he llegado a tiempo para salvar algo casi tan valioso. Ha llegado usted tarde, príncipe.

SIMÓN TEMPLAR SE VA CON SU DAMA Y NORMAN KENT CUMPLE SU DESTINO

Durante un momento reinó absoluto silencio en la habitación. Luego Marius empezó a hablar rápidamente en su idioma.

El príncipe, escuchó, entornando los párpados. Fuera de este gesto imperceptible, su actitud no cambió en nada. Aquel hombre tenía superioridad inhumana sobre todas las emociones.

Simón no trató de interrumpir a Marius. Alguien tenía que explicar la situación al príncipe, y puesto que Marius se había adelantado, no valía la pena impedirselo. Aquel intervalo daba al Santo un nuevo respiro para pensar en alguna solución del problema. Se apoyó tranquilamente contra la barricada y sacó la pitillera para fumar.

Luego el príncipe se volvió hacia él y le habló en tono suave.

—¡Ah, ya comprendo! Ese hombre les sorprendió, pero llegaron ustedes a un acuerdo cuando descubrieron que los dos luchaban contra mí. ¿No es así?

—¡Qué cerebro tan privilegiado el de Su Alteza! —observó el Santo.

—¿Y ha dado por terminado el armisticio a su manera sin previo aviso?

—Así lo parece. Creo que le entró la fiebre cuando vio los papeles. Sea como sea, le ha dado por patear toda lealtad.

—¿Y no ejerce usted influencia alguna sobre él?

—Ninguna.

—Pero su amigo —el príncipe señaló a Norman Kent— tiene los documentos, ¿verdad?

—Y yo tengo al amigo —intervino Harding alegremente—. Por lo tanto, ¿qué hacemos ahora?

Harding estaba completamente solo, dominando la situación, y todos le miraban. Era muy joven, pero lleno de energía y valor. Le habían encomendado una misión y trataba de cumplirla, fuese como fuese. El Santo

comprendió que Harding no pudo obrar de otro modo, aun faltando a su palabra.

Y de pronto Harding ya no era el centro de las miradas, porque Norman Kent arrebató la atención con un ademán soberbio.

—Creo que tengo derecho a opinar también en este asunto —dijo con voz firme—. Yo tengo los documentos y el capitán Harding me tiene a mí. Muy bien. Pero hay una cosa que todos ustedes han olvidado.

—¿Qué es?

Fue el príncipe quien preguntó, pero Norman Kent les contestó a todos. Con una mirada abarcó el paisaje de afuera, la luz del sol, los árboles, el verde césped y las dalias rojas que daban aspecto de herida al seto. Le vieron sonreír, antes de responder.

—*Nada se gana sin sacrificio* —dijo sencillamente.

Después miró al Santo.

—Simón —le dijo—, quiero que confíes en mí. Desde que nos reunimos, he hecho siempre lo que tú me has mandado, sin hacer nunca la más leve objeción. Todos te hemos seguido de modo natural, porque has sido siempre nuestro jefe de la manera más natural del mundo. Pero algo hemos aprendido de ti. Sé que anoche venciste a Marius, haciendo aquello que en realidad no podías hacer, pensando lógicamente. Y sé también que Rogelio siguió tu ejemplo y nos ayudó a vencer a Teal... haciendo, igual que tú, la cosa que en buena lógica no podía hacer. Ahora me toca a mí. Creo que estoy inspirado, porque veo cómo aplicar tus principios a la actual situación, pero a mi modo. Porque, ahora hay algo aquí que nadie puede hacer, excepto yo. ¿Me prometes que me dejarás hacer y que me seguirás como nosotros te hemos seguido a ti?

Los ojos oscuros de Norman, llenos de extraña luz, casi como de fanatismo, se hundieron en los del Santo.

—¡Adelante, Norman! —dijo el Santo.

Norman Kent sonrió.

—Es fácil —dijo—. Todos se han hecho bien cargo de la situación, ¿verdad?... Les tenemos a usted, Alteza, y a Marius, aquí como rehenes, en cambio ustedes tienen en su poder a una dama que es muy querida de todos nosotros. Las cosas estarían, pues, equiparadas, si no fuese por el capitán Harding y sus pistolas.

—Expresa usted admirablemente la situación —observó el príncipe.

—Por otra parte, el capitán Harding, que ahora domina la situación, se halla realmente en un apuro. Es la parte más débil. Es dudoso que le importe

algo el que ustedes tengan en su poder una dama muy querida por nosotros. No la conoce, para él no es nadie y además, Harding cree cumplir con su deber. También hemos tenido ya buena prueba de que, por lo que cree su deber, es capaz de atropellarlo todo y prescindir de toda consideración. Nos hallamos, pues, en un trance bastante apurado. Como ingleses, estamos obligados a apoyarle contra ustedes. Como particulares, preferiríamos morir antes que poner en peligro a la dama que está en su poder. Estos dos motivos por sí solos representan bastante complicación. Pero hay un tercero. Como amigos del Santo, que siempre es leal a sus ideales, nosotros tenemos que realizar algo que tanto ustedes como el capitán Harding harán de todo para evitar.

—Más concisión ya no cabe —observó el príncipe.

Norman Kent volvió a sonreír.

—De modo que convendrán conmigo que la dificultad sólo consiste en que todos queremos ganar sin hacer ningún sacrificio. Y la solución es que... la situación no admite victoria sin sacrificio, aunque hay muchos modos de rendirse sin hacer más sacrificio que el del honor. Sin embargo, nos disgusta la rendición.

Sacó del bolsillo tres hojas de papel con escritura menuda, apretada, las dobló cuidadosamente y las alargó.

—Capitán Harding... puede tomarlas.

—¡Norman! Maldición...

El Santo cruzó la estancia, con rictus de dureza en la boca y los ojos fríos como el acero. Pero Norman Kent le miró sin miedo.

—Me has dado su conformidad para que yo obre como mejor me parezca.

—Pero nunca que te rindieses. Antes que eso...

—Pero si no es rendirme lo que hago —exclamó Norman Kent—. Es la victoria. ¡Mira!

Harding estaba a su lado. Norman se volvió, las hojas entre las manos, pero sin sujetarlas fuertemente.

Y Norman Kent miró al mismo tiempo hacia Conway.

—Rogelio —dijo lentamente—, creo que tú lo comprendes. Harding, tome los papeles.

Harding se metió un revólver en el bolsillo y alargó la mano...

Entonces comprendió el Santo.

Harding estaba, como había dicho Norman, solo entre enemigos y durante aquel momento no tenía más que un revólver con que tener en jaque a todos.

Apuntaba con él a Conway, pero para tomar los papeles tenía que apartar la mirada hacia Norman y el Santo. Era el tiempo suficiente.

Norman Kent soltó las hojas cuando Harding las agarró, pero en lugar de retroceder, adelantó la mano. Rápidamente ciñó la muñeca de Harding y le apretó como con tenaza. Al mismo tiempo dio un tirón, tan fuerte como su estado se lo permitía.

La pistola en la mano de Harding se disparó una vez, pero la bala se incrustó en el techo. Porque Rogelio había comprendido a tiempo la intención de su amigo y apartó el arma, se la arrancó y cubrió con ella al príncipe en el mismo instante en que Harding, tambaleándose por el tirón sobrehumano de Kent, cayó hacia el Santo y éste lo recibió con un soberbio puñetazo en la mandíbula.

Todo sucedió y terminó antes de que ni el príncipe ni Marius pudieran darse cuenta para aprovecharse de las circunstancias.

De pronto todo había cambiado. Rogelio apuntaba a Marius y le obligaba a cesar en el intento de sacar a su vez la pistola, movimiento que había iniciado demasiado tarde; Norman Kent se apoyó débil y pálido por el supremo esfuerzo contra el sofá; Gerardo Harding yacía en el suelo como un tronco. El Santo le había quitado también el otro revólver y tenía las hojas escritas en la mano.

—Así me gusta más —decía Rogelio Conway satisfecho.

Pero Norman Kent no había terminado aún.

Apretando los dientes de dolor, decía:

—¡Devuélveme esas hojas, Simón!

El Santo vaciló, con las hojas arrugadas en la mano.

—Pero...

—¡Dame los papeles! —exclamó Norman imperioso—. Hasta ahora has confiado en mí y hemos ido bien. Confía en mí un poco más.

Le quitó las hojas casi a la fuerza y se las metió en el bolsillo. Luego alargó de nuevo la mano.

—Dame también ese revólver.

Simón obedeció. Hubiera sido imposible negarse. Por una vez el Santo no era el que mandaba. Tal vez el acto más grande que realizó como jefe de su banda fue el de resignar la dirección de la misma, como lo hizo, sin celos ni lamentos.

Norman Kent estaba inspirado en aquella hora. Su figura, siempre tan quieta y reservada, sobresalió en aquellos instantes como verdadero caudillo.

—Eso es lo primero —dijo—. Sólo hay dos cosas más que hacer.

El príncipe no se había movido. Nada de lo que acababa de suceder pudo causar la más leve emoción en aquel rostro impassible y sereno. Aún estaba en la misma posición que cuando entró; perfectamente dueño de sí, tranquilo, acariciándose el leve bigote; suave e imperturbable, esperaba sin dar muestra alguna de impaciencia, a que las cosas volviesen a su cauce. Sólo cuando se convenció de ello, volvió a hablar, sonriendo levemente.

—Caballeros —dijo—, no me han causado ustedes ninguna decepción. Había oído hablar mucho de ustedes, pero había visto muy poco. Lo poco que he visto me convence de que lo mucho que me han contado no es exageración. Si alguna vez desean abandonar su carrera de crímenes y alistarse a los servicios de un extranjero, me encantaría tenerles a mi lado.

—¡Gracias! —respondió Norman secamente—; pero aquí no se comete ningún crimen. En nuestra opinión es un acto mucho más noble de lo que es usted capaz de realizar en toda su vida. No malgastemos el tiempo. Usted, alteza, convendrá en que la situación queda simplificada, ¿verdad?

El príncipe inclinó la cabeza.

—He visto como usted la ha simplificado.

—Y ha dicho usted que si le entrego estos papeles —Norman Kent se llevó la mano al bolsillo—, podemos marcharnos en seguida, sin dificultad alguna, ¿no es eso?

—Ese fue mi ofrecimiento.

—¿Tenemos alguna seguridad de que lo cumpla?

El príncipe arqueó las delgadas cejas.

—He dado mi palabra.

—¿Y aparte de eso?

—Si la palabra de un caballero no le basta, permítame que le diga que tengo aquí veinticinco hombres, algunos en el jardín, otros dentro de la casa, al otro lado de la puerta que el señor Templar ha obstruido tan bien, y otros en el río. Sólo tengo que dar una señal, basta que oigan mi voz y... —el príncipe se encogió—. Están ustedes a merced mía. Y después de que me haya entregado esos documentos, ¿qué motivos puede haber que les detenga? Y además, ¿por qué habría de molestarme en ofrecerle condiciones si no fuese porque recuerdo el servicio que me han prestado? Es verdad que el señor Templar se ha negado a estrecharme la mano, pero no le guardo rencor por eso. Acaso comprenda sus sentimientos. Ya he dicho antes que lamento las circunstancias por las que nos vemos frente a frente. Es la suerte de la guerra. Creo que no puedo ser más transigente.

—De todos modos —repuso Norman Kent—, me gustaría estar seguro de que no pueda haber error. Si ustedes permiten que mis amigos puedan marcharse con la señorita Holm en el coche que está fuera, yo les daré los documentos. Empeño mi palabra de que ellos nada dirán a la policía, ni que volverán para atacarles. Yo mismo me quedo aquí como rehén en garantía de que, de aquí a media hora, le daré las hojas. Durante esa media hora ustedes han de permanecer aquí en garantía de la seguridad de mis amigos, pudiendo yo tenerles a distancia con este revólver.

—¡Alteza!

Era Marius quien había hecho la exclamación, cansado de tanta oratoria.

—Alteza, ¿es necesario continuar discutiendo? Una orden a nuestros hombres...

El príncipe alzó la mano.

—No me gustan esos procedimientos, Marius. Debo a esos caballeros una deuda. Y acepto sus condiciones por extrañas que puedan parecer. —Se volvió de nuevo hacia Norman—. Excuso decirle, caballero, que si hubiese motivo de sospechar alguna traición, daría por cancelada la deuda.

—Naturalmente. Me parece muy justo.

El príncipe se dirigió a la puerta vidriera.

—Entonces, con su permiso...

Desde el umbral de la puerta hizo señal e inmediatamente acudieron corriendo dos hombres. Al entrar, se metieron las pistolas en los bolsillos y se cuadraron.

El príncipe le dio breves instrucciones en su idioma y los dos hombres volvieron a saludar. Luego se volvió y hablando en inglés, con gracioso ademán, dijo:

—El coche les espera, señores.

Tanto Rogelio como el Santo miraron perplejos a Norman, casi como si dudasen de sus sentidos. Pero Norman sólo sonrió.

—No olvidéis que habéis prometido confiar en mí —dijo—. Ya sé que me creéis loco, pero podéis estar seguros de que nunca he estado más cuerdo que ahora. He encontrado la única solución... el único camino hacia la paz con honores.

Sin embargo, Simón Templar continuó mirándole, tratando de adivinar lo que no podía comprender.

Le dolía mucho tener que abandonar a Norman Kent en aquellas circunstancias. No podía de modo alguno penetrar el pensamiento de su amigo, ni saber qué inspiración le guiaba. No le cabía en la cabeza que

Norman pensase rendirse. Esto no podría llamarse paz con honores. ¿Cómo podría Norman tener la esperanza de salir de aquel trance solo y herido como estaba? Sin embargo, era preciso rendirse a la evidencia, porque su amigo no mostraba ni dudas ni temores; era lo único que se podía leer en su rostro.

Por otra parte, por más que cavilaba, el Santo no veía salida alguna ni aun uniendo los tres sus esfuerzos. El príncipe dominaba absolutamente la situación. Aun en el caso de que Patricia no estuviese en manos de los enemigos, y ellos matasen a Marius y al príncipe a tiros, resistiendo luego el asedio, al final tendrían que rendirse.

El Santo volvió a suplicar:

—Déjame que me quede, Norman. Tengo confianza en ti, pero sé que estás herido...

Norman Kent movió la cabeza.

—No importa —dijo—. A mí me sacarán de aquí con todos los honores.

—¿Cuándo te volveremos a ver? —preguntó Rogelio.

Norman miró vagamente a lo lejos y lo que vio allí le divirtió al parecer.

—Tardaremos algún tiempo —contestó.

Luego se volvió hacia el príncipe.

—¿Puedo escribir dos líneas?

—Le advierto —repuso Su Alteza—, que usted se queda aquí como garantía del buen comportamiento de sus amigos.

—Así lo hemos convenido. Dame pluma y papel, Rogelio.

Marius trató de intervenir de nuevo.

—Alteza, confiáis demasiado en esa gente. Sólo se puede tratar de alguna traición. De otro modo, no habría necesidad de todo esto...

—Es su manera, Marius —observó el príncipe con calma—. Admito que es singular, pero no importa. Debería usted ser un poco más sicólogo. Después de haberles visto obrar como obran, es imposible suponer que dos de ellos se marchen dejando al tercero solo para arrostrar los peligros, mientras ellos se ponen a salvo. Es absurdo suponerlo.

Norman Kent había escrito una sola línea. La secó con gran cuidado y dobló la hoja.

—Un sobre, Rogelio.

Colocó la hoja en el sobre y lo cerró.

Luego alargó la mano hacia Conway.

—Buena suerte, Rogelio. Pórtate bien.

—Lo mismo te deseo, Norman, querido.

Y se estrecharon las manos.

Simón se dirigió al príncipe.

—Parece que esto es sólo *au revoir*, alteza.

El príncipe hizo uno de sus ademanes exquisitamente cortesés.

—Confío también que no sea *adieu*. Espero volver a encontrarle en mejores tiempos.

Luego el Santo miró a Marius y sostuvo su mirada durante largo rato. Le dio a Marius otra despedida, diciendo lentamente:

—Nosotros también nos volveremos a encontrar.

Pero detrás del Santo, Norman Kent se echó a reír y Simón se volvió.

Norman estrechó efusivamente la mano de su amigo y con la izquierda le dio el sobre cerrado.

—Ponte esto en el bolsillo, Simón, y dame palabra de que no lo abrirás hasta de aquí a cuatro horas. Cuando lo hayas leído, sabrás dónde me volverás a ver. Te esperaré allí. Y no te preocupes por mí. Buena caza, Santo.

—También te deseo buena caza, Norman querido.

Norman sonrió.

—Creo que cazaré en buen terreno.

Y así Simón Templar se fue hacia su dama.

* * *

Norman vio a Rogelio y a Simón salir por la puerta vidriera del jardín y volverse a mirarle al llegar afuera. Sonriendo les saludó con la mano. Un momento después percibió el ruido del motor del «Hirondel» y el crujir de los neumáticos sobre la grava.

Aún les vio por última vez cuando el coche penetró en la carretera, el Santo al volante, rodeando con un brazo a Patricia, Rogelio en la parte interior del coche, y uno de los hombres del príncipe en el pescante, a su lado. Esto era, desde luego, para que nadie les molestase en los distintos sitios donde estaban apostados los hombres de aquél.

Y de pronto, ya no los vio más.

Norman se acomodó en el sofá, sintiéndose muy débil. Tenía la pierna aterida de dolor. Con el automático señaló la jarra de whisky, el sifón, las copas y la caja de cigarrillos.

—Sírvanse lo que quieran, señores —dijo—. Y denme también algo, porque no puedo moverme. Sería necesario, Marius, que dejase usted de emplear proyectiles dum-dum, porque son realmente criminales.

Fue el príncipe el que le escanció la bebida y le encendió un cigarrillo.

—La guerra es inexorable —dijo—. Como hombre me gusta usted y le admiro. Pero por lo que soy, y siendo usted enemigo de mi patria, si pensase que usted trata de engañarme, le mataría sin compunción alguna... así —chasqueando los dedos—. Ni el hecho de que usted ha ayudado a salvarme la vida me detendría.

—¿Me tiene usted por tonto? —preguntó Norman un poco cansado.

Empezó a beber a sorbitos, mientras el reloj avanzaba.

Cinco minutos.

Diez.

Quince.

El príncipe se había sentado en un sillón, cruzando las piernas con elegancia y buen cuidado de no estropear las rayas del pantalón. En una mano tenía una copa, con la otra sostenía una larga boquilla.

Marius se paseaba por la estancia como león enjaulado. De cuando en cuando miraba a Norman con ojos recelosos y se detenía como si fuera a decir algo. Pero cada vez se dominó y continuó su impaciente pasear..., hasta que el príncipe le detuvo con un lánguido ademán.

—Mi querido Marius, su intranquilidad me molesta. Por amor de Dios, domínese un poco.

—Pero Alteza...

—Marius, usted se repite. Y las repeticiones son muy aburridas.

Entonces Marius se sentó a su vez.

El príncipe reprimió con delicadeza un bostezo.

Harding, tumbado en el suelo, empezó a quejarse y se incorporó como si acabase de despertar de un sueño. Norman se inclinó y le ayudó a sentarse en el suelo. El joven abrió lentamente los ojos y se frotó la mandíbula. No sabía cuánto le había dolido al Santo tener que darle aquel golpe.

Norman le dejó darse cuenta por sí mismo de la situación; además se cuidó de que viera bien la pistola en su mano.

—¿Dónde están los otros? —preguntó Harding aturdido aún.

—Se han ido.

Norman le explicó luego brevemente lo que había sucedido.

Luego se dirigió al príncipe.

—¿Cuál es la situación del capitán Harding en este asunto?

—Si no permite que su sentido del deber sea más fuerte que su discreción —repuso el príncipe—, ya no tenemos interés ninguno en él.

Harding se puso de pie tambaleándose.

—Pero yo sí que tengo mucho interés en ustedes —replicó. Luego se volvió a Kent, suplicándole encarecidamente—: Kent, como inglés..., usted no va a permitir que esos canallas...

—Lo verá usted dentro de siete minutos —le interrumpió Norman con absoluta calma.

Harding se echó atrás ante la amenaza de la pistola de Norman, pero, empezó a maldecirle, a gritar furiosamente, a llorar casi, suplicándole una y otra vez que se aviniese a la razón, que pensase en su patria, que no la traicionase.

Norman se mostró inconmovible, pero se puso muy pálido. Aquellos minutos fueron los peores que pasó en toda su vida. Además, le dolía horriblemente la pierna. Harding no cesaba de injuriarle para hacerle variar de decisión.

Aún faltaban cinco minutos.

Cuatro..., tres..., dos...

Sólo faltaba un minuto.

El príncipe consultó el reloj de pulsera y sacó el resto del cigarrillo de la larga boquilla.

—Ya casi se acabó el plazo —murmuró suavemente.

—¡Oh, por el amor de Dios! —gimió Harding—, ¡Kent, reflexione! Maldito traidor..., dame un revólver y deja que pueda luchar...

—No hay ninguna necesidad para luchar —afirmó Norman Kent.

Metió la mano en el bolsillo y pensó durante un momento que Harding iba a saltar sobre él a pesar de la amenaza del revólver, para arrancarle los papeles. Sacó las hojas arrugadas y al instante se levantaron el príncipe y Marius; el primero con calma y elegancia y el segundo como una fiera puesta en libertad.

Norman Kent volvió a ponerse en pie, a pesar del dolor; estaba muy blanco y sus ojos brillaban con febril fiereza. Sólo su férrea voluntad le aguantaba.

—Los papeles que les prometí.

Los empujó hacia Marius y el gigante los agarró con sus manazas.

Luego Norman Kent brindó el revólver, culata delante, a Harding, hablándole al mismo tiempo en tono seco:

—¡Por la vidriera al jardín, Harding, hacia el río! Tome la lancha motora del Santo. Está amarrada al final del sendero. Los dos hombres que hay en el río no han de detenerle...

—¡Alteza!

La voz de Marius sonó aguda y fiera. El rostro del gigante estaba contorsionado en una horrible mueca.

Norman se puso delante de Harding, para cubrir su retirada hacia la vidriera.

—¡Salga! —le dijo en voz baja—. No tiene nada que hacer aquí ahora. ¿Qué hay, Marius?

La voz del príncipe se dejó oír con fría suavidad.

—¿Es que no son los papeles de Vargan, Marius?

—Se trata de una carta absurda, dirigida a ese traidor..., de parte de uno de sus amigos.

—¡Ah!

La palabra sonó como pistoletazo. Sin embargo, el príncipe jamás se había mostrado tan sereno y tranquilo.

—¡Al fin me engañó usted!

—Esos son los papeles que les prometí —replicó Norman fríamente.

—Debe de tener aún los documentos verdaderos encima, Alteza — exclamó Marius fuera de sí—. Le he estado vigilando durante todo el tiempo..., no ha tenido ocasión de entregárselos a sus amigos.

—Ahí es donde se equivoca usted.

Norman habló muy quedo, casi murmurando, pero aun así, se percibió en su voz el triunfo de la victoria que había conseguido sobre sus enemigos.

—Cuando Harding forcejeó con el Santo por la pistola..., ¿recuerda usted, Marius?..., tenía yo los documentos en la mano y se los metió a Templar en el bolsillo. Él no se enteró. Yo mismo lo hice sin pensar, siguiendo a una ciega inspiración..., era el único modo de vencerles a ustedes y librar a mis amigos. El ardid ha salido bien... ¡les he vencido!

De pronto oyó tras sí un ruido y se volvió. Harding acababa de marcharse y corría por el sendero, inclinado el cuerpo hacia delante todo lo que podía. Tal vez disparaban sobre él con armas silenciosas desde todas partes, pero seguía corriendo, zigzagueando al mismo tiempo, sin recibir daño alguno.

Norman Kent sonrió. No le importaba quedarse solo allí después de haber llevado a buen término la tarea. Sabía muy bien que Harding no podía quedarse, porque tenía una importante misión que cumplir. Tenía que encontrar ayuda, para echar a la policía contra Marius y para interceptar a Simón Templar, portador de los preciosos documentos. Y Norman sonreía porque estaba seguro de que al Santo no le darían ya alcance; por otra parte le gustaba el coraje y la decisión del joven capitán.

La pierna le dolía horriblemente.

El Santo no había adivinado la hazaña que se propuso Norman. Este no había tenido otro temor que el de que el Santo entrase en sospechas y se negase a marcharse. Pero el primer éxito de Norman, cuando engañó a Harding con los papeles, había inspirado plena confianza a Simón. Y Simón se había marchado y Patricia y Conway con él. Que era todo lo que podía esperarse.

A su debido tiempo, Simón encontraría los documentos en el bolsillo de su americana; después abriría la carta y leería las palabras escritas que Norman ya había pronunciado delante de todos, sin que nadie las entendiera.

“ «Nada se gana sin sacrificio»

Norman se volvió de nuevo y vio la pistola automática en manos de Marius. Había algo en el modo de sostener el arma, algo en el rostro de Marius, que daba la certeza de que aquel hombre no erraba la puntería.

Y la pistola no estaba dirigida sobre Norman, sino más allá, sobre el hombre que corría hacia el río en busca de la lancha motora.

Aún conservaba Norman la extraña sonrisa en los labios cuando en dos zancadas y apretando los dientes de dolor, se interpuso entre Marius y el blanco de su pistola.

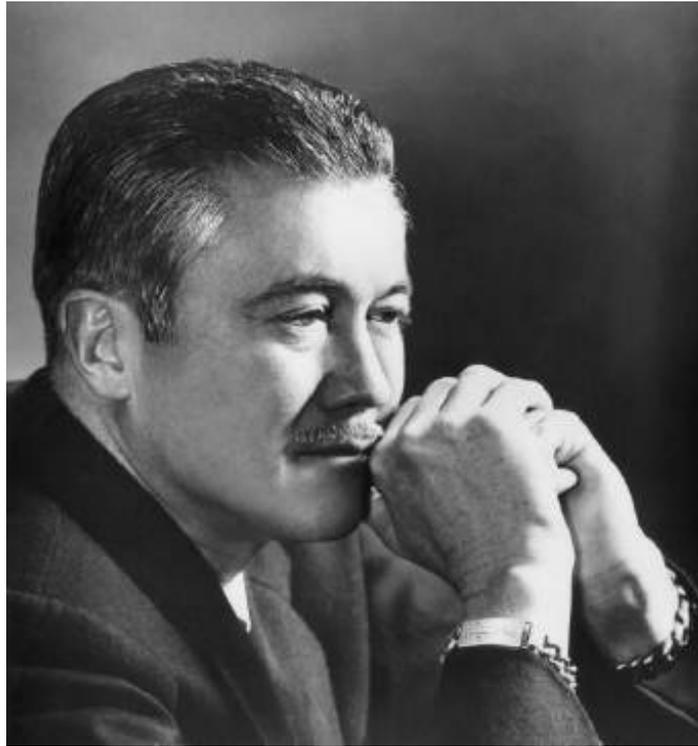
Sabía que Marius, ciego de furor, no iba a aflojar la presión del dedo sobre el gatillo de la pistola porque Norman se había colocado directamente en la línea de fuego, pero a Norman nada le importaba. Todo le era igual. De todos modos, Marius o el príncipe le hubiesen pegado más tarde un tiro. Probablemente se lo merecía. Había engañado deliberadamente a todos, conociendo el precio de la traición. No pensaba ya en sí mismo, ni su propia suerte, sino sólo en hacerle ganar a Harding alguna ventaja de tiempo, para que pudiese alcanzar la lancha que había de llevarlo fuera del campo enemigo.

Norman Kent no tenía miedo. Sonreía.

Era aquél un modo extraño de terminar la vida; en aquel pacífico chalet a orillas del manso Támesis, cuando subían desde las aguas las primeras neblinas de la noche y la claridad del jardín iba desapareciendo suavemente. Aquella casa, aquel jardín había sido tantas veces mudo testigo de sus alegrías, de la camaradería entre los cuatro..., momentos agradables e inolvidables para todos. ¡Cuánto le dolía la pierna! Sin embargo, pronto habría acabado todo. Y seguramente debía de haber peores modos de despedirse de una vida plena de acción. Era algo muy grande haber podido percibir el son de las trompetas. Le pareció como si las sombras del apacible

atardecer sobre el jardín fueran heraldos de una gran paz que se posaba sobre el mundo entero.

F I N



LESLIE CHARTERIS (1907-1993), nacido Leslie Charles Bowyer Yin, fue un autor británico principalmente de los géneros de misterio y ficción, así como guionista. Es conocido sobre todo por sus muchos libros en los que hacía crónica de las aventuras de Simón Templar, alias «El Santo».

La biografía personal de Charteris parece sacada de una de sus novelas o colecciones de cuentos cortos. Su padre era un médico chino de rancia ascendencia noble, descendiente directo de la dinastía de emperadores Chang, y su madre una bella mujer inglesa. Antes de aprender inglés, ya hablaba malayo y algunos dialectos chinos. Durante su larga vida, Charteris desempeñó los más variados oficios, como pescador de perlas, buscador de oro, plantador de caucho, minero, conductor de autobuses, policía, camarero, jugador profesional de cartas y en los años treinta, guionista en Hollywood. Sus novelas están traducidas a más de 15 lenguas.

Notas

[1] Retruécano inglés intraducible. <<

[2] Véase «*El Santo*» *contra el «Tigre»*, del mismo autor. <<